

Eduardo López Bago

CARNE IMPORTADA

(COSTUMBRES DE BUENOS AIRES)

PQ
6534
.L9C3
1880

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

PRIMERA PARTE

DE

LA TRATA DE BLANCOS

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

La moral moderna consiste en buscar la causa de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos al experimento.

CLAUDIO BERNARD.

ADMINISTRACIÓN:

URBANO RIVERO "La Maravilla Literaria"

Victoria 968 - Buenos Aires

1441654

Es propiedad
Queda hecho para España el depósito que marca la ley.

Imp., y Enc. de Juan Carbone, Cuyo 1158, B. Aires

I.

Ad quamdam novi orbis oram appulit, ubi mulieres libidini adeo erant devinctæ, ut, bacchantum more, in nautas furerint.
(Americo Vespucio).

Desembarcó; pasó la palanca tendida desde la dársena á la borda del buque y después de diez y siete días de navegacion, volvió á pisar la tierra. Delante iba un napolitano con el escaso equipage. El baul pesaba tan poco que el hombre lo cargó á espaldas, sujetandolo con una sola mano; en la otra, agarrada por las asas y balanceandose llevaba una maleta.

La única persona que al salir del vapor, hubo de despedirla fué una de las camareras. Comprendió lo que significaba aquel saludo servil y ruborizandose abrió su carterita de viage, sacó dinero, unas cuantas pesetas y se las ofreció.

—No tengo más cambiado! dispenseme Vd.!

Y con adorable espansión añadió:

—Los de 2ª no somos ricos... Quiere uste darme un abrazo? No volveremos á vernos!

La muger que al recibir la exigua propina, había empezado á mostrar en los lábios una sonrisa desdeñosa, casi insultante, se conmovió.

—Oh! si. Un abrazo y un beso! ¡Buena suerte!

Las dos estuvieron un momento unidas en aquella caricia, primera y última de una amistad que hasta entónces no sospechaban.

El aleman intervino.

—Vamos, señorita, estoy á sus órdenes.

Hablaba el español correctamente con un ligero acento estrangero haciendo breves las palabras agudas y dulcificando el sonido de las erres. Las jotas las pronunciaba como la *h* aspirada, del idioma ingles. La construccion gramatical era irreprochable.

La ofreció el brazo. Ella rehusó.

—Gracias, don Rodolfo. Voy bien así.

Y salieron juntos.

Aquel caballero, era la quinta esencia de lo cortés y de lo servicial. Uno de esos tipos, que parecen puestos providencialmente en las cubiertas de los grandes transatlanticos, para convertirse en protectores de los que viajan con ellos, de los que tienen esa buena suerte.

Su proteccion no distingue de sexos ni de con-

dicion. Varia en la forma unicamente, segun la persona á quien se consagra. A cada cual procuran lo que necesita. A los *aristocratas* de la 1ª clase, distracciones para disipar el aburrimiento. Libros, novelas para las señoras, novelas decentes en que se presenta siempre en traje de etiqueta al protagonista y á las damas del gran mundo en la perfumada desnudez del vestido de baile. Para los hombres, *otra biblioteca*, y para los que no gustan de lectura, el juego, de azar y de envite, el monte, el golfo, el bacarrat, si el comisario es complaciente y el capitan cierra los ojos; son estos individuos, diestros en el naipe y conocen todas las formas, con que en cada nacion, se intenta como vicio un golpe de fortuna. Generalmente solo pierden, los primeros dias de la travesía. Amables con todos llegan á parecer como dueños del barco. Han dado, al entrar una libra esterlina, al cocinero, y han guiñado los ojos al mozo que se encargó de llevar sus bultos de mano al camarote.

Esto basta. Ocupan en 1ª lo mejor. En el centro donde no se siente el ruido, ni la trepidacion de la helice, sin estar tampoco muy cerca de las máquinas.

Un departamento con dos literas, espacioso y el personage se instala, sin tener que compartir con otro su flotante cuarto. Una ganga. Maleta

inglesa llena de relucientes aceros, manta *plaid* enrollada y sujeta con correas, neceser de tocador digno de una gran coqueta y casi siempre una caja de botellas, que pasa inadvertida y se esconde. Jerez, Cognac, Oporto, vinos y licores escogidos. Para su uso particular y para las grandes ocasiones y los grandes amigos, que suelen adquirirse en este mundo picaro dando una copa con oportunidad.

—De esto el capitan, mismo no tiene á bordo! Beba uste caballero, y pronto no nos sorprendan.

¡Sorprenderlos! Este temor de que siempre alardean, es fingido. Abusan porque pueden; lo comprenden todos los pasajeros, y aunque muchos no saben más que el hecho, la realidad, lo que ven, otros sospechan la verdadera causa. Hay que buscarla, á veces allá, á proa, donde amontonados como rebaño humano, van los inmigrantes *contratados* por los Gobiernos de las Repúblicas americanas, otras, en la bodega del barco, entre la carga; dos ó tres grandes cajones en que se lee la palabra *Fragile* y se vé una márca que distinga la fragilidad de estos objetos, como mas fragil, que la de otros embalages. Los marineros al recibir á bordo tales bultos y al fijarse en esa imperceptible señal, miran al capitan y palidecen. El que fuma, tira el cigarro inmediatamente.

Don Rodolfo, como le llamó la que ha de ser modelo para el cuadro de estas páginas era uno de tales seres á no dudar. Pero, á que especie de las variadas en que se divide la clase de tratantes transatlanticos pertenecía?

Su conducta á bordo fué correcta. Vestia con sencillez elegantísima, trages de franela blanca, pocas alhajas, zapatos con suela de *caoutchout*, inapreciables para andar sobre cubierta aún en los dias de mucho vaiven por la gran marejada y *sabía llevar la ropa*, segun opinion de viageros y viageras. Edad? Cara de treinta y hechos de cuarenta años, muy corridos de peso. La union de un *refinado* aseo con un *esmerado* vicio, y no se crea que están trastocados de lugar, estos anteriores adjetivos. Además se estudiaba, era artista de si mismo, cuidadoso de prolongar en su figura aquella juventud aparente, adoptando el vestido más aproposito, rechazando la seriedad de las levitas; á lo sumo *chaquet* muy ajustado al talle, pantalon de poca holgura y chalecos de fantasía; colores claros hasta en invierno. Nada de barba corrida, que los muchos pelos en la cara, envejecen hasta cuando no muestran canas; afeitabase á diario, dejándose el bigote unicamente, un bigote de puntas arregladas á fuego por la tenacilla. Pelo cortado á máquina; se conserva mejor así, ayudando esta higiene con una abundante friccion

de agua de Quina. Hombre rubio de azules ojos delgado de carnes y de elevada estatura.

Tal era en lo físico Don Rodolfo.

Desde que pisó la cubierta de *El Pontifice*, pudiera decirse de él como de los maestros en el arte escénico, que demostró tener un gran dominio de las tablas. Pisólas con firmeza de marino y con prácticas consumadas de viagero. Fué puntual al *lunch*, llamémoslo merienda, puesto que embarcó después de la hora del almuerzo, y se presentó ya con su tocado completo de turista. Vestido á la inglesa, camisa brillante y pulida como una coraza, estudiado descuido en el lazo de la corbata y el no menos estudiado en todos los ademanes.

Eligió sitio. En la mesa del capitan, y cerca de este. De una ojeada analizó á todos los que iban á ser en el lujoso comedor de popa, sus compañeros de mesa. Hombres y mugeres. Vió españoles, ingleses, italianos, yankees, el cosmopolitismo que parece ser el sistema de la vida de á bordo y hállose como en su centro. Al siguiente día, primero de la navegacion, él era quien acompañaba al comisario en sus paseos matinales sobre cubierta, al amanecer, á la hora del baldeo,

saltando con agilidad gimnástica para evitar los estorbos de la limpieza, los cepillos de goma, los charcos de agua, los chorros de las mangas, y aún á veces para entretenerse ayudaba á poner el tirante toldo de popa á la marinería, á la que regalaba trozos de tabaco para mascar, de un tabaco excelente argelino. Luego á medida que los pasageros iban saliendo de los camarotes y subiendo del comedor despues del desayuno, para todos tuvo una frase agradable, un *buenos dias* cariñoso, espresado en distintos idiomas, en el de cada cual, deferencia que agradecian.

Empezó el obligado episodio de los que se mareaban y con él, dió así mismo comienzo, el predominio de Don Rodolfo, porque su voz adquirió entonces entonaciones de mando, y los camareros se mostraron sumisos desde el primer instante. Las víctimas, desfallecidas, postradas, hallaban siempre al aleman á su lado. Él recetaba, usurpando atribuciones al médico de á bordo: El agua con gotas de limon, la taza de caldo, el terron de azúcar mojado en cognac, para las señoras, y para los hombres, la porcion de café amargo, y cargado, sazonando estas dósis con frases alentadoras, bromas, y rasgos de ingenio, y haciendo á veces que un vómito terminase con una carcajada.

¿Aleman? ¡Imposible que fuera aleman aquel

hombre! Parecía una mezcla de andaluz y levantino, una combinacion del guapo fanfarron y del pícaro. Llegó á ser el íntimo de la tripulacion y del pasage. Él fué quien propuso á los áhitos de 1ª que dieran las sobras de su comida, á los hambrientos de á proa; y quien resultó nombrado por aclamacion para que á diario hiciese este reparto. Y al mismo tiempo una vez que se trató de pedir al capitan levantase la órden de castigo dada contra uno de aquellos inmigrantes, que tuvo la osadía de quejarse por la mala calidad de la galleta, él, Don Rodolfo, se opuso á ello terminantemente. La queja del pobre diablo, era sin embargo justa.

El aleman, andaba por todo el buque. Veíasele con frecuencia en 2ª, preguntando á cada cual el objeto de su expatriacion y sus aspiraciones en aquella América del Sur, que tiene para los europeos, atractivos cada dia más poderosos. Hablaba de todas estas Repúblicas y daba á cada cual los informes y los consejos que solicitaba, aumentando en las imaginaciones los espejismos engañosos, que deciden á la aventura hasta el punto de emigrar.

Oh! Si! ciertamente. Estos Estados nacientes,

eran centros de negocio, de gran negocio; casi nada se habia hecho en ellos y así podía intentarse todo. Le escuchaban con religioso silencio. De vez en cuando una interrogacion, acertada, llena de recelos pero al par muy concreta, inspirada en ese gran sentido práctico que caracteriza á la muger, le interrumpía. Su replica se hizo célebre. Enseñaba un refrán de América que muchos no sabian.

—Oh! señora. El bello sexo no tiene motivos para desconfiar de la generosidad de estos países. Los hombres ganan si trabajan, pero la muger que no trabaja es en América la que más gana. Quieren Vds. que me esplique más claro?

Le obligaban á callar con grandes risas de hembra que se siente cosquilleada en buen sitio.

En aquella 2ª clase pronto se hizo tambien necesario por la oportunidad en que distribuía sus pequeños favores de viagero prevenido, viagero de mar, á quien nada hace falta nunca, por larga que sea la navegacion y grandes los accidentes. Su abundancia en proveerse de todo remedió la escasez de algunos. Llegó hasta á regalar cuellos y puños postizos de los llamados impermeables, de *cautchout* á un pobre jóven que habia ensuciado ya todas las camisas que llevaba de repuesto.

En cada escala *El Pontifice* aumentaba su carga, y recibia nuevos pasageros. En Barcelona la crisis fabril, dió su contingente numeroso de obreros desesperados, que abandonaban pátria y familia lanzando una maldicion, al ver á sus mugeres y á sus hijos llorando, en la lancha, al costado del buque, hasta que este levaba anclas, llorando sin secarse las lágrimas con el pañuelo, que no querian dejar de agitar en señal de saludo postrero, nerviosas, locas, trasmitiendo su alma entera á aquellas manos con que los despedian. Algunos negociantes de los que iban á América á *tiro hecho,* sabiendo lo que les costaba el viage y lo que les iba á producir, por cuenta ajustada al centimo, llenaron los camarotes de 2ª clase que habia disponibles, y para 2ª tambien, tenia billete, aquella jóven, que al embarcarse, llamó la atencion de todos, y la de Don Rodolfo en particular.

Viajaba sola. Solicitó que su equipage, el baul pequeño y la casi vacía maleta, no fueran á la bodega con los de los demás pasageros; cabian perfectamente en su camarote, é iba á negársele este pedido cuando el aleman intervino, apoyando la pretension con aquellos modales y palabras insinuantes á los que nadie resistia. Conseguido su deseo, la jóven le dió las gracias. Este fué el principio de su amistad. Todas las

empezaba Don Rodolfo de la misma suerte, con la base de la gratitud por cualquiera de esos servicios que no tienen valor por su importancia, sinó por el buen deseo con que se hacen, y por la oportunidad en que llegan.

Se pudo notar y se notó, que desde el día siguiente al de salida de Barcelona, menudearon las visitas del pasagero de 1ª clase al departamento de los de 2ª. Cuando regresaba de una de estas frecuentes escursiones á popa, la *high-life* del barco, le daba bromas; los hombres con palabras soeces que le decian al oído, y *aquellas señoras*, con frases de doble sentido, velando el desnudo de lo que pensaban con pliegues tan depravadamente estudiados, que resultaba mas indecente.

Don Rodolfo protestaba y negaba con verdadero acento de sinceridad. Una cosa era sentirse interesado *paternalmente* (tal era el vocablo) por aquella pobrecita y otra confundir este interés, con sentimientos de distinta y de perversa índole. No lograba convencer á nadie. Le habian visto, allá, en uno de los bancos, hablando muy en secreto con ella, mas de una hora. Y ella no parecia insensible. Le escuchaba con grandísima atencion... y muy de cerca.

Entonces con cierto enojo, que no dejó de parecer *shoking* á una inglesa y *chocante* á una andaluza, esplicó lo que sabia de la jóven viagera de 2ª clase.

Se llamaba Agustina, y era huérfana. Huérfana de un gefe del ejército español. En lugar de quedarse en su pátria, donde no encontraba más trabajo que el de costurera, había vendido cuanto poseía, el modesto mobiliario, las pocas alhajas, había tomado dinero á préstamo sobre su orfandad al mismo habilitado y con todos estos recursos emigraba á la Argentina; su educacion fué en vida de sus padres mas esmerada, que completa. Tocaba el piano como una profesora, conocía el francès, dibujaba, bordaba. Era una criatura valerosa. Tenia esperanzas de ser colocada allá, en Buenos Aires, como institutriz ó señorita de compañía.

—¿La vá uté á tomá pá que lo inztruya ó pá que lo acompañe? preguntó osada la andaluza de lo *chocante*.

Don Rodolfo se puso densamente pálido. Aquella picaresca broma díjérase que le supo á insulto. Se conoció que tuvo en los lábios hecha la frase de una réplica brutal. Solamente dijo:

—Para lucir el ingenio, ó la malicia, no se esplota la desgracia, señora!

—Meno debe ezplotarze pá otráz cozáz, etá uté —Terminó la tremenda ceceadora.

Y la palidez del aleman hízose más intensa.

Pero desde aquella tarde cesaron todas las alusiones á los supuestos amoríos, puesto que sin esplicarse nadie la causa, vióse con toda claridad lo mucho que molestaban al que era objeto de ellas. Seguía comentándose el suceso. Los ócios de la travesía necesitaban no perder nada que pudiera entretenerlos. Se organizó un perfecto espionage, en que iba la suspicacia muy allá, y la realidad desbarataba todos los supuestos. No! No habia nada. Llegaron á sorprenderse conversaciones. Ella pedía informes acerca de aquel país en que iba á buscar un honrado acomodo y él los daba limitados á lo que se pedia.

Una vez, los escuchas, apostados convenientemente le oyeron esta réplica:

—No se haga usted ilusiones. Allí, tendrá que pasar por trances muy amargos. América no se diferencia de Europa, en nada. La humanidad en todas partes es la misma. La virtud y la honradez requieren energías heróicas... y no siempre se vence... casi nunca.

Con esto hubo bastante. La andaluza juraba y perjuraba que aquel gabacho era un mal hombre que trataba de disuadir á la huérfana de sus buenas ideas, que ya se iría viendo y que ponia al tiempo por testigo.

Por lo menos quedó puesto en duda, el famoso desinterés *paternal* de Don Rodolfo.

Agustina Cebrian era de veintidos años. Negros los ojos, no muy grandes pero vivaces y expresivos; la estatura mediana, en realidad, pero lo airoso y firme del andar, y cierta manera especial que ella tenía de erguir el busto de vez en cuando, por la admiracion encantada que producían, daban engaños á los ojos prestándola proporciones de lo que se llama una real moza. La boca, grande y sensual, como hecha para muchas sonrisas y largos besos, contrastaba en aquel semblante, como tambien era contraste, la misma vivacidad de las miradas, porque parecian andar de mal acuerdo, ojos y lábios, con lo grave y sério del gesto, la castidad del noble espacio de la frente, y la coloracion ruborosa de las mejillas, donde la virginidad se aterciopelaba, todavia en tenue vello. Sirviendo de corona á tal conjunto, pesaba ciñéndolo, con tornasoles que azuleaban de pura negrura, la abundante cabellera de naturales tendencias á la onda y al rizo y al alboroto.

Imagínense ahora, como sosten de esta cabeza un cuerpo, sino grueso bien henchido de carne, proporcionada y repartida ésta, de manera tal, que la robustez nada quitase á la soltura, dibujando la línea femenina, con las sábias curvas, que redondean hombros, brazos y caderas, levantan los pechos, como turgencias, y siguen

acusándose poderosas sin que logre su disimulo, el ámplio vuelo de la falda.

Embarcóse con modestísimo pero muy decente atavio. Traje de merino, negro, y sombrero de viaje tambien de este color. La juventud estrema, la soledad no menor, y el luto de las ropas delataban su orfandad. Interesaba

No tenia pues nada de estraño la conducta del aleman con Agustina.

Un dia, se produjo a popa, una disputa. Don Rodolfo bajo cuyos trages de franela blanca, se ocultaba lo muscular y sanguíneo, de las razas del Norte, como bajo sus guantes de piel de Suecia, las manos, demasiado grandes, fuertes y duras, verdaderas manazas de pelotari, reñidas con su vestir y porte aristocráticos, Don Rodolfo estuvo á punto de tirar por encima de la borda á otro pasagero, á quien llegó á tener ya suspenso en el aire, agarrado por ambos brazos levantándolo así á pulso, y diciéndole mientras lo zarandeaba con ira.

—Una palabra más y vá usted de cabeza al agua.

Acudieron á tiempo para separarlos.

El agredido era un jóven francés, comisionista

viajante, por cuenta de una gran fábrica de tejidos, que le costeaba á todo lujo la vida en los primeros hoteles y los pasages de 1ª en vapores y ferro-carriles incluyendo tales partidas en sus libros como necesarios gastos de representacion considerándolos reproductivos.

El negocio de compra y venta, hacíase todos los años dejando pingües beneficios. La América del Sur, y en ella la República Argentina era el principal mercado. Comprábanse lanas y se vendian telas. La primera materia digámoslo así, adquirida en grandes cantidades y á bajo precio en las estancias y á los ganaderos volvia manufacturada al mismo país á las capitales y sobre todo á Buenos Aires donde se ofrecía con arreglo á las costosas tarifas que la moda, establece, siendo tambien decreto suyo que se paguen sin regatear.

Este comisionista, Mr. Henri, (el apellido constaba en el pasaporte) era apesar del marco de buen tono, en que lo colocaba la casa, el prototipo de la juventud horteril, de todos los paises. Amigo de ganar sus comisiones honradamente, pero no menos amigo de divertirse. Incapaz de hacer una sustraccion de fondos, pero fatalmente inclinado á llevar á cabo un rapto que era el ideal de sus sueños, en punto á aventuras amorosas.

De igual manera que cada cual tiene su modo

de matar pulgas, segun el refran, pudiera agregarse otro, al libro de los adagios. Cada hortera tiene su manera de conquistar mugeres. Las formas que reviste el amor mas generalmente, en el corazon de estos soldados de Mercurio, son dos.

Pasion por la muger de su principal, cuyo enamoramiento tiene tres causas: que es bonita, que sale sola todas las tardes á paseo, y que si el principal llegase á morir, quedaria dueña del establecimiento: el dependiente á quien esto ocurre, suele sentir que la patrona no se llame *Carlota*, y llega á prestarla para que lo lea el libro de Goethe. En cuanto á él, queda convertido en un Werther sin pistolas.

Pasion por las parroquianas que puede colocarse ó muy alta ó muy baja, porque el corazon comercial tiene horror, no á los términos, sinó á las clases medias. O la duquesa, cuyo carruage blasonado en las portezuelas para con frecuencia delante de los escaparates, á través de cuyo gran cristal, el jóven la vé poner el pié en el estribo y cruzar la acera con aristocrático porte, risueña ya por el inefable goce de la compra, ó la modistilla, cantinera de esas mismas tropas de Mercurio, que suele escanciar sus bebidas no tanto á los soldados, como á los merodeadores que siguen siempre á los grandes ejércitos.

Para los horteras una dama aristocrática, siempre tiene veinticinco años, aunque tenga cuarenta y pico y los represente; una modistilla siempre tiene virtud, porque no hay hortera que haya dejado de leer las novelas de Perez Escrich y de Ayguals de Yzco ó sus equivalentes en todas las literaturas.

Pero hay otras modalidades con que el amor se presenta detrás de los mostradores, y entre ellas, estaba la de Mr. Henri.

Este preferia en amor el drama de capa y espada. El sentimiento se desarrollaba en él como una especie de combustion espontánea, rapidísimo y fuerte. Necesitaba la aventura á todo trance y sabia prepararla y llevarla á cabo, con toda la minuciosidad que emplearia un director de escena, echando despues en su memoria la dósis de olvido necesaria para creer que el episodio era obra de la casualidad y no suya, y gozar y sorprenderse, como espectador, por aquellas peripecias debidas á su mismo ingenio.

No se suponga por esto, que Mr. Henri, iba por el mundo ostentando melena desmelenada, gran delgadez de miembros, pálido rostro, hondos suspiros, ojos, puestos al mirar en blanco, mucha seriedad y poco apetito. Averiguado está, que cuantos esfuerzos hiciera para conseguir la adquisicion de algunos de estos signos esternos

del verdadero romanticismo caballeresco, le resultaron infructuosos. Erale aplicable en este punto lo que en su tierra se dice; *Chassez le naturel, il revient an galop.* Sobre sus ensueños y aspiraciones predominaban los gustos, las costumbres y las prácticas de la clase á que pertenecia.

Trovador era, pero prefiriendo á la lira de doradas cuerdas, el acordeon con que á los comienzos de la vida horteril habia logrado atraer clientela, en mas de un bazar, tocando la *Marcha de Boulanger,* y casi toda la partitura de "Madame Angot". Poseia además la serie de talentos con que Paul de Kock ha inmortalizado á la juventud mercantil al retratarla en sus libros. Talentos de sociedad que tenia la debilidad de lucir con demasiada frecuencia. Juegos de prestidigitacion y escamoteo, gimnasia de sala, hecha sin mas aparatos que los muebles de la sala misma y algo de ventriloquia imitando á la perfeccion los gritos de las cotorras, el canto del gallo, el maullar del gato, y otras manifestaciones *orales* de la animalidad. Tales destrezas no se mostraban mas que entre los iniciados, algun dia de comilona en restaurant, ó fiesta campestre, allá en Paris donde los amigos se reunian á la vuelta de uno de estos viages á America, para festejar el negocio realizado.

Pero una vez á bordo, en su camarote de 1ª clase el comisionista viajante, sentiase intimidado por el ambiente de buen tono que le rodeaba en el lujoso comedor, del trasatlántico, por las elegancias de la sociedad con que alternaba y la ingiesa gastronomia de aquellas cinco comidas diarias; el desayuno, los dos *lunchs*, de mañana y tarde, el almuerzo y la comida. Violentábase y recuperaba sus aficiones romanticas, acabando por consagrarse al amor, buscando lo mas escentrico para la aventura extraordinaria que necesitaba, sin cuya salsa no le sabia bien ninguna conquista. Adoptaba, nó los modales de representante comercial de un gran fábrica de tejidos, sino mas bien los de principe que viaja de incognito y aun se sospecha que en una de sus espediciones hizó cuanto pudo para pasar por tal, consiguiendo hacerselo creer a una tiple cómica con la que renovó tres meses sus juramentos de amor eterno.

Ocurrió pues, para su desdicha, que durante aquel viage en *El Pontifice* Mr. Henri se aburria. Cierto que entre las pasageras de 1ª clase, se contaban hermosas mugeres, pero la fatalidad intervenia de modo, que las hermosas no viajaran solas, como la tiple comica de feliz recordacion, sino con sus maridos respectivos y todos ellos autenticos y en cuanto al género de las hijas de familia, aparte de no ser de su agrado, podia serlo ménos en aquella ocasion porque las pocas que vió eran providencialmente feas. La única aventura que podia correrse, era la huerfana aquella que viajaba en 2ª clase. Pero Don Rodolfo se le habia anticipado.

Una tarde, haciendo mas largos sus paseos sobre cubierta, llegó hasta el departamento de proa y se detuvo para contemplar el curioso espectáculo de los inmigrantes hacinados, en repugnante confusion de razas y sexos.

Alli estaba el camarote del comisario, y alli se encontraba este mismo vigilando á todo aquel *ganado* como él decia. Al ver al pasagero de 1ª, invitole á entrar y tomar asiento.

—Vd. por aquí, Mr. Henri?

—Vengo á distraerme.

Y empezó el marino á detallarle algunas de las figuras que en aquel cuadro de la inmigracion se movian. Obreros, y labradores, familias enteras que abandonaban la pátria llena para ellos de ingratitudes, en busca del trabajo que en ella no encontraban. Desesperados algunos, que al zarpar del puerto habian lanzado contra la pátria misma una maldicion, como los obreros españoles.

Resignados los más á la constancia de la adversidad, fatalistas, que ante las promesas halagüeñas de los agentes de inmigracion, habian firmado su contrato sonriendo y encogiéndose de hombros. "Lo mismo se muere allí que aquí" exclamaron, y alguno dijo: "Cuando esté embarcado no le respondo á Vd. de no tirarme al agua." Y confundidos con ellos, tratando de alentarlos, iba el gran grupo de los optimistas, de aquellos para quienes las palabras "República Argentina" sonaban como á plata acuñada. Los que habian leído impreso (y sabido es que lo impreso, para algunos, reviste importancia suma y les merece gran fé) que se ganaban *allá* jornales de cuatro y cinco pesos, y que al llegar se hacía la vida de hotel, como los grandes señores que viajan con la cartera repleta de dinero; los optimistas que contaban no solo con el trabajo seguro, sinó con la fortuna "Volveremos, volveremos ricos y pronto."

Ni siquiera los martirios de aquella larga travesía echa á proa, hacinados cuatrocientos séres, en un espacio apenas suficiente para la tercerra parte, maltratados por la marinería, escasos de alimento, durmiendo sobre cubierta por falta de camarotes, horriblemente mareados, mal asistidos todas estas penalidades juntas eran bastante eficaces para disipar aquella ilusion con que sobre las

olas, allá en el límite del horizonte veían surgir la tierra americana, vírgen de cultivo, y esperándoles para que ellos con el arado abrieran los primeros sus fecundas entrañas. Sonreían á todo, al cielo y al mar, á sus mugeres y á sus hijos, y como lo único que se les había dicho era que cuando vieran volar las gabiotas sería indicio de la proximidad de la costa, pasábanse horas enteras escudriñando el espacio, impacientes, y algo estrañados de que el mar fuera más, mucha más cantidad de agua que la inmensa por ellos soñada.

De pronto, Mr. Henri, cortó la palabra á su interlocutor.

—Caspita! ¿Y aquellas mugeres?

Y estendiendo el brazo, indicaba un grupo de cuatro vestidas como las aldeanas suizas.

Eran distintos tipos de belleza, dentro del tipo de las rubias. Su traje mas bien parecía un disfraz, porque cara y manos blanquísimas y bien cuidadas, delataban haber usado más del jabon, que haberse expuesto á que el sol y el aire las curtieran.

El comisario sonrió de una manera maliciosa ante la pregunta, pero luego conteniéndose contestó con exagerada seriedad:

—Creo que son de Zurich. Traen sus *papeles* en regla. Aquí los tengo.

—Pero aldeanas?

—No lo sé, lo parecen. Han pagado 3ª de 2ª.

—Y eso que significa?

—Que no ván en 2ª ni en 3ª. Tienen camarotes propios y mejor trato.

—Y usted no sabe...?

—Nada, absolutamente, amigo mio.

Y no hubo medio de que fuera más esplícito. Hasta pareció mostrarse enojado por el insistente interrogatorio del pasagero.

Mr. Henri, continuó mirándolas. Había una alta y gruesa de cabellos cuyo clarísimo rubio era ya del color del cáñamo. Boca sensual de lábios abultados, pómulos algo salientes, frente deprimida, y ojos en que no brillaba ninguna espresion. No debia haber en aquella carne, blanca y mucha, sensibilidad nerviosa, ni por sus venas azules debería circular la sangre acelerándose por la emocion ó el deseo, sino solo, por el perfecto cumplimiento de todas las funciones del organismo. Era una hembra.

Pero nuestro comisionista viajante no la vió así. La blancura lechosa, y sobre ella aquel rubio estraño de la cabellera, fueron para su imaginacion los dos colores con que se debe pintar una de esas cabezas ideales que él había

visto en los cuadros de los museos. Confundió un Rubens con un Murillo, y desde este punto y hora túvose por embarcado no solo en *El Pontifice* sino que en una nueva aventura, ¡y de las que á él le gustaban! con todos los caracteres estraordinarios pues á poco esfuerzo de su imaginacion y con toda la buena voluntad que le conocemos, podia, como Don Quijote á las mozas de la venta, confundir él, aquella buena moza aldeana, con alguna princesa disfrazada. Incomodábale que fuera de Zurich donde no existe aristocracia.

Despidióse á poco rato del comisario y volvió á 1ª nó para continuar sus paseos, sino para apoyarse en la banda, á popa, y meditar su plan de operaciones.

Cual fuera este no hay para detallarlo. Ello es que procuró y logró por medio de su mismo camarero que se entregara una carta á la fingida aldeana, la cual se la devolvió diciendo *que no sabia leer*, pero en aquella misma tarde hubo gran cruce de miradas entre ambos.

Adelantando sus maniobras consiguió á los pocos dias una cita en el camarote de la beldad, aunque no dentro de él, sino en el pasillo, y delante de la puerta, y acababa de llegar á esta, y de empezar su dialogo en francés, cuando acertó á pasar por allí don Rodolfo á cuya vista

la suiza lanzó un grito de muger que se vé sorprendida en delito de infidelidad y se encerró dejandole solo.

Halláronse los dos hombres frente á frente. Mr. Henri no dándose bien cuenta del motivo que pudiera obligar á su conquista á esconderse. Don Rodolfo un poco pálido, con la palidez que le conocemos de la ira, mirándole, mientras acentuaba en sus lábios una sonrisa impertinente.

Se acercó y agarrándole de un brazo:

—Siento interrumpirle, caballerito. Segun parece nos gusta el pueblo, y hacemos en el mar idilios campestres. Véngase conmigo, sobre cubierta.

—Es que yo...

El aleman apretó los dedos en el brazo que tenia cogido.

—Tenemos que hablar, le digo. Sígame Vd.

El comisionista comprendió por lo decidido de la entonacion empleada, que toda resistencia serviría tan solo para que el incidente se produjera allí mismo, delante de los inmigrantes y á la vista de los marineros que cruzaban á cada momento. Siguióle pues.

La disputa ocurrió, aislándose ambos del grupo de los pasageros, allá, en el reducido espacio que queda detrás de la rueda del timon. ¿Que palabras se cambiaron? Solo se conocen las últimas,

que fueron dichas á gritos y acompañadas de aquel acto de violencia y de fuerza bruta del aleman.

—Una palabra más y vá usted de cabeza al agua!

Los separaron, pero inutilmente se trató de averiguar la causa del suceso. Solo Mr. Henri esclamó arreglándose el desorden del trage.

—En tierra nos veremos!

Y lo màs estupendo del caso, fué que despues de la comida, como el francés, se levantase de la mesa todavia contrariado y nervioso, el aleman que habia estado mirándole, con fijeza que más parecia de observacion que provocativa, imitando su accion, le siguiera.

—Mr. Henri! Dos palabras.

Se sentó en uno de esos sillones que llevan cuantos tienen costumbre de los viages por mar é invitóle á ocupar el inmediato, no solo con toda urbanidad, sinó humildísimamente.

Tampoco se supo entónces de lo que hablaron. El diálogo fué en voz baja. Don Rodolfo pareció esplicar algo, contar una historia que el comisionista escuchaba primero atónito, luego con atencion extrema; interrumpió de pronto, el relato de su interlocutor, con una alegre carcajada: asintió indudablemente á una proposicion que formulara el otro y acabaron por separarse,

despues de esto que fué lo único dicho casi en voz alta.

Don Rodolfo.—Confio en que no me descubra usted.

Mr. Henri.—A cambio de que Vd. me cumpla lo prometido y tambien cuento con ello.

Parecieron quedar reconciliados.

Agréguese otra maravilla. Mr. Henri desde entónces trataba al aleman, más bien que con deferencia con altivez algo disimulada delante de testigos.

El Pontifice hizo un buen viage. En Montevideo hubo poco desembarco y alguna descarga. A la tarde zarpó de nuevo y con la navegacion de aquella noche cruzando el rio entraba al amanecer, en el canal de la dársena Sur de Buenos Aires.

Al salir de la Aduana, despues del registro de equipages, Don Rodolfo acompañó á Agustina hasta la berlina de alquiler donde la dió sus últimas instrucciones. El napolitano pedia *la changa* (1), por la conduccion del baul y la maleta, que pusiera en el pescante.

(1) *Changador* es el nombre que se dá en esta República al que lleva cargas á pié de una parte á otra dentro de la ciudad. *Changa* es la retribucion que exige por este servicio.

Agustina volvió á sacar su portamonedas.

—Deje Vd. señorita. Vd. no tiene moneda del país. Y aunque circulan aquí todas, yo me entenderé con él. Ya sabe. Entrega Vd. mi tarjeta en el hotel y tendrá cuanto pida.

No pague Vd. tampoco el coche. En el hotel lo pagarán. Digale asi. Es lo mejor. Yo estaré allí, dentro de una hora. Hasta luego.

Cerró la portezuela y gritó, al cochero:

—Al Hotel del Globo!

Luego regresó á bordo de *El Pontifice*. Eran las once de la mañana. Habían ya desembarcado los pasageros de 1ª y 2ª clase, y estaban bajando á tierra los inmigrantes, los de á proa. Las cuatro suizas, quedaban todavia en el buque. Don Rodolfo iba á arreglar sus cuentas con el capitan.

II.

Los dos *mancarrones moros* (1) que iban enganchados á la berlina, arrancaron, con un penoso esfuerzo, de sus escualidos miembros, y emprendieron un trote, sostenido á fuerza de latigazos.

Era Octubre. Espléndido sol con luz vivísima daba una entonacion como dorada á todo el paisage. Movíanse las figuras, prestando al cuadro, que contemplaba entre absorta y curiosa la viagera, la estraordinaria animacion de los grandes puertos comerciales. Se oían las voces de los marineros ocupados en la carga y descarga, el rechinar de las cadenas, y á intervalos casi iguales dominaban aquel tumulto los dos gritos "¡Arriando!" "¡Yza!" que partían de á bordo, y á que contestaban en tierra, mientras que el gigantesco

(1) *Mancarron* es el caballo viejo ó muy estropeado. Equivale esta locucion familiar en América á la de igual clase *penco* usada en España. *Moro* caballo ó yegua de color negro entre mezclado con blanco.

brazo de las cabrias de hierro, iba y venía con lentitud, destacándose rigido y potente, levantando y trasportando desde las escotillas de las bodegas de cada barco á los almacenes de los depósitos aduaneros enormes pesos de embaladas mercancias.

Colocadas estas cabrias sobre los rieles, en toda la estension de la dársena y los diques, veíaselas puestas en fila, como gigantes que arma al hombro hicieran allí centinela, cada cual delante de un buque, amarrado. Las altas popas como monstruosas panzas, sobresaliendo al borde del desembarcadero; el vario color de cada casco; los palos y vergas formando sus cruces en el aire; el humo del vapor, que roncaba en las chimeneas, con aliento de atleta en descanso, y la nota alegre, de rojo blanco y de maderas barnizadas y bonitas, que daban los lujosos vapores de ruedas de la Platense; la mareante movilidad de pasageros y curiosos, el atareo de la muchedumbre por los muelles, todo aquello fué para Agustina de Cebrian la vision de un momento. El coche, dió la vuelta, y el nuevo espectáculo era distinto. ¡La ciudad, Buenos Aires, allí estaba!

Esas alegrías que tiene la tierra, para los ojos, despues de una larga travesía por mar, fueron las que esperimentó. El panorama desde el Paseo de Colon, por donde iba ya, era grandioso.

Más colores, mas variedad, más riqueza, más luz, en toda la composicion del cuadro. En cuanto alcanzaba la vista, cerraba el horizonte el grupo estenso de la poblacion, el conjunto de numerosos edificios, de desigual altura, y delante de ellos, prolongándose tambien, como una gran mancha hecha con distintos brochazos, de verde, amarillo, negro y siena, los terrenos ganados al rio que todavía eran pantanosos, *la barranca de San Telmo*, que coronaban las dos torres de la iglesia irguiendose como los palos de una H. Las casas eran bajas de un solo piso, de dos ó tres á lo sumo, y estrañaba á la viagera no ver sinó muy raramente, el tono rojo de los tejados y sí la blancura de las azoteas, que daba uniformidad, cierto, pero comunicaba al ánimo una estraña emocion de regocijo, semejante al cosquilleo que produce en el cuerpo inesperada impresion de grata frescura. Por encima de los edificios, allá, en el último término á la izquierda, alcanzaba á verse el desórden de mastiles y cordajes; era pasada la dársena, en la Boca, formando la *vuelta de Rocha*, como una desatinada confusion

de matices, el rincon de la paleta que el artista destina á hacer con el pincel las combinaciones y mezclas que parten de los tres colores elementales. Descollaba, el arbolado de la *quinta de Lezama*, interrumpiendo en estenso trecho aquel tono verde, las abigarradas pinturas del caserío, ese gusto churrigüeresco que huyendo de la uniformidad semeja las ciudades americanas, á colosal agrupacion de pastillas de una caja de acuarelista; fachadas verdes, azules, blancas, rosa, pizarra amarillas, hasta negras, estendiéndose entre ellas, de vez en cuando, como placas grises, los techos de zinc ondulado, de los galpones (1) y delante de todo la aduana Lanús, una construccion de ladrillo, hecha con arreglo á esa arquitectura reñida con el arte que es la predilecta de los Gobiernos y de los industriales.

El panorama entero, el cuadro visto así, bajo una luz deslumbradora, cuyos rayos parecían abrillantarse en las evaporaciones del gran rio; aquella ciudad que avanzaba rebasando los canales de dársena y diques, para llegar por el otro lado hasta la orilla y hasta el punto de que, en algunas casas, edificadas de temerario modo, ganando terreno á las aguas, el oleage

(1) Barraca, generalmente construida de madera, con techos de zinc, suelen ser depósitos ó almacenes de mercancias.

escupía en los muros sus espumas; el conjunto de poblacion, tierra, cielo y agua, barcos anclados y velas de pescador que se divisaban cruzando en lontananza, hubiera enloquecido por desesperacion á Muñoz Degrain el gran pintor de la luz y á Villegas el vencedor del colorido.

Ni hay tampoco ingenio ó maestría de narrador que pueda describir esto.

De los diques, partía á veces, dominando todos los ruidos, el estruendoso del vapor escapándose de las válvulas. No era un silbido como en las máquinas de los trenes: en algunos buques sonaba roncamente, rugía en otros, lanzaba aullidos prolongados, como de fieras famélicas, y semejaba en los pequeños remolcadores lastimero grito humano de aliento poderoso, arrancado al dolor de un titánico esfuerzo.

La berlina entró por la calle de la Defensa, tal leyó la viagera, en un azulejo y en la esquina de la primera manzana y el movimiento de la gran ciudad, la rodeaba ahora. El coche ténia que detenerse de trecho en trecho. El ir y venir de carros, era incesante, los tramvías circulaban tambien con dificultad; vió las primeras tiendas de aspecto modesto, y luego á medida que iba

avanzando, comercios más importantes, los almacenes de inmenso fondo de las *casas introductoras* (1), carteles de anuncios, donde quiera que había un sitio para colocarlos, banderas de *remate* (2), rojas, azules y blancas, y á veces una gran tira de lienzo tendida de balcon á balcon, de una á otra fachada, en la cual con letreros llamativos, se noticiaba tambien al público una subasta de terrenos ó de casas, de muebles, ó de objetos de arte, de mercancias de algun comerciante en quiebra, y las gentes transitaban por las aceras con el apresuramiento del negocio, los tramvias iban llenos, y á la puerta de aquellos almacenes grandiosos, obstruían el paso, los embalages, que se cargaban ó descargaban.

Mirábalo todo con estremada curiosidad, pero sin sorpresa. Con deseo de ver y con afan de análisis y estudio de cuanto veia. ¡Si! ¡Era aquel, Buenos Aires, tal como ella se lo imaginaba, como lo presentía! Una ciudad de dilatado perímetro, calles estensas, como aquella en que el coche llevaba ya rodando más de diez minutos y cuyo final aún no se veía; un gran centro poblado por séres que hablaban extrañas

(1) Las que hacen el comercio de importacion, con el estrangero.
(2) Subasta, ó «martillo» segun la espresion vulgar en España.

lenguas, francés, italiano, inglés, aleman, todos los idiomas de Europa, predominando un español que tomaba de todos ellos vocablos y acentos y sonaba á veces con pronunciacion algo bárbara. La pureza del habla de Cervantes, violada primero, prostituida despues, por gentes venidas de todas partes y entregada así, marchita su belleza, flácidas las carnes á fuerza de recibir golpes y caricias, á los hijos del país, que se abrazaban con júbilo, á la que fué manceba de tantos, no de otra manera que la virilidad de un adolescente, halla ilusion sin gran esfuerzo en cualquier meretriz, idealiza la hembra, y anda enamorándose por los lupanares.

¡Si! Todo cuanto iba viendo era lo presentido, era lo soñado. Aquella fiebre de especulacion, que desbordaba en el incesante tráfico hecho á la luz del sol, fuera de las casas, en plena calle, y desde tan temprana hora del dia, el apresurado andar de todos, la humanidad codeándose, empujándose, para llegar los primeros, á donde oían sonar los clarines de la batalla, para ser de la vanguardia, en los ejércitos que empezaban á formar la ambicion, la gloria, el placer ó la fortuna, todo aquello era, los primeros años de un pueblo, que quiere crecer, que se consagra al ejercicio, despreciando el peligro, sintiendo el sudor pero rebelándose al

cansancio, y se olía el vaho humano, viéndose todos los músculos en contraccion. ¡América, la jóven América, así debía ser y así era!

De improviso la berlina entró en la plaza, de Mayo. Un grandioso cuadrilatero, cuya amplitud maravillaba. " Dios mio! esclamó Agustina; que hermoso, es esto!" Y hubiera deseado que el coche se detuviese para contemplar á su sabor el conjunto y los detalles. Allá, en frente y á su izquierda, apenas pudo divisar el atrio de la catedral, su tosco órden de columnas, sosteniendo el triangular frontispicio en que adivinó alguna piadosa parabola esculpida en un bajo relieve, lo único que daba carácter y sello de catolicismo á esta obra de profana arquitectura; luego una casa en construccion, toda ella mostrando, como carne, todavía no cubierta por la epidermis, el rojo y casi sangriento color de los ladrillos, llaga viva á la que parecian sujetarse como vendages, los andamios de los albañiles y mas á la derecha, y aun no terminado, un palacio, un verdadero palacio, de suntuosa arquitectura, en cuya fachada principal no pudo leer á la distancia lo que se esculpia en una lápida. Seguia otra gran mole edificada, de mas

sombrios tonos, y en la esquina, punto á donde parecia que el coche se encaminaba vió en unos balcones, con grandes letras doradas que se leian desde muy lejos, este anuncio á guisa de muestra, *Casa Amueblada.* Pero en aquel momento iba pasando por delante del palacio cuya edificacion sola ocupa casi todo el fondo de la estensa plaza. Detrás de él, no se prolongaba la ciudad, estaba el rio. Era la llamada *Casa de Gobierno.*

Una confusion de estilos arquitectonicos. El siglo XVIII en la parte superior, el XV en el piso principal y el XVI algo adulterado en la planta baja. Igual brusca transicion en la pintura de la colosal fachada y toda esta mescolanza alegrando la vista, al par que protestaban de tal regocijo los deseos de unidad artística que pudiera echar de menos la pericia.

Presumió que no estaria lejos el término del trayecto. Iban á entrar en otra calle. Echó la última ojeada. Vió allá como hacia el centro, dominando los jardinillos, desde elevado y pesadísimo pedestal una estátua de mármol, una figura de muger, ¿que sería? La Libertad ó la Victoria, La Paz ó el Trabajo, La Civilizacion, el Progreso, acaso La República, ¡poco importaba! ya lo sabría, pero en el estado de su ánimo, aquella blanca forma dibujándose en la altura,

con la castidad eterna de la estatuaria la enterneció profundamente. Y alrededor de los jardinillos, el mismo afanoso y no interrumpido tránsito, los tramvías describiendo ámplias curvas, cruzándose en todas direcciones, la parada de coches de alquiler, al borde de las aceras, saliendo á veces uno de ellos, separándose de la fila, y poniéndose en movimiento, alquilado ya, para ir á confundirse en el mareante ir y venir de gentes y vehículos de toda clase.

La calle por donde ahora iban, era aquella en cuya casa de esquina había visto las grandes letras doradas *Casa Amueblada* la ridícula traduccion *moco-suena*, *como suena*, del francés, que ella sabía, y que la hizo sonreir, pensando que tal muestra ó letrero, á cualquier otro español, que ignorase el idioma de Moliere, produciríale el natural comentario, suponiendo que quien en Buenos Aires tiene muebles en su casa, pone noticia de ello en los balcones para admiracion ó envidia de los transeuntes.

A poco andar se detuvo el coche. Habían llegado. Dos grandes placas metálicas colocadas á entrambos lados de la puerta anunciaban el "Hotel del Globo." Un demandadero acudió solícito á recoger su equipaje, mientras ella abriendo la portezuela, bajaba, y entrando preguntó al portero por el dueño del establecimiento. Salía ya este último, á su encuentro, de una de las habitaciones cuyas puertas daban al patio, en el cual, vió macetas con plantas, á la usanza de nuestras ciudades andaluzas, y una especie de garita cerrada con cristales y techada de lo mismo donde se instalaba ante un pequeño escritorio el cajero del hotel.

Siguió Agustina las instrucciones de Don Rodolfo punto por punto, y á la presentacion de la tarjeta vióse atendida, como el aleman la prometiera.

Poco despues despidiendo á la sirvienta que hubo de guiarla hasta el cuarto alquilado, cerró la puerta de este y quedó sola.

Ya se preparaba á desatar las cintas de su sombrero de viage; persistian fingidas ahora, como vício adquirido por el cuerpo las impresiones del vaíven del barco durante la travesía, la sensacion de no pisar en terreno firme; en los oidos continuaban, el poderoso golpear de los volantes de la máquina, y el ruido de la helice arremolinando las aguas: aún su olfato aspiraba los olores acres, de la brea, los rancios del comedor de popa, y hasta los ojos, quisieron encontrar en el gabinete del hotel

parecidos bastantes con el camarote de *El Pontífice* con cuyas apariencias engañaban la vista. Creyó que nada estaba fijo, que todo á su rededor séguía como ella los movimientos del balanceo, de popa á propa y de babor á estribor, y sin saber como ni porque, prefirió á sentarse, en cualquiera de aquellas butacas ó sillas, hacerlo en su mismo baul, puesto allí en medio de las habitaciones por el demandadero.

Entónces rompió en copiosísimo llanto.

Quiso primero resistirse al desconsuelo. Cerraba los párpados con fuerza, para contener las lágrimas y estas pudieron más y se deslizaron entreabriendo las pestañas, y á la postre de su garganta angustiada, de sus contraidos lábios se exhaló un sollozo que hubiese vibrado como grito desgarrador si á tiempo no acude á sofocarlo con el pañuelo.

Sucede que á veces, en las grandes luchas de la vida, y sobre todo en los inesperados vencimientos è impensadas derrotas que nos hacen sufrir la realidad ó la materia, la razon, el entendimiento, la voluntad misma, quedan como anonadadas bajo la inmensa pesadumbre del hecho. Es algo como un estado cataléptico, de lo que llaman los idealistas espíritu, en un todo igual á las catalepsias de lo orgánico. Se sabe del fracaso, ó de la desgracia, que debiéramos y

que quisiéramos deplorar, se hacen esfuerzos para quebrantar los lazos de insensibilidad que nos atan, que nos embrutecen, se intenta inútilmente, que penetren en la inteligencia con su verdadera acepcion desoladora, las palabras, *muerte*, *orfandad*, *aislamiento*, *destierro*, *ruina*, hasta la palabra *deshonra*, separadas, aisladas, si la desgracia con una sola de ellas se define, aglomeradas, unidas, si todas son ó son varias las que nos hieren, y el entendimiento rebelde y la voluntad perezosa no nos pueden librar de esa atonía. Luego, cuando ya parece que nuestro egoismo, se acostumbra y complace en esta enervacion de las facultades sensorias, cuando nos creemos á salvo del sufrimiento, una palabra, ropage nuevo en que se envuelve la misma idea dolorosa, una sola, acaso menos rica en su espresion, ó un objeto que vemos, ó una persona que se nos acerca, remueve en nuestro ser todo cuanto se hallaba inmóvil, escita los nervios, apresura la circulacion de la sangre, congestiona, destroza, rompe el vendage para urgar en la llaga viva y entónces como esplosion, el dolor humano, llora y solloza, grita, reza, blasfema ó maldice.

Cierto. Aquella muger fuerte hasta entónces, que había sabido soportar con valor la catastrofe de la orfandad, el terrible y brusco cambio que

en su vida realizaba la muerte del coronel Cebrian, su padre, ella, que despues de la desgracia tuvo valor bastante para todo; para analizar serenamente, su situacion, calcular los recursos de que podia disponer, juzgarlos como eran, escasos, prometiéndola en el porvenir, esta misma escasez, vecina de la miseria y tal vez de la deshonra; Agustina de Cebrian á quien se vió sola y sin solicitar los servicios de corretage de ningun agente, para economizarse el pago de este trabajo, vencer en Madrid, los obstáculos que pone la tramitacion enojosa con que el Estado eterniza los espedientes y lograr el despacho del suyo de orfandad; y que trás esto, en pocos días puso por obra su no menos valeroso propósito de emigrar á la América del Sur, de abandonar la pátria, donde el bienestar á que estaba acostumbrada, no por el trabajo, sinó á costa de la honra, únicamente era posible, que se embarcó serena y llegó hasta regocijada á Buenos Aires, ahora lloraba, ahora, al encontrarse de nuevo en la misma soledad pero a tantas millas de la nativa tierra, sola y vestida de luto en aquella habitacion amueblada con arreglo á esa moda universal de los hoteles, que parece elegir y colocar cuadros, espejos, cortinages, mesas y sillas, el lavabo y la cama, todo hasta la palmatoria, de manera tal, que presta al con-

junto, no los agrados de la vivienda, sinó la repulsion de lo que es estraño, de lo que nos es indiferente, de lo que no ha de ser nuestro y finge malamente serlo, y se nos entrega por horas ó por dias, segun la paga, con la indiferencia servil con que á otros se entregó ántes y ha de seguir vendiéndose á los que vengan despues. Es el hotel la calle misma, sirviendo de hogar á los que no lo tienen pero pueden pagar, un trozo de via pública cubierto con techos y cerrado por paredes. Es la calle y se une á nosotros, como todo lo que en la calle se encuentra. Como el perro sin amo, como la ramera, que tiene sin vender su cuerpo para aquella noche.

Y reconstruyó en un momento, los últimos, los más recientes recuerdos, y sobre todos ellos, como evocados ahora por la ciudad estraña y el hotel, los de Madrid y los de su casa, tal como estaba esta, en vida de su padre.

No había lujo en aquel piso segundo de la calle de doña Barbara de Braganza, pero á todos los amigos del coronel, á todas las amigas de la hija, encantaba el esquisito buen gusto con que estaban amuebladas las habitaciones. Y ella Agustina, recibía estos plácemes, con el envanecimiento de

artista que oye elogiar su trabajo. Porque era obra suya. El coronel Cebrian al decidirse por su residencia en Madrid, húbola de entregar la cantidad de que podía disponer, para la instalacion, confiando en los habitos de economía y en el buen acierto, que para todo cuanto es detalle de la realidad de la vida, demostraba siempre Agustina, á quien llamaba el viudo cariñosamente su *amita de gobierno*.

Padre é hija, vivían solos, queriendose con inmensa ternura, y había en el cariño de la jóven, mucho de agradecimiento, hacia aquel bizarro militar, en edad de ser amado por las mugeres todavía, terco en no contraer segundas nupcias, prefiriendo los amorios buscados y elegidos desde "La Peña," entre las que pasaban por la acera del café Suizo, tomando á broma con sus consocios enseñar, desde los balcones de aquel circulo militar, á las que pasaban mirando á los hombres, una moneda de oro, poniendosela en el ojo derecho á guisa de monóculo, y bajar luego, cuando la buscona acogia *la declaracion*, como ellos la llamaban, sonriendo y con una seña afirmativa; bajar dejando tras sí, en el salon de tresillo, carcajadas sonoras y frases indecentes de despedida, que le recordaban los antiguos buenos ratos, pasados cuando era oficial, con sus compañeros, en los cuerpos de guardia.

Oh!, que alegre casa y que buena vida en ella hasta que llegó como de sorpresa la catástrofe! El gabinete y el despacho, las dos únicas habitaciones que daban á la calle, venían á verlas todos los dias los rayos del sol, desde muy temprano.

Agustina hizo milagros con el dinero.

Puso colgaduras de abacás, en todas las puertas, alfombró hasta las dos alcobas, la de su padre y la suya. Hubo entre ellos una discusion, acerca de quien ocuparía la del gabinete con balcon á la calle. Este gabinete era una monada, pequeño y alegre como una jaula, y ella queria que fuese con la hermosa alcoba estucada la habitacion del coronel. "Hija, esto es demasiado bonito para un viejo viudo; dejame á mi, allà, adentro. Me afeminaría entre estas paredes empapeladas con estampacion de ramitos de flores..... que dentro de un mes apestarian á tabaco."

Y tuvo que ceder Agustina pero impuso sus condiciones. La sala inmediata, se amueblaría para él, como despacho. Así las dos piezas principales se repartian con equidad. "Recibirás á tus amigos, escribirás tus cartas y yo te veré desde aquí. Te advierto que tienes la obligacion de venir á fumar todos los dias despues de cada comida, y hasta que se te acabe el habano, y á mi la gana de charlar contigo, no

te dejo salir á la calle. Que esperen los de "La Peña" que primero soy yo."

Emprendió una ardua campaña y recorría las tiendas para hacer sus compras deseando verse cuanto ántes instalada fuera de la fonda, donde todas las intimidades de la vida de familia le parecieron profanadas. Daba prisa á mueblistas y tapiceros y cualquier plazo por corto que fuera le resultaba intolerable. El despacho, estilo Enrique II con sus librerias y mesa de roble, una docena de sillas de cuero, imitacion del labrado de Córdoba, un comodo sofá y dos sillones para cuyo tapizado ella dió mantas jerezanas, tenía en el centro, sobre una mesita para periódicos, un busto en bronce de Hernan Cortés. El comedor quedó amueblado con mesa, aparador y trinchero de nogal con frutas talladas, y otras doce sillas de alto respaldo y columnas salomónicas, y en lugar de regilla, aquel y el asiento eran de chagrin rojo con clavos dorados; un lujo. Convirtió en cuarto de lavabo y baño uno con ventana al patio que habia junto á la puerta de entrada y compró para él un bonito hule de pavimento. En su alcoba exigió el coronel cama inglesa de hierro, pero ella se opuso, la compró de bronce dorado, y no prescindió de su mania de las colgaduras. Pero la maravilla de la casa fueron las dos habitaciones de Agustina, porque cuando

se figuró haber adquirido cuanto necesitaba, un tocador vestido que colocó delante del balcon, seis butaquitas á la Emperatriz de tapicería de lana y seda, de colores y dibujos diferentes y algunas rinconeras y *etageres,* que llenó de juguetillos de China, el padre se presentó como colaborador de la obra é hizo un derroche. Devolvió la cama modesta, y la sustituyó con un juego de dormitorio completo de madera blanca, de maplé de preciosa veta, cama, mesa de noche, armario de espejo, y cómoda. Luego sobre el mármol de la chimenea francesa del gabinete, colocó una jardinera entrelarga que lo cubría y en ella begonias artificiales, de raso, seda y terciopelo, que se reflejaban en un espejo de marco tapizado el cual llegaba hasta el techo. Otro dia, cuatro mozos de cuerda llevaron un piano, y, á cada instante el mismo coronel regresaba á las horas de comer con alguna adquisicion para *alegrar las paredes* como él decía, panderetas pintadas, llenas de cintas y cascabeles, paletas y platos, en que se veían las firmas de Gomar, Sala, ó Garcia Ramos, un delirio que no cesó á pesar de las riñas de Agustina hasta que no hubo buenamente sitio donde poner nada y apenas en la reducida habitacion para moverse.

Sentada sobre las duras tablas del baul, en

la soledad del hotel americano, ahora; ¡Dios mio! ahora, le pareció como que todo aquello estaba delante de sus ojos, y que estos se lo permitian ver mientras lloraban. Recordaba sus alegres dias cuyas horas animó con el trabajo de muger hacendosa, encantada con tener siempre en el hogar, saltando á la vista, el regocijo de la limpieza. Sus noches entretenidas con otras modalidades de la misma tarea. El repaso de la ropa blanca, las cuentas ajustadas á la cocinera, las órdenes á la misma para el dia siguiente, la lectura por último de algunas páginas de sus autores favoritos y el sobresalto con que siempre se acostaba, al oir las doce campanadas de la hora de media noche, y casi á poco rato, el ruido de la llave entrando y girando en la cerradura de la puerta. Apagaba la luz apresuradamente y fingía dormir. De haberla encontrado el coronel levantada, á su regreso del club, hubiérala reñido. La vida sin ninguna de las variaciones que pone en ella el infortunio. La dicha del bienhestar tranquilo, que no se interrumpe y tiene desde por la mañana entreabiertos los lábios con la placidez de una sonrisa. Al despertar, aún se figuraba conservar en la frente, la humedad del beso que el padre la daba, creyendo en aquella comedia del sueño, tan mal hecha á pesar de tantos ensayos.

Y de pronto una tarde, aquella tarde de Agosto,

llena de sol y de promesas de vida, la *corazonada* que tuvo, al oir abajo, en la calle, la parada brusca de un coche, el nervioso é instintivo impulso con que abrió el balcon y se asomó anhelante. Estaba segura de que en aquel carruage, venia lo imprevisto, en forma de catástrofe para ella. Porqué? ¡Porque sí.! Un minuto ántes, menos, un segundo, se complacía en ver como el sol deslumbraba en el blanco monton de ropa que estaba cosiendo. Si el coche no se hubiera detenido ¡nada.! Y por detenerse ¡todo.! No hay razones. Surgen estos gritos, de repente, en la garganta, por el susto que nos dá la sangre, deteniendo su circulacion un instante que amenaza la vida. Vió bajar del estribo, á un hombre, un caballero rigurosamente vestido de luto, y tras este otro, y á los dos levantar la cabeza y mirarla, pálidos los rostros, espantosamente serios, entraron luego apresurados en el portal de la casa, mientras que la gente, los transeuntes, se agrupaban alrededor del carruaje, mirando por las ventanillas. No vió más. Bastaba. Entróse como loca, y desalentada corrió para abrir la puerta. Ya estaban allí. Habian subido los escalones á saltos. Los reconoció. Eran dos amigos del Coronel.

—Señorita!.... tranquilícese usted!.... por Dios!

—Mi padre? Donde está? Ha muerto! Le han matado!

Bajaron la cabeza sin contestar. Se acercaron creyendo que iba á desmayarse.

—No! no! Dejenme Vds! Quiero verle!... Lo traen ustedes. Asesinado! ¿verdad?

Entonces uno dijo:

—No! Se ha batido! Un desafio.

Tuvieron que contenerla. Quería ir á la calle. Apartar á los curiosos, abrir la portezuela y llorar y abrazarse al adorado cuerpo, allí, dentro del coche. Casi á viva fuerza, lograron llevarla al despacho. Cayó sobre uno de los sillones y no pudo más. El sincopé la venció, ántes que el llanto, al oir los pasos de mucha gente que subía el cadáver por la escalera.

Lo recordaba bien ahora, sentada sobre las duras tablas del baul, en la soledad del hotel americano, léjos, muy léjos, de la pátria, de Madrid, de aquella casa, donde vivió solamente un año y donde hubiera querido morir, recibiendo en su último sueño, uno de aquellos besos que su padre le daba, cuando ella fingia dormir todas las noches.

Lloró y lloró mucho entónces, como estaba llorando ahora, pero tuvo valor bastante para verle en el ataud, sobre la cama imperial, y entre los blandones, de uniforme, con la mandíbula destrozada por el certero balazo, pero conservándose aún, como en carton de estereotipia, al ser sorprendida por la muerte, la espresion serena que tuvo el rostro ante el peligro.

Luego, cuando tomó la resolucion de huir de Madrid, de salir de España, de espatriarse, de correr aquella aventura en busca de trabajo como refugio y ámparo de su virtud, fué una série de separaciones tremendas. Empezaron á salir del abrigado hogar, despues del cadáver del padre, todos los objetos queridos. Muebles, alfombras y colgaduras, cuadros y espejos, cuanto era su encanto, cuanto participó de su vida, lo útil y lo de adorno, las panderetas pintadas al oleo, llenas de cintas de raso y madroños y cascabeles, las paletas y platos firmados por Gomar, Sala y Garcia Ramos, el busto en bronce de Hernan Cortés y con él, la mesita de periódicos sobre la cual estuvo siempre en el despacho, y una tras otra iban quedando las habitaciones desnudas, y cuando ella salió, despues de la última venta, el portazo que dió cerrando, en toda la casa sonó á hueco, la dió un escalofrio y la hizo bajar las escaleras ahogándose de angustia.

De los tres mil duros que se habian gastado en mobiliario, Agustina pudo reunir cinco mil pesetas, en la almoneda. El espediente de orfan-

dad estaba ya resuelto. El habilitado espontáneamente sin que ella lo pidiera hizole un anticipo de mil pesetas sobre su paga. "Acéptelas Vd. señorita. He sido compañero de Cebrian. Con estos cuatro mil reales tiene Vd. para los gastos de viage. Llegue Vd. á América, siquiera con sus mil duros intactos... y buena suerte, hija mia. Me permite Vd. que la abrace? "

Desde aquel dia, no volvió á llorar.

Y ahora ¿porqué era aquello? Era una muger valiente. Iba á dar la batalla, y de pronto, la frase á que estaba acostumbrada, lo que no hacia mella en su ánimo, se modificó. Mil veces la hubo de repetir no para desconsuelo, sinó por cobrar con ella mayor aliento. "¡Sola, estoy sola en el mundo!"

Y en aquel hotel, al ver su trage de luto, en la deslucida luna de un espejo, quiso recordarla y la dijo de este otro modo:

"¡Sola en América!"

No pudo contener el llanto.

III.

Logró al cabo serenarse. Enjugó sus ojos. Los párpados estaban enrojecidos. Se lavó y sintió gran deseo de tomar un baño. Era su costumbre, que no habia perdido el cuerpo, á pesar de haberse interrumpido forzosamente durante la travesía. Peró allí en el hotel! ¡Nó! Lo tomaría á la tarde. en cualquier establecimiento de esta clase. Cambió únicamente de ropa interior y de vestido. Cuando terminaba estos quehaceres, llamaron á la cerrada puerta, con la mano, con los nudillos.

Abrió y se encontró de nuevo con Don Rodolfo, su galante compañero de viage. Sin saber porqué, desconfiaba de aquel hombre.

Detrás de él venia un camarero con una bandeja y en ella servilletas, platos copas y cubiertos.

—Dispongo por Vd., señorita. He supuesto que hoy preferiría no bajar al comedor. Almorzar aquí. Y si me reserva un sitio en su mesa la haré compañía.

—Con mucho gusto.

Contestó secamente, pero el aleman no pareció apercibirse de ello. Mostrábase contento, como quien acaba de realizar un buen negocio, y la miraba y hablaba exagerando aquella modalidad de proteccion oficiosa, que tuvo en *El Pontifice* desde el primer dia que la vió pisar la cubierta.

—Hablaremos, tenemos que hablar. Prométame Vd. dejarse guiar por mi y no le irá mal. Oh! Buenos Aires! *este es un país de Dios*, como ellos dicen. Yo lo conozco. Vamos á ver. Insiste Vd. en sus propósitos. Cuenteme.

La mesa estaba servida, utilizando un velador el eterno velador de caoba de los hoteles, puesto en el centro de la habitacion. Sentados uno frente á otro, Don Rodolfo tenía á su lado, delante, la botella del vino. Una lacrada de Burdeos. El camarero entraba á cada rato, iba y venia sirviéndolos. La puerta estaba abierta de par en par.

Entónces Agustina repitió lo que tantas veces habia dicho. Los fundamentos de su resolucion de espatriarse, de venir á América, y como hubo de decidirse, entre todas las repúblicas españolas por la Argentina.

Era indiscutible que estaba en un país nuevo para ella. Pero que no fuera á figurarse que lo conocia únicamente de oidas y de una manera confusa. Cierto que allá, en Europa, todavia hay gentes que hablan de estas repúblicas, como hablan las personas formales de los chiquillos traviesos y aún de manera peor. Los mas ignorantes, llegan hasta suponer, que por aquí, aún no han venido las modas de Paris, ni las costumbres inglesas. Que no se conoce el uso del sombrero de copa y que hombres y mugeres gastan todavia las plumas de los indios por toda vestimenta. De estos gobiernos solo saben, los que más saben, los hechos y nombres, de Rosas, de Francia, de Lopez, y cuando reciben otras noticias, de libertades conquistadas y derechos reconocidos, niegan hasta moviendo la cabeza y dicen "Aquello es y será por mucho tiempo, carne que se está comiendo la tiranía, y no la soltará tan fácilmente. Aun son muy niños. Si llegan á hombres, matarán á la fiera" Ella, Agustina, no entendía de política, pero hubo de oir decir esto y supo, cuando trató de emigrar, que no era cierto ó por lo menos que era exagerado.

Don Rodolfo escuchaba sonriendo.

Pues se lo iba á probar, para que dejase de tenerla por una jóven atolondrada que se les echa

de marisabidilla. Se enteró, si señor, y todos sus informes eran de buena fuente: Documentos oficiales, nada ménos. Sabia de estas repúblicas algo más y mejor que pudiera creerse. Allí en su baul estaban los datos en que estudió. Eran unos mapas bastantes detallados, que se doblablan en cuatro dobleces y estaban encuadernados pulcramente con tapas de tela roja. Y de los cuatro dobleces resultaban en el reverso nueve páginas impresas de lectura, en que con letra muy chiquita y en estracto muy bien hecho venía cuanto el emigrante necesitaba saber. Una descripcion, sintetica pero acabada, completa. Desde los artículos principales de la constitucion de cada República, aquellos cuyo conocimiento interesa á los estrangeros, hasta los salarios que se pueden ganar en cada oficio ó empleo y los rendimientos, que dejan las industrias. Las riquezas del país en agricultura y ganadería, las mineras, hasta la pesca y la caza, las cifras estadísticas de poblacion, de ejército, el valor de la propiedad, el de la moneda, el número é importancia de las vias de comunicacion, carreterras y ferrocarriles, los presupuestos, las escuelas, todo, absolutamente todo, sin olvidar el precio de los comestibles y el de la vivienda, y de esta suerte, desde Madrid, àntes de embarcarse, ella, Agustina, sabía ya, casi al céntimo

puede decirse, lo que iba á ganar y como distribuir esta ganancia para atender á sus necesidades.

La interrumpió una sonorísima carcajada de don Rodolfo.

Quedóse turbada, pero inmediatamente, se levantó. Iba á enseñarle aquellos libros de nueve páginas impresas al dorso de un bonito mapa en colores. ¡Eran publicaciones oficiales!

—No se moleste usted. Las conozco. Son los *Anuarios*, son las redes, ó mejor dicho, unas cuantas mallas, de la red que tiende América, para hacer su pesca en Europa. Si los tiene usted todos...

—Me los han dado los cónsules mismos, y algunos, los ministros acreditados en Madrid, de estas Repúblicas.

—Si los tiene usted todos — continuó el aleman — tendrá Vd. uno entre ellos cuya portada es muy curiosa. *Anuario Estadístico de los Estados Unidos de Venezuela.* Yo conozco el del año de 1884 publicado *de órden del Presidente de la República*, ILUSTRE AMERICANO *General Guzman Blanco.* Ya vé usted si tengo buena memoria. *¡Ilustre americano!* — agregó con tono irónico — usted no sabe lo que dicen hoy en Venezuela de ese Presidente, que se hizo erigir estátuas en todas las plazas. Cuando estuvo en Paris dió

tema para un artículo ¿sabe usted á quién? á Aureliano Scholl. Es feliz este caballero que se figura ser Napoleon I—le decia sobre poco más ó menos—cuando vá de paseo y tropieza con un guardacanton, trepa sobre él y se mete la mano en la abertura del chaleco.

Luego añadió con brusca transicion.

—Me lo figuraba! Viene Vd. como todos los que vienen por primera vez. La palabra es, aunque dura, justa y es esta. Engañada. *Engañada oficialmente.* Y no es censurable, yo no lo critico, el hecho no me indigna. Tengo una filosofía que en cierto modo se conforma con la de estos Gobiernos. Casi tenemos el mismo lema, (y al decirlo, sonrió de nuevo), un lema francés. *Je prends mon bien ou je le trouve,* y agregue usted si quiere esta máxima: "El fin justifica los medios". América necesita brazos para el trabajo, y aumento rápido de poblacion. Hacen falta hombres y se traen. En cuanto á las mugeres, hacen falta tambien para los hombres. Recuerda Vd. la fundacion de Roma? recuerda usted el rapto de las Sabinas? Aquí se reproduce algo de eso. Se hace ménos *brutalmente á veces,* pero en mayor escala. Oh! su pátria, España, se hizo daño, y nos hizo daño á todos los europeos, el dia en que salieron del puerto de Palos aquellas carabelas, mandadas por un loco. Aun persiste en

los ojos, el brillo de las riquezas, con que se presentó en la Corte y que dejó á los piés de la hermosa Isabel la Católica; aún el asombro, del vistoso plumage de las aves que no cantan, y del nuevo color de la *piel* humana. América se aprovecha de esta ilusion que dura demasiado en Europa. Fué rica, volverá á serlo, pero hoy por hoy, está arruinada y sigue viviendo ostentosamente, por que vive de su crédito. La Argentina, llegará á tener bienes propios, el dia en que pueda ser cultivado, todo su estenso territorio. Pero, cuando se recogerá esta portentosa cosecha? ¡Quien sabe! Entretanto, aquí no hay fortunas hechas y por consiguiente, no se puede venir á buscar fortuna. ¿Sonrie usted? ¡He de ver aumentarse esa sonrisa dentro de muy poco tiempo, y he de verla borrarse despues! Cuando usted oiga hablar de gentes, cuyo capital se suma por cientos de millones de pesos, me tachará de embustero probablemente. Pero estos millones son *de papel.* Aquí, la libra esterlina y la moneda de cinco duros, llevan esa careta. Llegará una liquidación de Bolsa, jugarán esos millonarios al alza ó á la baja, se equivocarán, y los verá usted al dia siguiente, actuando casi de pordioseros. ¡Millones americanos! Ya sé, ya sé, lo que vá Vd. á decirme. Que no ha venido en busca de la riqueza, sinó del bienestar y con sus informes oficiales, está

segura de encontrarlo. Puesto que un labrador, un albañil, un bracero cualquiera, gana salarios crecidos, una institutriz, una señorita de compañia, un ama de llaves, debe poder realizar ahorros, y al cabo de unos cuantos años, pensará usted regresar á la pátria con capital modesto. Escúcheme usted. Hay otras cosas, obstáculos que no adivina, y que irá encontrando. Es usted jóven, y hermosa, trae dinero. ¿Cuanto?

—Oh! muy poco. Cinco mil pesetas. Espero que será lo bastante para vivir uno ó dos meses, no sé, el tiempo preciso hasta encontrar una buena colocacion.

—Esa no le faltará. Acaso la tenga usted desde mañana. Pero esta es mi última profecia. ¡Usted y sus pesetas, se van á quedar enterradas en Buenos Aires!

Lo dijo de tal manera que Agustina sintió un escalofrio.

Habia terminado el almuerzo. El aleman se levantó.

—La veré á usted mañana; la recomiendo que coma aquí. Se paga muy poco más y se evitan las molestias del comedor, donde se vería usted sola y objeto de todas las miradas. Quiere usted saber ahora, de que medios ha de valerse para encontrar lo que desea? En Buenos Aires, el anuncio es la base de todo. El mejor diario para esto es *La Prensa.*

¡Que era lo que sentía? Un dejo amargo, una pesadumbre, inesplicable, un malestar como precursor del desmayo. "Hay otras cosas — habia dicho—obstáculos que ella no adivinaba". Otras cosas? cuales? y luego "Usted y sus pesetas, se van á quedar enterradas en Buenos Aires". Aquella tremenda frase, estaba repitiéndose en su memoria donde quedó como grabada de modo indeleble. Nó. Aquel hombre no la conocia. Evidentemente trataba de asustarla. ¿Porqué? Luego el interés que por ella demostraba, no era natural, ¿Enamorado? Seguramente no. El aleman tenía una manera de mirar, de hablar, hasta de accionar delante de las mugeres, estraordinaria. Lo pudo observar durante la navegacion, no solamente con ella, sinó con todas las que iban en el transatlántico. No era la indiferencia, nó. Era el interés, pero sin el naturalísimo brillo, que pone en los ojos del hombre, la contemplacion de lo hermoso femenino. Sin esa chispa que arroja á las pupilas la sexualidad, despertando como instinto. Ni remotamente se apasionaba. Era una mirada escudriñadora, ante la cual esperimentaban las mugeres, la turbacion de quien se siente desnudada, vista por debajo de las ropas. Era un análisis de inteligente, en que ninguna simpatía ó afecto, ofuscaba el criterio. Como un chalan se detiene ante un caballo, y lo examina

y lo justiprecia, así, una cosa así. ¿Quién era Don Rodolfo? Buenos Aires, la capital de aquella gran República, que por su fuerza de atraccion, estaba empezando á preocupar á los Gobiernos de Europa á la que despobiaba, sería lo que el aleman dejaba entrever, ó lo que ella presumía? Estaba en tierra de aventureros ó de ciudadanos? No exageraría acaso con respecto á la poblacion estrangera, pero los argentinos, los hijos del país no podian ser como decía. Bah!. Agustina era animosa para luchar, queria vivir, amaba la vida con todas las fuerzas que dá la salud para amarla, queria vivir aunque fuera sacrificándose, y viviría.

Lo que consideró evidente, fué que el aleman mostraba empeño en desalentarla. ¿Con qué objeto?

En la calle, oía insesante rodar de carruajes. Las cornetas de los tramvías, repetian su desafinada sonata, y llegaban á su oído el rumor del tránsito, el grito de los vendedores ambulantes, los regocijados ruidos de una gran ciudad. Serian las dos de la tarde. Queria salir y ver. Era además preciso visar su pasaporte en la legacion, cambiar su moneda por la del país y luego ¿porqué no seguir el consejo de Don Rodolfo? Poner el anuncio que le recomendaba? Sí.

Puesto que no conocía la ciudad tomaría un coche.

Llamó y pidió en el hotel los informes que necesitaba.

Encontraría coches en la Plaza de la Victoria, la misma por donde habia pasado aquella mañana. Estaba allí cerca. A dos *cuadras* (1). La legacion española, estaba en la calle de Esmeralda. La redaccion de *La Prensa* en la de Moreno. Al salir del hotel, en cualquier casa de cambio, podia procurarse billetes en trueque de su oro. El mismo cochero sabría llevarla á todas partes, incluso á la casa de baños.

Regresó aturdida y confuso el juicio, con tal variedad de impresiones, que aumentándose, no acertaba á discernir unas de otras. Dominaba sobre todas ellas la de sentirse muy pequeña, muy débil, insignificante, y poseida ya, por aquel colosal engranage de la máquina que acababa de ver funcionando con fuerzas tan gigantescas, que la acobardaban. En sus ojos, duraba el asombro de la rápida vision de cosas grandes. Buenos Aires, debia tener por lo ménos el perímetro de Paris. Las calles no eran todas estrechas pero resultaban mezquinas de sobra, para la libre circu-

(1) Manzana de casas, y costados de ella. *Una cuadra* tiene regularmente ciento cincuenta varas, en la República Argentina.

lacion de aquella actividad febril, con que por ellas desbordaba el negocio. A cada trecho, como por la mañana, en su trayecto desde la dársena al hotel, pero con mayor frecuencia, tenia el cochero que refrenar los caballos para no atropellar á los transeuntes, ó esperar á que la via quedase libre, obstruida por la misma aglomeracion de vehículos de toda especie, ó por la carga y descarga de mercancias, hecha á todas horas y en todos los puntos de la ciudad. Durante estas paradas, mirando por las ventanillas, vió Agustina inmensos almacenes de comercio, tiendas lujosísimas, en cuyos escaparates se ostentaban los mas variados y ricos productos; y en las vias, la publicidad del anuncio, multiplicándose, cubriendo las paredes, ondeando en banderas, estendiéndose en tiras de lienzo, y el ruido por doquier, la confusion de voces; gentes que se llamaban á gritos; mezcla de cuantas razas hay en la tierra; mugeres hermosas, elegantes, de las que nadie parecia hacer caso, entrando y saliendo en los comercios, tambien poseidas por su fiebre de la compra, atareadas en gastar, deteniéndose con risas nerviosas de deseo, ante el brillo terso de las sedas, deslumbrando sus ojos en los escaparates de joyería, subiendo al fin á los tramvías ó á los carruages que las esperaban, cargadas de paquetes, felices en aquel baño de sol que las inundaba.

Desde el hotel habia ido á pié, para buscar el coche, y al salir de la calle 25 de Mayo, en la plaza Victoria, habíase encontrado confundida, entre un numeroso grupo de hombres, delante del sombrio edificio que hacia casi esquina, y del cual estaba saliendo entónces, ensordecedor zumbido como de una colosal colmena. La codeaban, la empujaban al paso, brutales, groseros, sin una frase de disculpa, y muchos de ellos llevaban en las manos el dinero en billetes de banco, subian con él las gradas del peristilo, tan apresurada, tan ciegamente, que algunos tropezaban y caían. Los gritos eran allí estridentes, las miradas como las que se vén en Mónaco alrededor del tapete verde, las facciones contraidas por la emocion de la pérdida que se teme ó la ganancia que se espera, y los rumores de adentro, salian por las puertas de mámpara, como un vaho contagioso de calentura, que á todos se comunicaba, y le pareció á Agustina, que esta emanacion era aliento, tan fuerte, tan poderoso, que iba esparciéndose por calles y plazas, é infeccionando la ciudad entera.

Oyó la palabra entre los grupos. Aquello, era la Bolsa. Sintió miedo, como si hubiera acabado de pasar inadvertida, al lado de un peligro, que su imaginación de muger agrandaba, por lo mismo que no lo conocia, que no sabia de él otra cosa,

sino esa leyenda de que allí, los hombres se enriquecian ó se arruinaban en un solo dia, á veces en una hora. ¡Vivero de deshonras, plantel de cínicos ó de suicidas! Llegó á pensar, á figurarse el edificio, como foco adonde todo convergia, y del cual irradiaba tambien todo; cuantos iban en direccion opuesta creyó que salian de allí, y aquellos con quienes se cruzaban, iban allí seguramente. Fué una vision casi lúcida, del secreto de la ciudad, de aquellos múltiples y complicados movimientos y engranages, de ruedas volantes y palancas, que ahora no la sorprendian tanto, desde el momento en que encontró la poderosa fuerza generadora. ¡La Bolsa! ¡El cuarto del motor, en la gran fábrica que se llamaba "Buenos Aires."!

Aquel desaliento de la huérfana, no duró mucho. De nuevo en su cuarto del hotel, recuperó la calma y á poco rato, sintió renacer la confianza, en sus propias fuerzas y en su valeroso espíritu, que la sostuvieron hasta entónces. Desde los balcones, por encima de las casas bajas, veíase, como límite de la ciudad, el rio, el ancho rio que cruzaban navegando vapores y barquichuelos. ¡Por allí se regresaba á España! Era preciso volver y volvería. Trabajar, trabajar mucho. Don Rodolfo, con sus

críticas acerbas, era quien tenía la culpa de estos sombrios presentimientos.

Habia dejado, en la oficina de *avisos* (1) de *La Prensa,* uno, redactado en los siguientes términos.

"Una señorita española, desea colocacion en casa de familia, como institutriz, *demoiselle de compagnie*, ó cualquiera otra tarea de este género. Dirigirse *Hotel del Globo* cuarto número..."

---

(1) Anuncios.

IV.

Durmió aquella primera noche, con un sueño tranquilo y profundo. Serian las diez del otro dia y acababa de vestirse, cuando llamaron á la puerta. Fué á abrir, no pudiendo contener un gesto de disgusto. Debia ser el aleman, cuya asiduidad é interés, la molestaban sin saber porqué. Quedó sorprendida, al encontrarse con una señora, vestida apesar de lo temprano de la hora, con mas ostentacion que elegancia.

—Es usted señorita, la que ha puesto un *aviso* en *La Prensa* de esta mañana?

Balbuceó la respuesta afirmativa, é invítola á entrar, confusa, por la inesperada rapidez con que se iba á producir este hecho de su colocacion, cuya facilidad no creyó tanta; al mismo tiempo, recordó que empezaban á confirmarse, las profecias de don Rodolfo.

"Acaso tenga usted plaza desde mañana. De todas maneras no le faltará."

Sentóse la desconocida en el sofá, con cierta familiaridad que no era sinó dejadez criolla. Era hermosísima matrona, que podria tener cuarenta años, pero que conservaba, ó por lo ménos cuidaba de conservar, aunque fuera artificialmente, la belleza de los veinticinco. Una muger, de estos países sud-americanos, donde la inmigracion ha sido escultora habilísima, y gran modificadora de líneas y contornos, de la manera inconsciente, providencial, en la union de los sexos. Debia ser todo su cuerpo amorenado, pero pintábase la cara, coloreando falsamente las mejillas y emblanqueciendo lo restante. Negros eran, el pelo y los ojos. El traje que se ceñia mucho, dibujaba poderosas las caderas, fuertes los muslos, salientes y robustos los pechos, y los brazos gruesos pero largos, como los de las esculturas italianas. Algo habia en ella, en el óvalo prolongado de su rostro, en la pasion de la mirada, en los pómulos un tanto pronunciados, algo habia, del tipo de Nápoles, miéntras que en la gracia indolente de su andar, en la boca de lábios sensuales y abultados, en la pequeñez andaluza de piés y manos, acusábase la casta indígena. Era un tipo admirable, formado por la seleccion casual, en las cruzas humanas. Veíanse en toda la figura corregidos

los defectos de las dos razas, y aprovechadas y perfeccionadas las bellezas. De la mandíbula inferior saliente, propia del indio, solo quedaba algo acentuada y vigorosa la barbilla, pero con redondeces, que afeminaban, lo crudo de las líneas en el contorno; el desmadejamiento de las actitudes, estaba así mismo reformado, convirtiéndose en soltura casi elegante: lo lácio del cabello, era ya sedosidad y quedaban, se adivinaba, que habian quedado en cambio, de manera intensa, en aquel cuerpo, las fuerzas, las grandes fuerzas carnales del instinto, la vida llena de jugos y repleta de calor en los músculos, de actividad en la sangre, las herencias briosas, de aquellas hembras salvajes, compañeras de Liropeya, que se entregaban á los indios en las llanuras y en los bosques, al regresar con ellos de las batallas.

Iba, como queda dicho, vestida y adornada, de manera más lujosa que elegante. La sencillez de las modas inglesas, no ha tenido éxito, entre las mugeres de países cálidos. Aquel trage de seda, de complicados adornos, la profusion de anillos que cargaban sus dedos, los dos solitarios, de enorme tamaño, brillando en los lóbulos de las orejas, el reloj colgando del imperdible con que cerraba un *tapado* (1) de verano, el som-

(1) Manteleta.

brero, en que se confundian y aglomeraban, hojas y flores de matices mal combinados, todo aquello, produjo en la madrileña, una sonrisa que hubo de traducir la dama, como de amabilidad en la acogida.

Hablaba despacio, con pronunciacion muy semejante á la especial de las sevillanas, variando los acentos de lugar, y convirtiendo en breves palabras agudas, creando esdrújulos, y dando un encanto especial, insinuante y cariñoso, á todo cuanto decia.

Y era charlatana. El motivo de su entrevista, sirvíola de pretesto para contar quien era, como vivia, sus necesidades, su posicion social, sus gustos y su historia. Necesitábala como señorita de compañía. Hacia dos años que hubo de quedar viuda, y aunque solicitada todavia, no pensaba volver á casarse. Vivia sola con su hijo, *mayorcito*, que terminada su carrera de abogado, no ejercia porque no lo necesitaba. Eran ricos y ella le daba todos los gustos. Miéntras fuera jóven y puesto que podia, que disfrutase de la vida. Oh! ya le veria Agustina. *¡Lindo mozo!* No paraba en casa; cuando almorzaba con su madre, no volvia á la hora de comer ó vice-versa. Algunas noches, la cama del soltero amanecia intacta; tampoco habia dormido. *Un calaverilla.* Siempre con los amigos ó en otras partes. *Natural, ¡si pues! los jóvenes, son así no*

más, y hay que dejarlos. Sin embargo confesó sus temores. "Que se divirtiera, *estaba bueno*," pero que no se lo fueran á enfermar. Estaba sano y robusto, *como un potrillo.* ¡Que lástima no ser padre en vez de madre.! Entónces no habría miedo. Hubiera reemplazado á los amigos y le parecía la cosa más natural encargarse de elegirle las mugeres *que precisara.* "En fin *que le haríamos!* " Siempre con este ¡ay!, de la posible enfermedad " de su hijito, aquello no era vivir. Eso sí, ella " no le escatimaba *la plata.* (1) Siquiera que se fuese " á lo caro."

Agustina había empezado á sonrojarse al escuchar la crudeza de este lenguage, lleno de modismos criollos que la aumentaban. Pero la señora no pareció apercibirse de ello. Continuó hablando sin dejarla meter baza. Varió de tema. Era viuda de un estanciero. Martinez Roca. Tenian cinco leguas de campo con tres mil vacas, casa en la capital y treinta mil patacones (2) en el Banco de la Provincia. De eso vivian, con lujo, sin prescindir de ningun capricho. Porque, las cinco leguas no eran *así no más* en cualquier parte, sinó en la provincia de Buenos Aires. Habian ganado mucho los terrenos, con la fundacion de La Plata. La

(1) El dinero.
(2) Antigua moneda de plata equivalente á noventa y seis centavos del peso fuerte.

fortuna de los Martinez Roca, resultaba con esto triplicada.

Pasó sin transicion al interrogatorio. "No se enoje mi hijita, pero *preciso* saber *á quien meto en casa.*„ La huérfana sonrió. Empezaba á acostumbrarse á las frases de la viuda. Lealmente, con el más claro acento de verdad, contó quien era y lo que pretendia. La de Martinez Roca, había enmudecido y escuchaba con suma atencion, interrumpiendo el relato de vez en cuando con esclamaciones monosilábicas. Revisó *los papeles* que Agustina le mostrara. El pasaporte refrendado, los documentos que acreditaban su orfandad, sus derechos de pension concedidos.

—Está bueno,—dijo mostrando gran regocijo. —me conviene, en grande. ¿Como nó? Desde ya, puede salir de este hotel y venirse á casa. Aquí está mal. Yo le daré cien pesos. ¿Le parece?—y al ver la inclinacion de cabeza afirmativa que la jóven hizo.—Porqué no me acompaña? Véngase. Almorzaremos juntas. Quiere?

Ella objetó que necesitaba pagar su cuenta; buscar un mozo para que llevara equipaje.

—Zonza! (1) — interrumpió la porteña. — Eso es nada. Quedarse aquí, solo por tales pequeñeces. ¡Que esperanza! Guarde lo que tenga sacado en

(1) ¡Tonta!

el baul, eche la llave y véngase, desde casa enviaremos por todo. Ande.

Ante esta amable insistencia Agustina no supo resistir. En la calle, ante la puerta del Hotel del Globo, había una bonita *victoria* á la que estaba enganchado un tronco magnífico de raza hamburguesa. El cochero, vestido de librea gris, encanallaba con ella las hidalguias de bigote y perilla, que adornaban su cara.

Antes de poner el pié en el estribo la de Martinez Roca dijo:

—Mire que yunta. Usted que es europea, entenderá. Que me dice?

—Son hermosísimos, — contestó Agustina, mirando los animales y para halagarla.

—¿Hermosísimos? ¡Qué esperanza! Son yeguas. Y subió riéndose.

—A casa, *ché!* (1) — añadió dirigiéndose al cochero.

Vivía en la que dijo que era de su propiedad, sita en la calle del Callao, á corta distancia de la de Rivadavia. Era en realidad una preciosa quinta de recreo, dentro de la ciudad. Un jardin

(1) *Chico* aun cuando no es esta su version justa. Usase como interjeccion familiar con las personas á quienes se tutea.

formado como parque á la inglesa, cerrábase con verja de hierro, simulando esta, lanzas cuyas moharras estaban doradas con metal líquido. En el centro, veíase el edificio, de gusto moderno, con mezcla y confusion estraña, del estilo francés de Luis XIV, con la línea mas pura del renacimiento italiano. Era de piedra de silleria y ladrillo, y el rojo y el blanco, los dos colores alternando, alegraban la vista. El tejado de pizarra, con poca inclinacion. Las molduras de yeso, fingian columnas, terminadas en sobrecargados capiteles. La línea recta sola, dominaba disimulándose con la gran riqueza de ornamentacion y uniéndose el sentimiento de la fuerza al de la elegancia. Constaba de planta baja y de primer piso. Todo esto pudo ver Agustina, mientras que el coche, describiendo elegantes curvas, dentro de las enarenadas calles del parque, llegó ante la puerta de entrada.

—Baje no más—dijo la criolla haciéndolo primero—le mostraré la casa y verá su cuarto.

Durante el trayecto habia comprendido la huérfana, que era la de Martinez Roca, muger envanecida y avida de hacer ostentaciones de su riqueza, de escasa instruccion y afanosa por imitar, las costumbres y modales de una clase social, que ella no había visto nunca y de la que solo tenía informes por los folletines de diarios, en que se ven traducidas las novelas de Octavio Feuillet, á lo sumo.

Una vez en el vestíbulo de entrada, se convenció de que sus presunciones eran ciertas. Había allí, el lujo buscado malamente, y sin la ayuda del buen gusto, en las obras de "Tapiceria y Ebanisteria,„ en esos bonitos volúmenes con encuadernacion roja y dorada, que los franceses titulan *livres d'etrennes*, y con los que adornan los escaparates de la libreria por Pascua de Navidad.

La viuda, convertida en *cicerone* iba recitando como un papagayo, todo lo que en sus habitaciones se amontonaba. El vestíbulo en que estaban, era gotico, si bien el arcon de talla, parecia del renacimiento. De esto, por supuesto queda, que ella no habló, porque así sabia de tales estilos, como de que hubiera burros con alas.

"Vea el salon ahora. Mire que lindo."

La alfombra era de colores oscuros. El techo, las paredes y ensambladuras, obedecian á la epoca de Luis XVI. Las colgaduras artísticamente plegadas. La chimenea sobrecargada de adornos no era sin embargo de este gusto; otro contrabando del renacimiento: encima de ella, veíase un espejo de marco dorado, por el cual corrian varios amorcillos tirándose flores y entretegiéndolas. A derecha é izquierda de aquella, los obligados canapés con sus apareados sillones: En frente y al otro estremo, la mesa de Boule con el juego de reloj y dos candelabros.

Entre las dos ventanas, un mueble de fantasia y delante de cada una de ellas, una jardinera. El piano de forma moderna, forzaba tambien la consigna Luis XVI y daba otra nota falsa y desafinada, para la armonía artística. La araña de cristal, la mesa de centro, cuadros, estatuitas, algunos juguetes de los que llaman los franceses *bibelots* y la silleria de brocatel de seda, completaban el conjunto.

Hízola pasar al gabinete, que estaba inmediato, y en el cual se habia despachado á su gusto, el pésimo, que Agustina colgaba, como un sambenito, á la de Martinez Roca. Era una aglomeracion de silloncitos de distintas formas, sillas doradas, otomanas, que estorbaban el paso, veladores y *etageres*, reinando igual laberinto en las paredes. Junto á un cuadro al óleo pintura de venta, con marco de moldura alemana veíanse los chillones colores de un plato de zacatina de imitacion, y mas allá un hermoso grabado de Doré, haciendo disparatada pareja con una oleografia falsa de colorido. Tras esto, vieron la alcoba con cama colgada á la imperial, el tocador, y otro dormitorio; un cuarto pequeño que parecia amueblado con las sobras de lo que no pudo tener colocacion en las otras habitaciones; cama del país, tocador, una cómoda, una mesa, dos mecedoras de madera curvada, y hasta media docena de sillas. Estaba situado

en una de las fachadas laterales, con ventana al jardin y delante de esta, caía una colgadura á dos paños, de algodon, imitacion de encaje. Su humilde aspecto, era casi revelador, de la domesticidad ó servidumbre en que se tiene, con atenciones mas bien humillantes que delicadas, á quien, siendo nuestro igual, coloca su adversa suerte, bajo la dependencia asalariada que paga la fortuna, haciendo sonar mucho, la vanidad, una á una, todas las monedas que vá entregando.

—Esta es su *piecita*. Le gusta? preguntó la viuda.

—Señora, es muy buena.

Y la elogió mucho mas de lo que merecia.

—Bueno pues, quítese el gorro, y déjelo aquí no más. Debe estar ya el almuerzo. Venga.

La llevó al comedor, cuidando de hacerla pasar antes por la sala donde estaba el billar. Quiso abrir la puerta de otra habitacion que á este seguia, pero desde adentro una voz varonil gritó.

—No entre. Recien salgo del baño.

—Bueno, mi hijito ¿Almuerza en casa?

—Como nó?

La de Martinez Roca espresó con una plácida sonrisa, el placer que la causaba esta noticia, pues lo era verdaderamente, que el jóven no tuviese ningun compromiso con los amigos del Club.

El comedor era lujoso. Tambien se notaba en él

un eclecticismo de gusto que no permitia concretar su estilo. Habia allí, muebles de Enrique II y de Luis XIV, combinados con los modernos de roble tallado.

Sin ser triste, no era brillante; su tonalidad mas bien sombria, resultaba el fondo natural buscado para que destacaran las figuras. Allí se daban ó se habian dado banquetes, y de no ocurrir esto era ridículo todo aquel aparato. El techo estaba dividido en artesones rojos, separados por medias cañas negras. El espacio comprendido entre las ensambladuras y el artesonado se cubria con imitaciones de cuero labrado, hasta los aristeros. La mesa de pié de velador y con alargaderas, era de roble y talla. Veíanse un bargueño Luis XIV; aparador haciendo juego con la mesa que ocupaba todo un testero; trinchero, y cuadros de bodegones. Algunos platos antiguos de fino vidriado, puestos acaso con demasiada simetria en las paredes, daban un tono armónico y regocijado á todo este conjunto.

Presentóse el abogado sin pleitos y almorzaron servidos por un negro que desempeñaba los oficios de mozo de comedor y aun como vió despues Agustina los de mayordomo.

La viuda presentó á la huérfana á quien miraba el jóven con descaro.

—Mi hijo—añadió despues dirigiéndose á esta.

Pepe Roca ó Pepito Roca, como le llamaban sus íntimos, era un moceton de veinticinco años, segun rezaba la partida de bautismo. Corpulento y ya con tendencias á la obesidad; mas que moreno, cobrizo, de hermosos y rasgados ojos, nariz de anchas fosas y abultados cartilagos, boca grande de lábios gruesos, frente espaciosa y pelo negro y lacio, todo ello animado por una espresion de malicia socarrona, en que brillaba, á veces, brutal destello de lubricidad, afeando y oscureciendo la normalidad que era en aquel rostro, reveladora de dos viriles entidades. La fuerza y la inteligencia. Se adivinaba un vencedor en aquel vencido. Y se comprendia lo incomprensible de que su voluntad fuera la que ayudaba con eficacia al propio vencimiento. Roble que debiera haber crecido en la llanura, tomando en el mismo huracan riquezas para su savia, la vida de la ciudad era como ambiente y cuidados de estufa, á cuyas tibiezas procuraba amoldarse consiguiendolo á duras penas. Aquel hombre de temperamento sanguineo y músculos, de jóven atleta, era una hermosa figura varonil, cuyo fondo de realce, estaba en la dilatada Pampa Argentina, ginete sobre cualquier potro salvage, cazado á lazo en el desierto, en lucha constante con la naturaleza, *caudillo*, (1) de gauchos, y *patron de*

(1) *Caudillo* además de tener su acepcion castellana, tiene la semejante á la que todavia se dá en España y en los pueblos á la palabra *cacique*.

estancia (1) llevando la ámplia existencia del rico ganadero, respetado y temido por un pueblo de *peones* (2) que arrean las *tropillas* (3) y hacen repunte (4) de reses, entretenido ora en la esquila, en la *hierra* ó en el *carneo* (5) en la doma de *baguales* (6) de su inmensa caballada, ó en el cuidado apresto y direccion de todas las faenas de campo.

El cambio era brusco, demasiado rápida la transicion. Su infancia trascurrió en aquel medio ambiente, y su educacion y cultura, databan no desde aquella niñez sino desde la juventud, en que aún estaba. Por eso notábase en él esta amalgama de cualidades contraditorias. Su abuelo y acaso su mismo padre, llegaron á calzar bota de potro, *matrero* (7) el uno quizas en los tiempos del coloniage, andando á monte, en pelea igual con las tropas del gobierno con los gatos tigrinos y los perros cimarrones; campero hábil de rulos y nazarenas atadas con

(1) *Estancia*, hacienda en el campo, especialmente consagrada á la ganadería.

(2) Los trabajadores de la estancia.

(3) Cierto número de caballos, acostumbrados á andar juntos ó *amadrinados*, por una yegua con cencerro.

(4) *Repuntar* es reunir los animales, no domados que andan dispersos por el campo.

(5) *Carnear* es matar y desollar el ganado.

(6) Caballos, ó yeguas salvajes.

(7) El hombre perseguido por delitos comunes ó el vecino honrado por odios y venganzas, ó el patriota por dura ley de la necesidad, que buscaban asilo y refugio en los montes y á campo raso como único, recurso de salvacion contra la ley ó las asechanzas de muerte. (E. Acevedo Diaz).

tientos, chiripá (1) poncho (2) y vincha (3) á la cabeza, lanza y facon, como armas que completaban el atavio, teniendo por hogar la tapera (4) cuando mejor, por alimentos mañana y tarde las achuras, (5) el asado con cuero, (6) y el mate (7) á todas horas, por costumbre el peligro, la piel curtida, y el valor, como la respiracion, transformado en naturalísima é instintiva necesidad funcional de la vida y de la libertad.

Era esta la herencia de su sangre, y el clima mismo que le caldeaba, la naturaleza entera, colaboraban á la obra. Aquel mozo nació, para

(1) *Chiripá* pieza de género, cuadrilonga la cual pasada por entre los muslos y asegurada á la cintura, con una faja ó cinto hace las veces de pantalon.

(2) Manta cuadrilonga, con una abertura en el centro, como los capotes de monte; por ella se mete la cabeza y el poncho queda pendiente de los hombros cubriendo pecho y espalda. Los hay de vicuña que son los mas apreciados.

(3) Tira de lienzo que se ata alrededor de la cabeza ciñendola, como pañuelo el cual se usa de igual modo, á manera de como lo llevan los campesinos de Valencia.

(4) Habitacion ruinosa y abandonada en medio del campo.

(5) Cualquier intestino ó menudo del animal vacuno.

(6) Un trozo grande de pecho ó de anca adobado con su correspondiente cuero, el cual ha de sobresalir tres ó cuatro dedos, á fin de que cuando se encoja al quemarse no deje descubierta por un lado la carne. Se ensarta en un asador de hierro ó un palo descortezado y con punta el cual se clava en tierra, esponiendo la carne á una fogata, de ramas por el lado donde está el cuero. Y cuando en la hoguera se van formando las brasas, se coloca para que reciba su calor á corta distancia, el trozo, del lado de la carne, bien estirado de antemano con unos palitos que lo atraviesan, cuyos estremos se apoyan en cascotes. Fórmase de este modo una parrilla. El asado con cuero se come caliente y fiambre. De ambos modos *dicen* que es bocado esquisito.

(7) Infusion de la yerba que se arranca del árbol denominado en botanica *ílex paraguayensis*. Llámase asímismo *mate* la calabacita en que se toma. Tómase aspirando el líquido, por conducto de un canuto de plata hueco, que se introduce en la calabacita y al cual llaman *bombilla*. El sabor parece que no es tan agradable como el del te, pero constituye esta bebida un verdadero y muy propagado vicio.

vivir á la intemperie, en las verdes llanuras, y vírgenes florestas, cazando en los pajonales (1) donde se cria el tigre, apagando su sed en los arroyos de aguas trasparentes y arenas de oro, sesteando en los valles fértiles donde moran vicuñas y *ñandues*, (2) agricultor y ganadero, hombre enfin de las edades patriarcales, en América tan pronto renovadas como perdidas.

No se parecia en nada á su madre.

La de Martinez Roca, que en vida de su marido, no pudiera cumplir su gusto de residir en Buenos Aires tan por completo como ella deseara, á la muerte de aquel, dejando la valiosa hacienda, á cargo de un viejo capataz, trasladóse con su hijo á la capital federal, donde, éste hizo sus estudios desde el principio de ellos hasta el término de la carrera.

Tal fué la historia que esplicó Pepe Roca á la huérfana durante el almuerzo.

El libro, hubiera podido ser, para la víva inteligencia del criollo, halagüeña sorpresa, y feliz y nueva aventura, en que hallaran empleo, aquellos otros poderíos distintos de los del músculo, que

(1) En las cañadas y parajes que se suelen inundar con las lluvias ó con crecientes de arroyos, dominan plantas diferentes y mas elevadas, como espadañas. pajas, cortaderas, alciras, pitas ó cardales de varias especies y otras que no se nombran. Llaman *pajonales* á estas cañadas y bajios (Azara).

(2) Aveztruces de color blanco ceniciento, con mezcla de oscuro, muy veloces en su carrera y nadadores.

con no ménos riqueza atesoraba. El trato social pulidor de asperezas, la amistad grata espansion, y el amor, conductor mañoso que guiara los afanes del instinto hácia la elevada concepcion del sentimiento, manto que piadosamente tendieron sobre la muger desnuda, la religion y la poesía. La ciencia y el arte, el cambio de ideas y de afectos, ¡quien sabe lo que hubieran labrado á maravilla, en su corazon y en su entendimiento! Pero tales bienes no se allegan, si la voluntad no entra á mover en su favor las inclinaciones, y Pepe Roca, huérfano de padre, hijo único, tuvo en el poblado, la misma libertad peligrosa que disfrutó en la estancia. Estudió más que obedeciendo á las amonestaciones de su madre á las exigencias de su amor propio herido ante la superioridad de los demás, pero no con herida tan profunda que lo llevase á igualar su nivel intelectual con el de los mejores, sino con el nivel comun á la mayoría. Cuando se quiso acordar, el mozo sabia de memoria, los textos que no entendia, y era entendido en cambio, en todas las *compadradas* (1) de levita, que se *cuerpean* (2) por la calle de Florida, con un ramito de flores en el ojal,

(1) *Compadrada* es la matoneria fanfarrona en ademanes palabras y gestos.

(2) *Cuerpear* es dar quiebros de cintura, al andar y en general todo ademan algo parecido á los característicos del *chulo* madrileño, ó del gitano andaluz.

la mirada insolente, cínica la risa, y un Hoyo de Monterrey en la boquilla de ambar. Aprendió en las aulas más que las lecciones del catedrático, las que le dieron sus condiscípulos.

En la época á que se refiere este relato, Buenos Aires habia dejado ya de ser aquella ciudad, donde la sencillez de costumbres, que con tan melancólico humorismo describe Cantilo, (1) el Mesonero de Romanos argentino, recordaba las de España en el año 30.

Habíase importado algo más que la escultura de mogollon, la pintura de venta, el mueble de chillon lujo, y la tela demasiado llamativa; la cocina francesa los platos de nombre ridículo y salsa escitante habían reemplazado, á la carbonada (2), al puchero de caldo gordo y sustancioso, los asados de parrilla y la humita (3); la cama de matrimonio de jacarandá con grandes pilares, se hubo de sustituir por la de palo santo, labrado á maquina y los conyuges dormian separados; la vida hacíase fuera, en la calle, en la Bolsa, en el Club, en el restaurant. y en los

(1) *Un libro mas*, es una bonita coleccion de artículos de costumbres bonaerenses, impresa en tomo y editada por Felix Lajouane. Su autor José Maria Cantilo, acaba de morir hace poco y apesar de su indiscutible mérito, solo ha tenido en algunos periódicos una gacetilla por epitafio. A otros es á los que se endiosa.

(2) Guisado compuesto de carne partida en pedazos menudos, rebanadas de mazorca de maiz, calabaza, patatas y arroz etc.

(3) Manjar compuesto de maiz rayado y algunas especias y legumbres y envuelto en las mismas hojas del maiz.

Bar-Room, miéntras que las mugeres, ocupaban sus ocíos en tiendas, teatros y paseos, aislándose unos de otros, siendo el hogar nada más que el sitio donde se dormia ó se cambiaba de trage. Se queria copiar la existencia europea, la parisien sobre todo, y se llevaban á este trabajo todas las exageraciones del plagio, todas las torpezas del aprendizage. Con el tapicero francés, y el cocinero de mandil y gorro blanco, con el maestresala y el modista, con el jockey y el caballo de carrera, vinieron tambien, el vicio en todas sus formas, la barnizada ruleta y la baraja francesa, el treinta y cuarenta y el bacárrat, manos hábiles que tallaban, la lacrada de Burdeos, y el dorado cognac, con etiquetas y capsulas falsificadas, y para acompañar á los que bebieran y jugaran, la buscona de alto bordo, y las prostitutas de todos precios, y hubo pistolas para los suicidas, mas enfermos en los hospitales y manicomios, alcoholismo por las calles y sifilis en el hogar.

Los que nacieron hijos de españoles, tuvieron á orgullo afrancesarse, renegar de la severa y hermosa magestad del vocablo castizo, de la honradez de las rancias costumbres, de la sana herencia de fuerza y de lealtad que les dieran navarros, vascos, gallegos, astures y catalanes y dejaron depravar su organismo y emporcar la sangre.

Vióse entónces aparecer el tipo criollo, de color moreno intenso, de facciones varonilmente pronunciadas, y músculos de acero que disimulan las apatias dadas por el clima, ridiculamente vestido á la moda francesa ó inglesa. afeminándose hasta el punto de usar la seda, como mugerzuelas, para la ropa interior, rociándose de perfumes, y uniendo á estos hábitos, los gustos americanos, que no pudieron desechar del todo, la aficion á las alhajas y colores llamativos, el contoneo del andar y la melena, cuando se presentaron en los bulevares los que hicieron el viage á Europa, fueron bautizados con el mote que la hospitalidad francesa llena de burla y de vanidad parisien, encuentra y busca para cada estrangero. El de los americanos, fué *rastaquoere*, y de *rastaquerismo*, se calificó cuanto con la sociabilidad y costumbres sud-americanas se relaciona.

El almuerzo estuvo animado con la charlatanería de la de Martinez Roca. Contó lo que por boca de la huerfana sabia de la vida de ésta, y esplicó minuciosamente, el cargo que á su lado iba á desempeñar. Se cansaba de estar sola y de pasear su soledad por todas partes. Tenía ya una compañera. Irían juntas á paseo, á las

tiendas, á los teatros, habria por fin, dialogo para ella, que se reconocia el defecto de aquella constante comezon de hablar.

El jóven, mirando sin cesar, con insistencia impertinente, á la señorita de compañia, escuchaba á la madre el elogio de su adquisicion, hecho con aquella libertad de lenguage que ya hubo de ruborizar en el hotel á la inmigrante, y que en esta ocasion fué llevada al estremo. Ponderaba las perfecciones del rostro y de las que se adivinaban, habló con cierta malicia picaresca, que acabó por desconcertar á Agustina, sintiéndose como desnudada ante el abogadillo.

—Mamá no seas loca—acabó por decir éste, apercibiéndose de aquella turbacion.

Luego dirigiendo la palabra á la huerfana, trató de disipar el mal efecto que pudieran haberla causado aquellas bromas y se mostró estremadamente cortés en modales y palabras, obsequioso sin amaneramiento, é inmediatamente despues de los postres, dando un beso á su madre en la frente, se despidió y se fué.

El coche volvió á engancharse con otro tronco de caballos. La de Martinez Roca no era muger casera. Se divertia en grande, pero más, indudablemente más, los comerciantes, porque su mayor placer eran las compras, una manía de adquisicion, una especie de vértigo que la dominaba

ante los escaparates de las tiendas en las calles centrales. La ropa blanca de lujo, las telas de vestidos, prefiriendo con arreglo al precio, pues tenía por axioma que lo más elegante era ó debía ser lo más caro; las alhajas no artísticas sino de gruesas piedras, y los perfumes de que usaba gran variedad, desprendiéndose de sus ropas un mareante laberinto de olores; por las tardes iba á Palermo, lleno el carruaje de paquetes de todos tamaños, sin ocurrírsele nunca comprar un sencillo ramo de flores. En el paseo á nadie saludaba. Luego al regresar á su palacete, era la fiesta de abrir y desenvolver, lios y cajas que iban á juntarse con los de los dias anteriores.

Agustina quedó sorprendida del inútil derroche que presenció. Cientos de pesos gastados en fruslerías, y de este despilfarro hubo de participar, porque la criolla, á viva fuerza, hízola aceptar el regalo de un sombrero, de unos guantes y de un abanico.

—Tome no más, tómelo. Es un recuerdito mio. Ya sé que no lo precisa. Lo que siento, es su luto. ¡Que lástima que se le muera a una su padre, cuando hay telas de color tan lindas! Lo negro sienta bien de vez en cuando, pero ir siempre de negro! ¿Cómo variar? ¡No hay que hacer!

Por la noche comieron solas. Pepe sabe Dios donde y con quien, segun la frase de la hermosa

viuda. No salieron y muy temprano á las diez, pudo por fin la huérfana retirarse á su cuarto y reflexionar acerca de cuanto la acontecía. Todo aquello la pareció muy extraño; más todavía, sorprendente.

Llevó á su análisis un gran espíritu optimista. Juzgó de los defectos, con juicio de tolerancia; de las buenas prendas, con nacientes inclinaciones al afecto. Disculpó el desórden de vida en el hijo, porque la misma juventud lo esplicaba. Recordó el adagio francés: *il faut que jeunesse se passe* En cuanto á la de Martinez Roca, era indudablemente una muger frívola, pero nada habia visto en ella que pudiera agravar este defecto. Despues de todo, si era rica y gustaba de tirar el dinero, empleábalo en su único vício femenino, que resultaba ser esta mania de la adquisicion irreflexiva. Carecia de buen gusto cierto, pero fuera aventurado suponer por ello, un síntoma de carencia igual, de ciertas delicadezas propias del señorio, y de lo esquisito en los sentimientos. Nó. Mala no era. Mal educada acaso, inteligente tampoco pero si graciosa, con algo de aficion á lo picaresco en el decir. Aquellas audacias de palabra por las que, ella Agustina, se ruborizaba, ¿que probaban á la postre? Nada. Que era buena madre, que adorando á su hijo y temerosa de los peligros que para la juventud, tiene el vicio de las gran-

des ciudades, confesaba ingenuamente, con crudeza, cierto, pero con toda lealtad, lo que muchas madres piensan y desean acaso y no lo dicen. Al espresarse de este modo, no tuvo en cuenta que hablaba á una señorita. No creyó ofenderla ni tuvo tal intencion. Díjolo como lo sentía. Una infeliz; una señora *á la buena de Dios*; tal decidió en suma que era la de Martinez Roca.

Cerrarónse sus ojos y cayó en tranquilo sueño, lleno de confianza y de serenidad el ánimo, por aquel estado de benevolencia, á que lo inclinaba sin duda, el buen éxito, la rápida y fácil realizacion de sus proyectos en América. Habia encontrado en veinticuatro horas, la colocacion que era de su gusto. Estaría bien en aquella casa.

V.

Al otro dia, Agustina de Cebrian quiso trabajar, poner órden y arreglo en cuanto la rodeaba. Los criados haraganeaban de lo lindo. Los ricos muebles estaban deslucidos por falta de limpieza; cubiertos de polvo los pesados cortinages; los dorados marcos enmohecidos. En los armarios se amontonaba la ropa blanca en revuelta confusion: Abrió uno y ya se preparaba á empezar su tarea, cuando una franca carcajada la hizo volver la cabeza. La criolla era la que se reía.

—¿Que piensa hacer ahí?

—Vea usted—contestó—arreglar esto.

—Déjese estar! Venga, venga y no se apure.

Y en cuantos quehaceres quiso emprender, la señora intervino, estorbando su buen deseo.

—No ha venido aquí para ser *mucama* ¿entiende? ¡Qué esperanza!

Acompañarla era su único deber, y la de Martinez Roca había entendido al pié de la letra el significado de aquellas palabras *señorita de compañia*, con que se designaba su cargo.

Empezó pues, una existencia ociosa, en que ocupaba gran espacio la diversion favorita de las tiendas. Los regalos continuaron, los *recuerditos*, de su señora, que se manifestaba estremosísima en este naciente cariño á la huerfana, venciendo sus resistencias, con mimosas espresiones, y hasta enojándose ante la negativa.

—Déjeme hacer y cállese la boca.

Fué otra série de estravagancias que la estrañaron de nuevo. No se limitó en su obsequiosidad á los objetos de frívolo adorno, propios de tales dádivas; la primorosa caja de guantes, ó de pañuelos, la sombrilla caprichosa, el *prendedor* (1) ó la sencilla pulsera, sinó que á los pocos dias, de cuanto acaparaba en las tiendas, era preciso que participase Agustina, por igual. Ropa blanca, cortes de vestido, hasta calzado, un ajuar completo, y en vano negábase á admitirlo, asegurando que no lo necesitaba, alegando, en contra del lujo refinado que suponian las prendas de seda, lo humilde de su condicion, y aún mostrando disgusto y repugnancia, como aquella

(1) Imperdible ó alfiler de pecho de señora, en forma y con valor de joya.

vez, en que la de Martinez Roca, se obstinó en comprarla una camisa de estremado escote, de bordado sabiamente obsceno, que dejaba ver los pechos como entre mallas de red y habilmente calculada, en el sitio de cada uno de ellos, se realzaba una rosa, por cuyo centro, forzosamente, tenian que salir los pezones erguidos como boton de la flor misma.

La porteña hizo esta observacion, celebrándola con grandes risas, y con algazara realizó aquella compra.

Que se dejara estar y se callara la boca, era siempre la muletilla de réplica, cuando la huerfana insistia en rehusar, puesto que habia traido de España el equipo, suficiente. ¡Valiente equipo! *Las gallegas* no sabian lo que era lindo. Estaban apegadas á la batista á lo sumo, y á las medias de hilo de Escocia, poniéndose la liga por debajo de la rodilla. En cuanto á la camisa, vaya si la iba á usar y en llegando á casa *no más* á probársela delante de ella, para ver si estaban bien calculadas las medidas de manera, que las dos rosas cayeran cada cual en su sitio. Y al decirlo, reanudó dentro del coche las carcajadas.

—*Zonza, zonza*, más que zonza, *¡gallegüísima!*

Llevaban estos episodios gran confusion al raciocinio de la jóven. No sabía como apreciarlos. ¿Eran así las americanas? ¿Era éste el carácter

de las damas argentinas? ¿Sería posible que con rapidez tan estremada, la de Martinez Roca, se hubiera encariñado con su señorita de compañía, hasta el punto de tratarla, como á una amiga, y aún traspasando estos límites, para llegar á una intimidad solo propia del parentesco? ¿Porqué? A veces se figuraba que en las mayores demostraciones de interés y de ternura, habia algo ofensivo, algo denigrante, que tenía dejos del desprecio que más irrita, el del rico al pobre, el del que hospeda, echando en cara la hospitalidad, como una limosna. Era una frase impensada, un gesto de desagrado no reprimido á tiempo, que lastimándola, sin saber como, la producian malestar, haciéndola erguirse y preguntar cortés, urbanamente, pero con decidido tono, el verdadero significado. Heredó de su padre, del bizarro coronel español, aquella altivez, que dejaba atónita á la criolla: "¡Ave María! ¡que se pensaba! en un *derepente montaba el picazo!*(1) pues hija! vaya *que habia sido* como cuerda de guitarra que hay que afinar á cada rato!" Y la colmaba de mimos disimulando mal, el temor de que Agustina, se despidiera de su servicio. Habia á veces hasta humillacion en estas satisfacciones dadas á la susceptibilidad de la señorita pobre.

(1) *Se encojaba*. Se aplica á las personas por todo estremo quisquillosas.

Sabedora de sus primores, en el dibujo y música, la compró lápices, papeles, difuminos, partituras de opera, polkas y walses; el piano del gran salon que hasta entónces, figuró como mueble bajo los ágiles dedos de la huérfana dejó oír sus hermosos acordes. La primera vez que esto ocurrió, estaba allí el hijo, que había comido con ellas, y disfrutó del concierto casero, mostrándose sorprendido ante la magistral destreza de la jóven, y complaciéndose en escucharla, hasta el estremo de permanecer en casa gran parte de la velada, retardando así sus diversiones y citas.

Cuando por fin salió, la madre se mostró radiante, como loca de regocijo.

—¿Ha visto? — esclamó abrazandola y besándola. — Ha visto mi Pepe? ¡A la fija ha preferido de ganas el tecleo de usted, á la arrastradita de ala! ¡Hija que manos tiene, para la música! Dá intento de besarlas!

Y como Agustina, empezase á buscar en el musiquero, y entre los papeles para seguir tocando:

—Nó. No se canse. Si para mi es de valde! Venga.

Y aunque era tarde ya, mandó enganchar y la llevó al teatro de Onrubia, donde solo llegaron á tiempo para ver el último acto. Toda alegría, en la criolla, se determinaba á la postre fuera de las paredes de su casa y con un gasto inútil.

Había conseguido obligarla á quebrantar su luto, é hízolo Agustina, aunque con pena, puesto que era de su deber, no ser obstáculo á las diversiones de la viuda.

No con el mandato, lograba sus deseos la de Martinez Roca, sinó por medio de melosísima insistencia, que desbarataba las decisiones más inquebrantables. A los mismos criados, se imponia aquella indolencia y dejo, que no disfrazaban su voluntad fuerte é indomable, siendo débil y nula solamente para su hijo.

Le adoraba, con el amor de la hembra al cachorro, y no de otro modo pudo esplicarse Agustina, aquel constante hablar del jóven, más que relacionado con las facultades de la inteligencia y del espíritu, con las de la fibra y la carne. "Inteligente, sí, lo era, *y tambien tenia su alma en su almario*," entendiendo la criolla por alma de varon, ser arrojado y "*valiente como las armas*," superior á todos en destreza para cualquier ejercicio. Había que verlo á caballo, dejando tamañitos en el gineteo á los mismos gauchos y con esto, fuerte y resistente como un *ñandubay*, (1) con salud de bronce, puños de *changador*, gustos de *high-life*, y generosidad de lo que era, de buen

(1) Arbol del género de las mimosas (acacias) de madera muy dura, pesada y resistente.

porteño. Entre amigos *pechadores*, (1) mugeres de la calle de Corrientes y otras polleras de más lujo, la gastaba *un platal*, todos los meses. ¡Qué se le había de hacer! Sangre jóven que al rayo de sol no más le ardía, casi en las venas. Puro retozo hasta que encontrara una *que lo domára con la vista*.

A todas horas el tema de conversacion preferido por la viuda, era *su* Pepe. *Hamacándose* en una mecedora vienesa, tomando el mate bien cebado, ofrecido por el negro, criado antiguo de la familia, á cuyo testimonio, interrumpiéndose en su relato, recurría á veces, puesto que conocía al *niño* desde pequeño, la criolla contaba y detallaba el pasado y el presente del hijo, una y mil veces, volviendo sobre pormenores que repetía monomaníaca en su ternura materna.

Luego interpelaba al negro:

—Mirá. *Vos* debés saber. Llevás las cartitas. Andá, decínos. Laureano.

El negro abría los abultados belfos, enseñando sus dos hileras de blanquísimos dientes, brillábanle los ojos, y daba su informe, con seriedad socarrona.

—Niño Pepe, no es *sonso*. Tiene gusto.

—Es linda ella *ché*? Del *páis*.

(1) *Pechador* equivale á la locucion madrileña de *sablista*. Quien vive pidiendo dinero que jamás devuelve.

—No. *Gringa* (1) preciosa. Cuando me manda el patron allá, me huele á que se me allega esencia de chirimoyo.

—No diga! moreno.

Y alentado por las familiaridades del ama, que se reía siempre de estas "cosas de negro," terminaba, guiñando los ojos.

—*De adeveras*, se la puede bailar "un pericon," (2) por el ruedo *de las polleras*.

—Mírenlo al viejo macaco, trompudo. ¡Ah! negro picaro. Calláte y cebá otro matecito.

Algunas tardes, sentíase la de Martinez Roca, tan indolente y perezosa, que daba treguas á sus correrías, y ni siquiera encontraba ánimos para que la llevara el carruage á dar el acostumbrado paseo por Palermo.

Era el mes de Diciembre, y el calor insoportable despues de mediodia. Dormíase la siesta, no faltando en el cómodo palacete, sitios de grata frescura, donde se refugiaban las dos mugeres, terminando su charla en sueño deleitoso. La criolla en estos dias de bochorno, bañábase dos veces,

(1) Italiana, aunque tambien se aplica en general á todo estrangero.
(2) Baile y canto del país en que se hacen mudanzas y figuras como en el rigodon y minué.

y andaba sin peinar, recogido el pelo de cualquier modo, vestida con ligerísimos *batones* (1) de seda, bajo los cuales se traslucía casi la carne. Apesar de lo avanzado de la estacion, Pepe Roca no hablaba de emprender la escursion veraniega que todos los años por aquella época hiciera á Montevideo. Continuaba en Buenos Aires, y aunque no mucho, algo habianse modificado sus hábitos de vida. Comía más á diario en la casa y á veces almorzaba y comía. Un calavera segun su madre, y á estar tambien á las referencias del negro Laureano; era y lo juzgó Agustina, hombre de pocas palabras; todas sus decisiones y osadías debería guardarlas para cuando estaba entre sus amigos y con cierta clase de mugeres, pues allí y ante ella, mostrábase como cohibido, parco en el decir aunque pródigo en el mirar, como un cadete. Con aquella obstinacion de la vista hacíala bajar los párpados. Mirábala audazmente, llenándosele las pupilas de malícia y se sentía la jóven avergonzada y molesta. ¿Quién sabe? Acaso no fuera intencionada, esta espresion y descarada fijeza, y si, costumbre de los ojos, adquirida en los tratos con mujerzuelas, de que se resentian hasta los modales de Pepe Roca. Fuera de este, ningun atrevimiento pudo alarmarla, y ántes por el con-

(1) Bata de muger.

trario, incurrió el calavera en torpezas de urbanidad que corroboraban las presunciones de Agustina. Le faltaban, y era lástima, prácticas de la vida elegante, siendo sus costumbres las adquiridas en el casino, en los lupanares, en el Fronton del juego de pelota, y en las caballerizas de los pura sangre importados para las carreras. Jockeys y pelotaris, prostitutas y jugadores, debieron haber dejado en su lenguage, tecnicismos de la hampa y de la picardía, de todos los países.

Continuaba entregado á estas amistades sin más variacion, que aquella de presentarse en el comedor con mayor frecuencia, y alguna que otra vez, prolongaba la sobremesa, mientras le duraba el cigarro, oyendo tocar el piano á la señorita de compañía, con un recogimiento profundo, sin pronunciar una sola frase galante y conociéndosele el placer, solo, en aquellos ojos, tan decididos á la espresion, tan delatores de cuanto callaba, que digérase ponian hasta los acentos en palabras que sus lábios no querian pronunciar por atrevidas ó virilmente soeces. Luego se marchaba y la mayor parte de las noches no dormía en casa. El negro Laureano iba por la mañana á ver si algo *precisaba* á casa de la *gringa preciosa* que olía á *esencia de chirimoyo*.

En aquellos dias de pereza, y de reclusion voluntaria, la de Martinez Roca, despues de la siesta,

cuyo despertar ocurria, á eso de las tres de la tarde, entreteníase con su jóven compañera de diversos modos. Viéndola dibujar, á veces, peró cansándose pronto, pues como es sabido, su mayor distraccion era la charla. Y el tema siempre el mismo.

– La voy á mostrar — dijo una vez — verá que lindo. Mi Pepe cuando era tamañito, ¡así! — Y bajábase poniendo la mano á poco más de media vara de altura del suelo. Abrió un album.

—Mirelo, en cuerecitos vivos! Pobre!

Era uno de esos retratos con que esplotan los fotógrafos la impaciente ternura de las madres. En nada se parecía aquella masa de carne blanda, casi de recien nacido, á las facciones enérgicas del varon. Ella, la de Martinez Roca, insistía en lo contrario. En fondo negro y sobre un sillon, estaba reproducida, por las maravillas de la luz, la imágen de un niño completamente desnudo. La desdentada boca sonreía, los ojos, miraban con asombro y curiosidad al objetivo del aparato sobre el cual, sin duda, habrian puesto algun juguete, y con una de las manos, por inclinacion proverbial en todos los chiquillos, sobábase las pequeñas partes genitales, mientras que los piececitos, fueron sorprendidos en la cámara oscura por el rayo solar, jugando uno con otro.

—No vé? Ya era de pequeño *un cachafaz!* (1)

(1) Tunante, bribon.

Volvió la hoja. — Mire este otro de cuando tuvo cinco años.

El album estaba lleno de retratos, de familia, pero predominaban los del hijo. Lo había retratado á todas las edades. Podian comprobarse los sucesivos cambios de la fisonomia, como se iban pronunciando las facciones, fijándose la espresion hasta llegar á encajar todo en el molde definitivo. El último se lo había hecho tres meses ántes. Agustina tuvo que verlos todos y escuchar ante cada efigie los comentarios de la encariñada madre.

—¡Si supiera! — esclamó ésta despues de cerrar las lujosas tapas — tengo otro que no se puede poner aquí. Se lo hizo por pura broma, y él mismo no sabe que yo me enteré porque me lo dijo el negro y me procure uno. ¡Vaya! ¡Tambien quiero que lo vea!

Y abriendo un cajoncito de su secreter, sacó la cartulina poniéndosela bruscamente delante de los ojos.

Ante la confusion y vergüenza que acaloraron el rostro de la jóven, lanzó una carcajada. No era ya el niño, sinó el hombre en cueros. Florete en mano, caía en guardia baja, retratado de frente. Veíase el desnudo de un atleta. Fué impresion que la turbó profundamente. Se puso pálida. Rechazó con la mano la targeta.

—No sea sonza! Vá á enojarse?

—No señora. Si tiene usted guardado eso, es porque comprende que no debe enseñarse á nadie. Me disgusta, me duele, que haga conmigo una escepcion.

La de Martinez Roca, la dió una porcion de besos.

—Tiene razon en retarme. Soy loca! Pero no quiero más hociquito! Sí habia sido para reirnos las dos. Ea! Me perdona? Sigue séria? Pues verá!... Y abrazándola, hízola cosquillas en los sobacos, obligándola á huir y persiguiéndola, corriendo juntas á la postre, por las habitaciones, como dos chicuelas.

La trataba ya de este modo. Con familiaridad exagerada y en vano intentó la huérfana, conservar en sus relaciones, la distancia que á su condicion de persona asalariada creyó conveniente. Este mismo salario, los cien pesos, resultaba duplicado. El mimo de la pródiga viuda, suplió á las delicadezas más esquisitas. A fin de més, encontró Agustina en la cómoda de su cuarto, un precioso portamonedas, de piel de cocodrilo, y dentro, nó billetes, sinó veinte libras esterlinas. La pagaban en oro. No era este el trato. Y cuando quizo deshacer la equivocacion, cambiar por moneda nacional de menor valor, aquella demasía,

la contestó la criolla llamándola *gallega* y cantando una *vidalita*, (1) por todo lo alto.

Llegaron en estas intimidades y confianzas, á tal estremo, y por resuelta iniciativa de la madre, que á veces molestaban á la huérfana; así, por la noche ó antes de levantarse, al amanecer, veíase sorprendida á lo mejor, en su cuarto, por su señora que entraba en enaguas, y la encontraba en camisa, impidiéndola que se acostara ó levantara, y reanudando con ella aquellos juegos, tocándola los desnudos brazos y comentando su hermosa desnudez, que miraba atentamente.

—*Que rica cosa!* Vaya que había de ser España, tierra de lindas mugeres, si todas se la parecian! La *gringa* de mi Pepe, esa perdida de que nos habla Laureano, ya quisiera de fijo tener aquellas formas, para un dia de fiesta.

---

(1) Aire criollo que se acompaña con la guitarra como el *Cielito*, comunmente melancólico, sencillo y suave. Eduardo Acevedo Diaz el mejor prosista del Rio de la Plata cita como ejemplo de la letra de una de ellas el siguiente:

Palomita mia
eleva tu vuelo
y á ese cruel ingrato
dile que me muero.
No hay rama en el campo
que florida esté
todos son despojos
desde que él se fué.

Se parece mucho á la melodia de las coplas populares andaluzas.

Despues del episodio de los retratos, vino el registro en el cuarto del soltero, aprovechando sus ausencias.

La de Martinez Roca tenía dobles llaves, cosa que el hijo ignoraba y abriendo los cajones, sacaba paquetes de cartas de amor, fotografias de aquellas *tunantas*, tan *sin vergüenza* hasta para retratarse, porque hay que saber, que para la madre, cuanta efigie de muger allí encontraba, era ó había sido querida de su Pepe, siendo así que la mayor parte de las cartulinas resultaban compradas para formar una de esas colecciones picarescas que Alemania y Francia ponen de venta, que tuvieron en un principio por objeto, servir á los menesteres de los pintores, como modelos de tipos varios de belleza y que se decidieron á adquirir despues no solo los artistas para su estudio, sinó los calaveras de toda edad, y principalmente los viejos verdes que con estas imágenes entretienen la inutilidad de su senil lujuria.

Eran largas las estancias de las dos mugeres en la habitacion del jóven á la vez gabinete y alcoba, en la que todo cuanto pudiera necesitar ó era revelador de sus aficiones y gustos, veíase en desórden pintoresco. Abundaban litografías y cromos obscenos, y á más magníficos grabados ingleses reproduciendo la verdadera estampa de caballos de carrera. Una panoplia de armas de asalto y

adminículos de esgrima, otra de cazador en que estaban desde el morral hasta la escopeta y el rifle, una cabeza de vicuña disecada, haciendo *pendant* con otra de guanaco, lujosos arreos de montar, estribos y bocados de plata, rebenques y riendas con cabos ricos, olor á cigarro habano en todo el ambiente, olor que la madre llamaba de *buen mozo* y sillería tapizada de Smirna de chillones colores, haciendo juego con los cortinages.

Una vez Pepe, regresó á media tarde cuando no le esperaban y las sorprendió allí. Iba á mudarse de trage. Perdió todo encogimiento y la misma timidez de palabra se trocó en verbosidad. Estuvo bromeando con la señorita de compañía, cogió una guitarra que tambien era adorno de aquel gabinete, donde se amalgamaban los gustos del *clubman* con los del gaucho, y tocó y cantó pericones y milongas, décimas y coplas improvisadas.

Luego, de pronto, mudósele el color, y suplicó que le dejaran solo. Agustina sin comprender, siguió á la madre, preguntándola inquieta, si se había puesto enfermo.

—Que esperanza! — Viene de alguna *farra!* (1) Está *mamao!* (2)

Y añadió, con enojado acento:

(1) Equivale á *juerga* en el *flamenquismo* de estos paises.
(2) Borracho.

—Me lo están matando! Es preciso que esto concluya!

A la hora de comer ya estaba repuesto. Se presentó en el comedor algo pálido. Pasó la velada con ellas, y aquella noche durmió en la casa por primera vez despues de quince dias.

Desde entónces variaron radicalmente sus costumbres. Hízose más apegado al hogar, más casero y si bien es cierto que en muy poco se alteró su persistente timidez en la palabra, aumentaron las intensidades con que sus ojos miraban á la jóven.

En cuanto á esta, érale difícil darse cuenta de lo que esperimentaba. Insensible, gradualmente, había llegado á estar como bajo el dominio de una obsesion. La viuda tenía la culpa. Desde la primera entrevista, cuando fué á buscarla en el Hotel del Globo, la personalidad de aquel hombre, había sido el constante tema de sus diálogos. A todas horas y en cualquier momento era Pepe Roca, lo que se analizaba y lo que entre ellas se discutía. Un eterno ditirambo del hijo, del cual hablaba con elogios de ternura casi erótica, estraños en sus lábios. No se parecía su conversacion á la de todas las madres, porque no adoraba en

él, la bondad del alma, la claridad del talento, la nobleza del sentir ni la caballerosidad del proceder. Nada de esto sometió jamás á la admiracion de su oyente. No hablaba del hombre, sinó del varon. De sus músculos, de su carne velluda, de su agilidad y de su destreza, de la juventud, rica en jugos y de los amoríos en que los prodigaba. Era como presentarlo siempre en cueros á la imaginacion de la vírgen, y hasta en posturas indecentes. Una corrupcion llevada al pensamiento de Agustina, y afirmada despues *remachada*, con el testimonio de los ojos, con la reproducion plástica de éste mismo desnudo, en aquel retrato en que lo vió, florete en mano, mostrando como en la imágen fotográfica de cuando era niño, todo su cuerpo al descubierto. Luego las pesquisas no menos inmorales, en la habitacion del jóven, donde olía á él y á su cigarro, donde adquirian la certeza de su lujuria, al descubrir en litografías y cromos, y en el album, la carne de la muger hermosa, coleccionada en distintas posturas, para su recreo y tal vez para su incentivo. Despues la lectura de cartas de amor de tal género, que había en ellas párrafos enteros, en que la sensualidad de la hembra se desbordaba, ora recordando al amante el goce con él compartido, bien prometiéndoselo mayor para la próxima cita. Si! Insensiblemente, de una manera gradual, quedó la jóven depravada por la madre, como por una alcahueta.

Por la madre y por la casa, por los muebles que la rodeaban, por las ropas que llevaba puestas, por todo, hasta por el clima mas bien cálido que templado en que estaba viviendo. Aquel era país donde el amor humano, tuvo que ser siempre, un instinto, no por vicio, sino ántes bien por necesidad ó virtud del organismo. País de todas las fecundidades, donde la tierra dá tres ó cuatro cosechas al año, y la hembra se somete al macho, que la persigue en dos celos furiosos. El sol maduraba la espiga y la doraba, rapidamente, y en el surco apenas cicatrizado, entraba de nuevo la reja, abriéndose otra vez la generosa herida. Hacian los pájaros en el mismo nido nueva nidada, apenas volaron los primeros hijuelos, y el aire llevaba olores, de este trabajo inmenso de generacion á que se consagrara natura. La semi-oscuridad, en que era preciso vivir dentro de las casas, para impedir la entrada del molesto sol en las habitaciones; el muelle asiento donde la indolencia aflojaba los nervios matando toda energia; los ócios largos que trascurrian en la contemplacion inútil de aquel mobiliario elegido por los eclecticismos del dinero, que carecen de delicadeza, y brutalizan el buen gusto; la siesta y el baño; la finura de las ropas cubriendo la carne con caricia, de suavísimas telas; la vista y el oido, el olfato y el tacto, los sentidos vencedores siempre

y desarrollándose únicamente, á espensas de una atrofia de la inteligencia, todo aquello, excitaba el instinto sexual con poderíos irresistibles.

El varon, llegó á ser la idea persistente, fija, de que en vano intentara separarla el raciocinio, y á que la conducía su debilidad. y la misma naturaleza pasiva propia de lo amoroso en lo femenino, su temperamento sanguíneo-nervioso con idiosincracia genital, la vida sedentaria, determinadora de congestiones, pelvianas, aumentadas por la alimentacion excesiva, la templada atmósfera de las habitaciones, el perfume de las ropas á que hubo de acostumbrarla la criolla, y por último la música misma, en las veladas que ahora se repetian casi todas las noches.

De amores no hablaba con *él*, y tanto esquivó el tema en las palabras, cuanto menos iban rehuyendo sus ojos, la mirada de los del jóven, siempre fija en ellos, y cada vez con mayores audacias.

En aquel estado fisiológico, era ya como automático cuanto la ocurrió; mejor dicho, había en sus voliciones, las irresponsabilidades de los actos que obedecen á una sugestion completa. No resistía, peró ignoraba ella misma esta derrota de su voluntad, lo cual demostraba lo sábiamente graduado que fué todo su vencimiento.

Y un día, á la madrugada, despertó con susto,

sintiendo que alguien entraba en su cuarto. Creyó que como otras veces, fuera la de Martinez Roca. viniendo a despertarla, llamándola " perezosa," y entregándose á sus juegos y charlas en aquellas intimidades de trato que provocó y quedan relatadas. Peró lanzó un grito al ver á Pepe Roca. Avanzaba resuelto. Quiso incorporarse, saltar de la cama, y el hombre, ya estaba allí, paralizando su accion, sujetándola con fuerzas hercúleas. La destapó, cayó sobre ella.

—Nó. Por Dios!... Nó, por Dios!

Se sintió cubierta de besos. Resistía, esquivaba la boca, recibiéndolos en el cuello, en los ojos, en los turgentes pechos. La tuvo abrazada, casi hasta la asfixia. Toda la caricia fué lucha. Brutal violacion, que la produjo un espasmo de placer y de dolor, unidos, mezclados, intensos, quedando tras esto, como desvanecida, miéntras el hombre, satisfecho, soltándola, y desasiéndose, la dejaba de nuevo sola.

Al salir cerró la puerta.

Apenas lo hubo hecho sintióse en la cama, el ruido, el crugir de los muelles, producido por el movimiento y la presion de una persona que se incorpora, y saliendo de lo oscuro avanzó en la

alcoba, su cuerpo de muger, completamente desnudo. Lo primero que hizo fué dirigirse á la puerta misma, hechar la llave y correr las fallebas para quedar segura de que no pudiera entrar nadie á sorprenderla. Despues abrió solo á medias las contraventanas del balcon.

Una vez sola y bien encerrada, Agustina miró á su rédedor como atontada y se miró por último en el gran espejo del armario, que la reproducía de cuerpo entero; fué una mirada en que se mezclaban la curiosidad investigadora con el asombro: la tristeza, una tristeza infinita, uniéndose por estraño maridaje al rayo de entusiasmo que deja en los ojos la pasion saciada y el amor satisfecho. Veíase hermosa y jóven y no se estasiaba en la imágen que copiaba en el cristal estos encantos, sinó que los miró, primero con ese pesar y hastio que produce la propia carne vencedora, á la razon vencida, la materia triunfante á la voluntad derrotada, el cuerpo al espíritu, despues del pecado que diría un católico.

Luego, aquel poderío artístico que se desarrollaba copiado por el cristal ante ella, en la correccion de las curvas, en el vigoroso tono de la encarnacion rica de juventud, que no solo era color, sinó emanacion de sexualidad que la envolvía, vaho humano trascendiendo de los poros abiertos en las tibiezas del lecho, y en el sudor

del combate pasado, y en suma, el atractivo escultural del cuerpo entero, pusieron una chispa de orgullo en la mirada, una sonrisa de envanecimiento en los lábios, y una espresion en todo el semblante, tal y tan claramente delatora del pensamiento, que á la vez se vió huyendo al arrepentimiento y ocupando todas las posiciones por derecho de conquista, á la falta misma y á su recuerdo, no penoso sinó de gratitud, á toda aquella carne, por ser tan jóven, tan sana y de partes tan adecuadamente formadas y dispuestas, para satisfacer y cumplir, de manera completa, la mision suprema de la vida sexual en la especie.

Mirada que hecha un dueño á su tesoro.

Fué como un relámpago en que se vieron fulgurar, llamaradas del instinto y ardores del sensualismo; despues todo se oscureció, se borró; recuperaron su puesto, el pudor ante la gran desnudez que el espejo reflejaba; la vergüenza, y por último la zozobra; el malestar en mucho parecido al sentimiento que esperimentan los niños cuando han hecho alguna travesura "¡Dios mio! se conocería *aquello* en la cara!" Fijóse este temor en su imaginacion con el arraigo de una idea de monomaníaca. Se acercó más y se miró con atencion profunda. Los ojos, las mejillas, la frente, los lábios, ¡muy de cerca! Empañó el cristal con su aliento. Impaciente acudió á limpiarlo con la palma

de la mano y continuó inmóvil ante el espejo contemplándose.

Cierto. No era la misma. Un círculo levemente amoratado, circunscrito á una hinchazon del párpado inferior, daba insólito brillo á los ojos, la cornea se le había ensangrentado y descollaba una intensa palidez de las megillas. Los lábios, en cambio, tenían más encendido su color, y en ellos notaba el fuego y la sequedad de la calentura. Estaba así, mucho más hermosa que nunca. Digérase que se habian desgarrado y roto los velos con que la doncellez ocultaba los nuevos moldes de la belleza definitiva.

La rosa aún abierta á la fuerza, era mejor que el capullo.

¡Se conocía! ¡Se conocía mucho! Y con la preocupacion de las alteraciones de su rostro que era nimia en suma, llegó gradualmente á la verdadera pena espiritual. "¿Que habian hecho con ella? Porqué? ¿Cómo pudo suceder aquello? ¿Estaba loca?"

De pronto al mirarse otra vez, distraidamente y, verse desnuda, la acometió tal sonrojo, que abrió presurosa el mismo armario y sacando una camisa se la puso nerviosa, tardándole cubrir sus carnes y no estar *indecentemente en cueros*. La frescura del hilo y su limpieza la produjeron momentáneo alivio. Esperimentó en seguida, la

comezon viva de lavarse. El aseo corporal se la impuso como necesidad inmediata, urgentísima. Y á poco sacó y puso en medio del cuarto, un baño circular de zinc y un hule de piso. Colocó este sobre la alfombra, encima el baño y cerró un poco más las contraventanas. No podía verla nadie, pero es que ella no quería verse.

La frialdad del agua, que la esponja esprimió sobre sus carnes y la reaccion que sintiera despues de este aseo, solo aplacaron pasageramente, la distension nerviosa á que desde la violacion estaba sometido el organismo. Vistióse y ya se preparaba á salir de la habitacion, cuando viò allá, en el fondo de ella, la revuelta cama, y al pié, en el suelo, la camisa, de que con instintiva repulsion se había desprendido al levantarse, y aquella muger, que pareciera fuerte hasta entónces, por la enervacion, por el estado atónico, que el acto mismo de la primera union sexual dejara en sus órganos; aquella muger, que debería aterrarse, ante lo realizado, con todos los terrores de la religion y de la educacion, temer el castigo eterno en la otra vida de que era creyente y amedrentarse por el escándalo, en esta vida social que la rodeaba, y que, sin embargo, como ocurre á los que son criminales por temperamento, solo se preocupaba de que no se conociera el delito en su cara, en la palidez y en las ojeras, aten-

diendo solo á borrar las huellas, ocultarlas á la perspicacia de la criolla, y poder arrostrar alta la frente, las miradas de todos; aquella muger que parecía preguntar á la pena y al remordimiento "¿Como, no sois mas que esto?", al ver sus ropas, al apercibirse de que por un descuido las iba á dejar allí, para que las recojiesen luego las criadas, apreció la degradacion en que había caido y la bajeza y brutalidad del hecho.

¡Dejar aquello allí! era como entregar su deshonra á las burlas soeces, á las groseras chanzonetas con que, en las cocheras y las cocinas, delante de los hornillos, entre los platos súcios y las pringosas sartenes, la *probeza honrada* de las cocineras y la *dignidad* lacayuna, comenta las *cosas de los amos*, y de los inmediatos á estos, la probidad del señor que es negociante, la fidelidad de la señora que es guapa todavia y el respeto filial del hijo que trasnocha y está lleno de trampas y enfermedades asquerosas.

La desesperacion se apoderó de su víctima, pero Agustina no lloró. Secos los ojos, continuó mirando sin ver, con abstraccion completa del pensamiento en aquella idea fija que la dominaba. Todo era cierto, positivo. Aquel sol tan radiante que brillaba ya en el cielo, era el del dia de su perdicion. Brillaba como en los anteriores, como lo habia visto lucir desde su infancia; como seguiría luciendo y brillando en lo sucesivo. ¡Que hacer Dios santo, que hacer? Nada. Todo era inútil. Podría engañar á los demás pero no engañarse á sí misma. No tenía lágrimas, no podía llorar. Sintió nacer en su ánimo el comienzo de una decision, volver á ella sus características energias. El hombre, habia conseguido poseerla, no solamente venciéndola por la fuerza, sinó porque desde mucho tiempo antes ya era suya.

Le amaba con un encariñamiento lascivo, y esto era lo que mas la irritaba. Quién tenía la culpa de semejante amor era la madre. Pues bueno. Aquello no podía quedar así.

Ver á la de Martinez Roca, suplicar que remediara el daño con el único remedio posible, era inutil; era ridículo y tonto. Creyó estar oyendo la carcajada insolente con que iba á acojer su peticion. ¿Como? Quién era ella para pretender casarse con Pepe? Tras esto la enumeracion de riquezas las cinco leguas de campo, las tres mil vacas, el palacio y los treinta mil patacones siempre gastados y siempre repuestos en las cajas del Banco de la Provincia.

No! Esponerse á la humillacion y á la befa con que revestiría la criolla las formas de espresion de su negativa, de ninguna manera!

Pedir no! Exigir! Se habia cometido con ella

un delito en aquella casa! ¡Ah! no sabian de lo que era capaz, pero iban á saberlo. Ellos estaban en su pátria. Pero ¿no estaba allí, como en todas las naciones, ondeando la bandera española para proteger á los espatriados?

Hija era de quien más de una vez en los campos de batalla, habia aumentado con la sangre de sus heridas el brillo de las dos franjas rojas, partidas como por un rayo de sol con la amarilla, en la gloriosa enseña de nuestros ejércitos, en Africa y en Cuba.

VI.

Al salir, oyó en la habitacion inmediata pasos cuyo ruido se acercaba. Venían en su busca. ¿Sería la madre? No. El fuerte taconeo era de hombre. Abrióse una mámpara y Agustina quedó sorprendida, al ver destacarse en el umbral la figura conocida de Don Rodolfo.

El rostro del aleman estaba demudado, inquieto, acusando una profunda turbacion de espíritu.

—Por fin la encuentro, señorita! Llego á tiempo tal vez, de impedir una infamia? Contésteme Vd?

Agustina muy pálida, pero muy resuelta, dió la réplica.

—No sé porque está usted en esta casa ni á qué viene. Ignoro á que infamia se refiere. Pero aquí, en efecto, se ha cometido conmigo la mayor de todas. Y para remediar ésta, ya es tarde.

—¡Oh! que desgracia! ¡que desgracia! Lo sé todo, señorita! Lo supe anoche, mejor dicho esta madrugada. Yo le esplicaré á usted, como! Es largo de contar!

—No me interesa, caballero. Suplico á Vd. que no me detenga más tiempo. Me urge salir.

—Salir? Qué vá usted á hacer? Confie en mi. Yo he venido para eso precisamente. Para sacarla de aquí, de grado... ó por fuerza, y separarla de esa gente. Afortunadamente, no los he encontrado. No están. Ni esa muger...

—Ni su hijo?

El aleman contestó:

—Hijo de quién? Usted lo ha creido?

Aquella pregunta y la sonrisa con que la acompañó fueron para Agustina reveladoras en tal estremo que sintió ya, la necesidad de saber, como Don Rodolfo estaba allí y enterado de cuanto ocurría.

—Escuche usted—gritó, más bien que dijo, acercándosele nerviosa—necesito salir de aquí, peró tambien necesito saberlo todo.

—Yo lo sé!

—Pues Vd. me lo dirá. Me lo vá Vd. á decir inmediatamente.

—Pobre niña! Tranquilícese. He venido á eso. A salvarla si era posible todavía. A que se viniera conmigo. A ponerme á sus órdenes. A protegerla, á defenderla. Iba usted á salir. ¿adonde iba?

Agustina le miró fijamente. El semblante del aleman espresaba en aquel momento, un interés estremadísimo, una sobrescitacion y un anhelo casi igual á los que la jóven sentía. ¿Sería cierto que aquel hombre, á quien tantas deferencias debió durante el viage, y del cual siempre desconfiaba, sin tener en realidad motivos para ello, sería cierto, que esperimentase con toda pureza ese afecto *paternal* de que tantas veces hizo alarde?

—Voy — contestó — á la legacion de mi pátria. Voy á pedir que se me haga justicia... ¡y se me hará.!

Don Rodolfo, estremó su oficiosidad.

—Irá usted, pero no sola. Yo la acompaño. Puedo servirla de mucho, con mis declaraciones. ¡Oh! me alegro cada vez más, de haber venido. Salgamos. Tengo un coche á la puerta. Tome Vd. mi brazo. Para ir á la legacion es temprano todavía. Haremos tiempo enterándola á Vd. de esta villana historia.

Subieron al carruage y éste partió, sin que Don Rodolfo diera ninguna órden al cochero.

La dijo gran parte de la verdad, pero no la verdad toda. La dijo quien era la de Martinez

Roca, la supuesta madre alquilada para realizar aquella fina labor de seduccion de que fué víctima la jóven. El rico criollo dueño del palacete había pagado muy bien aquel trabajo. "La noche ante-" rior, en el club del Progreso, entre sus amigos, " contó la historia, alardeando de la violacion " que iba á llevar á cabo. El aleman estaba allí, " en el Club y pudo oirlo." Y esta última parte del relato, Agustina la creyó tambien, porque Don Rodolfo, con el mismo acento y con idéntica espresion, hizo pasar por sus lábios lo cierto y lo mentido. Era hombre aquel, que hubiera predicado con igual énfasis el Coran y el Evangelio, si ante moros y cristianos, le conviniera ser tenido por sacerdote.

Y le convenía, le convenía muchísimo, en aquella mañana trágica de la jóven, que esta le prestase una confianza absoluta, que tuviera en él, una fé ciega, y prescindiese en la medida que lo necesitaba del propio discernimiento.

Por el tubo acústico, dió sus instrucciones al conductor.

—A Palermo hasta que yo te avise la vuelta.

Y dijo á la huerfana.

—Este paseo, la sentará á usted bien, ¡pobre niña! A la legacion, no debemos ir hasta la tarde. Despues de mediodia. Es la hora mejor y hay tiempo para todo. Yo nada tengo que hacer y aunque tuviera, lo dejaría.

Habia que oirle.

—No ha querido usted creerme, y—esta es la causa de cuanto ocurre. Oh! América ¡Maldita América! Cuantos vienen son como usted y no he tratado yo á uno solo, que como usted no recelara de mis advertencias y consejos. La fé dicen que es lo que salva; si la tuvieran en mí, muchos se hubieran salvado. Con la duda me escucharon todos, y la credulidad del inmigrante, sin la cual la inmigracion no existiría, la fé en América, es la que los ha perdido. La misma grosería del engaño americano, hace mayor el número de los engañados. Es otro continente, *otro mundo*, y esto ayuda mucho, á que se figuren las gentes, que aquí pasan las cosas al revés de como por allá suceden. Lo que sería inverosimil y absurdo en Europa para el más avispado europeo, le puede parecer cosa corriente, al otro lado de los mares. Analice usted bien, estudie el caso de que ha sido víctima y verá como, solo en América, solo en un país como éste, más estraño para nosotros, que España para mí, que para Vd. Alemania ó Rusia, solo en esta, que no es otra nacion, sinó que es, y lo repito, *otra nacion de otro mundo*, pudo haberla ocurrido. Han hecho con usted lo que aquí se llama *una fumada*. (1) La inteligencia, la instruccion,

(1) Equivale á *engaño*, realizado de manera truhanesca.

el trato social, de nada la sirvieron. En Europa, en su pátria ó en la mia, donde todo ocurre normal y lógicamente, desde el primer momento se hubieran despertado sus desconfianzas. Poner un anuncio en *La Prensa* y á las dos horas escasas, de estar el periódico en circulacion, hallarse, como en las comedias de magia, con sus deseos convertidos en brillante realidad: Una muger se presenta, como las hadas de los cuentos de Perrault, viste con riqueza, tiene á la puerta un carruage de lujo, nadie la pregunta, pero ella tiene buen cuidado de enumerar los millones de su fortuna. La pobre *Caperuzita Roja*, quiere trabajar, ganarse la vida, quiere algo que le parece muy difícil, pero, entiéndase bien, muy difícil en su tierra, allá en España, y que no lo parece tanto, en América, pues por eso ha venido, llena de mapas que le regalaron los consules y los agentes de inmigracion, mapas de colores, que ella veía iluminados además, con el sublime color de la esperanza. Y hé aquí que la buena hada, está allí, sirviéndola, mimándola con la palabra, allanando todas las dificultades. *En veux tú? ¡en voilá!* Ni siquiera tiene que hacer el gran esfuerzo de pedir la retribucion, de fijar la suma á que esta ascienda. Cien pesos y si la parece poco se le dará más. Se la lleva, la arrebata, en una carroza como la del *Principe Encantador* y la conduce al palacio. Es un rapto, delicioso, como lo puede soñar una cabecita rubia, que se ha quedado dormida sobre las tapas de chagrin y oro, de un libro lleno de estampas.

—Es verdad! es verdad!—esclamaba Agustina deslumbrada por la inmensa luz que proyectaban las palabras de Don Rodolfo, sobre aquella triste historia.

—Es verdad, ¡pero es ahora cuando usted se convence de que este hombre se la dice.! Este desconocido, de quien siempre ha desconfiado Vd., como todos.... y como todas. No reprocho nada ¡pobre niña! Quiero seguir, detallando. Estoy haciendo algo parecido á una autopsia. Puedo hacer el análisis completo y no la maraville ní tome á dotes de adivino, los alardes de exactitud que llevaré á todos los detalles. Conozco al hombre que tan indignamente acaba de abusar de usted. Conozco á esa muger, su complice, y sé de lo que es capaz. Lista como el diablo. El tipo de la criolla mala, maestra en añagazas de la busconeria, que la han enriquecido con los criollos viciosos. Diérale ella ciento y raya á la *Tia Fingida* que ideó el maestro de estilo y de picardías Miguel de Cervantes Saavedra. Y como la conozco y sé hasta donde llega la sutileza de su ingenio maleante, no estraño, no puedo estrañar, como habrá sabido esplotar en usted, esa *credu-*

lidad de inmigrante, de que venimos hablando y que es la base de todo. Vuelvo á mi razonamiento. En España, en Europa, desde el primer instante hubiera usted recelado, desconfiado! ¡Oh! Cuando yo le oía contar anoche en el Club, al infame, las proezas de esta Celestina, me supe dar cuenta del estado de ánimo á que gradualmente habian sabido conducirla. Él, callado siempre, haciendo el papel de galan mudo, y ella manejando la sin hueso á todas horas, muy bien metida en su situacion de madre amantísima, que ante usted, la disculpaba de las faltas que pudiera encontrar á su señorio, si ya no fuera bastante, para tales atenuaciones, su condicion de americana, de criolla pura; ¿recuerda usted aquel dia de nuestro almuerzo en el Hotel del Globo? Usted se empeñaba en demostrarme, con sus mapas, que habia estudiado, que sabia mucho de estos países, y aún llegó á criticar la ignorancia de los que en Europa suponen, que andan por aquí las gentes en cueros y con penachos de plumas en la cabeza. Exacto. Eso creen por allá, los poco ilustrados y hay motivo para censurarlo. Pero esta exageracion es una caricatura de otro juicio más sensato, y equivocado tambien. Es el juicio, la opinion, de los que saben de América todo cuanto puede saber el que no ha estado nunca en ella. Se lo voy á decir. No hay

plumas, ni flechas, ni anda la gente en cueros; más para nuestras naciones cultas, aquí la civilizacion es de ayer, demasiado reciente, y debajo de la levita importada, se supone que está todavia, el indio ó el gaucho de bota de potro. Los refinamientos de la educacion, los buenos modales, es creencia de por allá, que están empezando á usarse en estas tierras, y así disculpan los europeos, cualquier grosería de frase ó torpeza de urbanidad, cualquier defecto de buena crianza, que vean en un americano. Así ha dlsculpado usted, lo ordinario y vulgar que ha visto y oído, en actos y palabras, de la supuesta madre, y ha tenido por señora y dama, á la que en España hubiera desde el primer momento, sin vacilacion de ningun género, considerado como una mujerzuela. Y este es el error. Esta es también la ventaja que nos lleva América, puesto que se sabe á París y á Lóndres de memoria, tiene grandes dotes de asimilacion, miéntras que Europa ignora, por desidia ó por mal entendido desdén de viejo á niño, las costumbres de Buenos Aires, de Montevideo, de Chile y de Venezuela.

La luz continuaba haciéndose en el cerebro de la huérfana. Escuchaba atentamente. No quería perder ni una sílaba de aquel curso de americanismo.

—No ha visto usted las tiendas, los teatros,

los paseos? Toda la vida esterior es aquí, como la que tanto conocemos desde niños. ¿Porque ese empeño, en seguir creyendo, que la vida privada tiene que ser distinta? Porque esto lo hemos visto por primera vez, siendo ya adultos? Hay en tal obstinacion, algo semejante á lo que nos ocurre con el propio idioma en relacion, al estraño. Por bien que háyamos aprendido este último, no nos sirve para pensar ni para sentir nosotros mismos. Y nos sorprende que otros seres piensen y sientan con él, lo mismo que nosotros con el que nos enseñó, primero nuestra madre, luego el humilde maestro de escuela del pueblo ó de la ciudad nativa.

—Si. Eso debe ser!—era de vez en cuando la interrupcion de la huérfana. — Siga Vd! siga usted! Quiero esplicarmelo todo! Hasta lo inesplicable!

—Inesplicable no hay nada. Esa misma madre fingida, se diferencia muy poco de muchas madres verdaderas. Oh! Dios mio! En eso ha consistido la ficcion artística siempre. Exagera un poco la naturaleza y engaña no con lo real, sinó con su apariencia y arreglo. Madres que ayuden al hijo para la seduccion de una pobre muger, madres así, entre las clases elevadas hay muy pocas. Eso está bueno, en otras esferas, en el pueblo que dice siempre y hace lo que siente, sea

bueno ó malo, á tuertas ó á derechas, Las personas *decentes* no intervienen, de modo activo y reprimen estos deseos. Lo más que hace, una madre que se estima, es buscar á la víctima, de tal manera, que esta no pueda reprocharle jamás el haber sido elegida entre todas, como la más á propósito para el sacrificio. Hay un hijo por cuya salud se teme, si recorre los lupanares. Hay unas señoritas de compañía ó primeras doncellas, capaces de trabajar y de cumplir con sus deberes. Se elige quizás la que menos de ellos sabe, pero siempre, la más jóven y la más bonita. Luego, lo demás, lo que sucede, es obra del tiempo, de la casualidad, de lo inesperado, de lo imprevisto; porque poner en contacto de una virilidad impaciente, la juventud y la belleza, de una pobre niña asalariada, no es más que buscar una persona que hace falta para nuestro servicio. Dejarla sola un día, que el hijo está allí, no es facilitar, ni siquiera la ocasion. Cerrar ojos y oidos para no ver ni oir, no es tener ninguna responsabilidad en lo que fatalmente sucede. ¿Acaso los sordos y los ciegos y aún los que viendo y oyendo, declaran que no han visto ni oído, tienen culpa, ante un juez, que no pueda probarles lo contrario?

Las madres *decentes*, echan á la señorita de compañía, cuando esta se queja de que las ha deshonrado el señorito de la casa. Tambien las

echan, cuando se resisten. En suma ha sido Vd. engañada, no con una mentira, no con un absurdo, sinó con la exageracion de un hecho que está sucediendo todos los dias, de una realidad de la vida, de la existencia. Han representado con usted un acto de comedia, peró de la Comedia Humana.

—Cierto. Oh! si. Tiene usted razon!

¿Porque no había de creer en aquel hombre? Porque no dejarse guiar de su maravillosa esperiencia? Empezaba á figurarse que por aquella instintiva desconfianza, y repulsion, hácia Don Rodolfo, habíala sucedido la tremenda desgracia.

—Falta añadir á todo esto — proseguía el aleman con su misma entonacion persuasiva, leal y cariñosa — falta añadir, lo que es el estado de servidumbre en estos países. Malo es en todos, pero aquí, en América, donde la esclavitud fué legislacion y derecho hasta hace poco, tiene dejos de lo abolido lo vigente. La trata de negros, no existe; la inmigracion la sustituye. Africa no surte ya de brazos. Es Europa. El *candombe* no queda como danza de esclavos ébrios, sinó como palabra que en sentido figurado se aplica á la inmoralidad de algunos gobiernos políticos. Los blancos están ahora abajo, y arriba, haciéndose servir por estos blancos de Europa, hemos visto más de una vez á los candomberos. No se dice *siervo*, pero se

dá una espresion muy parecida á la palabra *inmigrante*. Hay escepciones, ¡quien lo duda,! peró es general, (y quien sabe si lo será, por fatal ley de odio de raza) el desprecio del americano al europeo, desprecio de rico á pobre, de adinerado en huelga á trabajador á quien vé sudar en el terruño. Ya se lo dije á usted, y usted no me ha creido. Aquí hacen falta hombres para la agricultura, para la industria, y para todo lo manual y mecánico, y se traen. Hacen falta mugeres para los hombres y tambien la muger se importa, como una máquina de placer y de reproduccion.

Luego, aquel endemoniado aleman, lanzando un suspiro, esclamó.

—Pobres gentes!

En el estado de ánimo de la huérfana, tal esclamacion la indignó.

– Como? usted los compadece? Pero si es verdad que hacen eso, eso es una infamia, una canallada.

—Usted crée? Ah, vamos! Me olvidaba de que está usted herida y no piensa más que en el propio daño. Me olvidaba tambien, de que es Vd. española, de aquella tierra de la hidalguia... que envió á estos países americanos, lo peor de cada casa, que se purgó de aventureros y rufianes en tiempos de la conquista, —añadió con satírica intencion — de que es usted muger y no sabe á que

leyes de determinismo se someten estos fenómenos, y sobre todo, de que siendo muger y española, es europea, *crédula inmigrante* y quiere que América sea América para lo bueno y para lo malo nó. Que no sea el *Nuevo Mundo*, igual al *Viejo Continente*, y que no haya aquí, como hay por allá, *jóvenes avejentados*. Se irrita usted en suma, contra lo que yo digo, no por otra cosa sinó porque desbarata todas sus creencias. Aquí está el vicio. ¡Ya lo creo! ¡Este es el *Paris* americano! Y en este concepto, aquí la prostitucion tiene todos los refinamientos de la lujuria, y no hay secreto que no conozca, ni culto obsceno que no encuentre sus fieles, sus sacerdotes y sacerdotisas... todo ello sujeto á reglamentos de policía, y á reconocimiento médico. La otra prostitucion, la clandestina, esa es la que hace mayores estragos. No hay ardid que no se invente, ni anzuelo que no se pruebe, y la celestina y la buscona, son estremadas en su agudeza de ingenio para pescar incautos. Por astucia ó por la fuerza, por sorpresa á veces, la víctima cae... como ha caído usted. Hay mallas de la inmensa red tendidas por todas partes, agentes en cualquier sitio, desde *el florista* que vende los jazmines del Cabo, en la calle de la Florida, hasta algun lujoso comercio de modista, que tiene sombreros en el escaparate, y cuarto para probárselos en la trastienda. Un

espionage bien organizado, está en los muelles, para ver *lo que llega* de Europa. Registra tambien y acaso con preferencia, el hotel de inmigrantes, investiga[1], busca, hace ofertas, recibe demandas, especula y prospera. Y esto es con mugeres y hombres; es la trata, la trata de blancos, completa absoluta; brazos musculosos para las estancias, para las colonias, para el campo, para la tierra; brazos mórbidos y blancos para las bacanales, para la ciudad, para las alcobas. ¡Oh! y lo que se escapa á estas pesquisas, por descuido ó por torpeza, acaba encontrándose en las agencias de *conchavos* (1), y en las planas de avisos de los periódicos de gran circulacion. *La Nacion*, *La Prensa*, *El Diario* que no pueden negarse á insertar tales anuncios, que son de dos clases: Los unos solicitando el trabajo con verdad, otras veces, tomándolo como pretesto y motivo para la publicidad, ofreciéndose con toda malicia al libertinage burgués, que esconde el vicio en su misma casa: los otros, prometiendo colocaciones honradas, decentes, colocaciones positivas por lo general, pero en muchos casos ficticias, anuncios del vício *en disponibilité*. No pasa día en que no vengan esas curiosas ofertas.

Y oyendo estas palabras, se esplicaba Agustina,

(1) Colocaciones.

como había dicho don Rodolfo, de que manera en su aventura, no había nada de inesplicable. *Una fumada*, segun estarían diciendo, en aquel momento quizás, la supuesta madre y el hijo postizo.

—La de Martinez Roca, entónces?...

—Apellido supuesto. Es *la criolla Amparo*. Todos la conocen por ese nombre. Fué buscona, luego zurcidora de voluntades y maestra en trama de amorios con patente de partera. ¿Como la obtuvo? No se sabe. Hubo un tiempo en que esa muger era la mejor influencia para algunos gobernantes. Adquirió terrenos, la daban descuentos en los Bancos, jugaba á la Bolsa, hizo fortuna y hoy no sirve sinó á muy contados personages. Grandes bolsistas, ministros, y á todo lo más que desciende es á senadores y diputados con capital bastante, porque se hace pagar muy cara. Es trabajo el suyo, de maestra. Ese hombre!...

Aquella transicion despues de una bien medida pausa, fué un golpe de efecto, que hubieran envidiado Romea ó Novelli.

—Perdóneme Vd.! Hay crudezas, de lenguage, que yo no tengo bastante talento para atenuar y prefiero callarlas. Es usted, y no lo olvido, una muger distinguida... mas respetable para mí, hoy que ayer mismo. Además, si me he escedido, no olvide mi torpeza natural, conozco bien el

español, pero no deja de tener, en este caso, el idioma, grandes dificultades para mí.

¡Oportuno! Volvióse á ver al amable y cortés viagero de 1ª clase de los transatlánticos, con sus trages de franela de irreprochable nitidez, sus costumbres de elegante sajon, y sus atenciones correctas para todos. Apareció en su deslumbrador brillo, la camisa limpia y el frac, la pulcritud blanca y negra, las dos notas únicas cuya sencillez sublime, corre por el mundo como el *summun* de la etiqueta, adecentando por igual, á los pocos que van á la Cámara de los Pares y á los camareros que van y vienen á pares por los corredores y cuartos de los hoteles.

Pero Agustina, cuya ira, cuyo despecho, tenían todos los furores del que sintiéndose fuerte, se vé vencido, hubo de replicar.

—Siga usted y olvide que está hablando conmigo, si le hace falta olvidarlo. Lo que yo quiero es claridad en la palabra, toda la que necesite para comprender. Delante del ministro español ha de repetirse como declaracion lo que usted me está diciendo. ¡Canallas! ¡canallas!

Dos lágrimas únicas dieron siniestro brillo á sus ojos. Se mordió el lábio inferior y se hizo sangre.

Turbóse un poco el aleman.

—Ciertamente! Iremos á la legacion. Yo la acompaño adonde quiera. Ménos exaltacion es lo que

la aconsejo. Habrá que luchar, más de lo que usted se figura. No se trata de un cualquiera, de un quidam, ni siquiera de un jóven *porteño*, (1) más ó menos rico. El verdadero apellido de ese hombre, es otro.

Y acercándose, casi se lo dijo al oido. Lo escuchó tranquila, estrañando un poco toda la mímica de que rodeaba el aleman la pronunciacion de estas sílabas.

"Dominguez Alvaro."

Que sabía ella? y que le importaba que se llamara así, ó como le dijeron hasta entónces?

—Es verdad! Siempre me olvido de que es usted estrangera, y que á lo sumo conocerá el nombre del Presidente de la República.

Y esplicó el inmenso prestigio, la aureola de poder con que brillaban tales patronimicos. Toda una historia.

Contárela yo, para contarla mejor que Don Rodolfo.

Historia de una ciudad esplicada por la de un hombre. La de una nacion esplicándose por la de una familia. Porque aquel Dominguez Alvaro y sus

(1) Llamanse así á los nacidos en Buenos Aires.

padres, formaban un contraste análogo al que existe entre el pasado y el presente de la República Argentina. El Buenos-Aires de hoy y el de ayer, este último mas pequeño, hasta el punto de caber solo á sus anchas, las costumbres patriarcales casi, de aquellos honrados criollos, que de niños oyeron el ruido de las batallas y el grito de emancipacion; y como estas costumbres, con su perfume de virtud de cuerpo sano, puede decirse como que se respiraban hasta en el aire, para el vicio quedaba espacio muy pequeño.

Leyendo "*La Tradicion Nacional*" del escritor americano Joaquin V. Gonzalez, encontré un día esta hermosa página. La engasto aquí:

"Último tributo de su obediencia, de su sangre y de su heroismo de raza, la jóven América, salva el honor de España, su ilustre y desgraciada madre, fatigada de los combates seculares, del peso de sus laureles y del oprobio de sus tiranos, que no solo enervan sus fuerzas físicas, sinó que ahogan en el seno de una religion implacable, los desbordantes manantiales de su genio luminoso, que ha dominado tanto tiempo la cultura y ha seducido por tanto tiempo la imaginacion del mundo.

"Aquel valor indomable, aquella imaginacion radiante, aquel porte legendario, aquella abnegacion suprema que tantas hazañas inimitables realizaron

en las épocas de luz de su historia, y que ha engendrado su tradicion y su teatro deslumbrantes, ella los transmitió á sus hijos á través de los mares, apesar de sus errores, de su fanatismo, de sus opresiones: y sus libertades comunales implantadas en nuestras ciudades por sus ilustres fundadores, objeto mas sagrado de su tradicion gloriosa, fueron quizás la semilla más fecunda que su mano derramó en la tierra vírgen de América.....

.....

"No, no podemos los argentinos, que tenemos la gloria de ser los iniciadores de la independencia del continente, olvidar esta tradicion sagrada. Al conservarla como un culto nacional, bendeciremos á España, que nos la legó en su forma mas pura, y que nosotros no hemos sabido mantener cegados por la pasion revolucionaria."

No la supieron mantener y no quisieron tampoco. Pero como la evolucion ha tenido en estos países rapidez que la asemeja y confunde con locas revoluciones, como se ha forzado la máquina para recorrer en años, camino en que se tardan siglos, el pasado y el porvenir, se han encontrado formando el presente, y sorprendidos al verse por vez primera juntos, como por arte de encantamiento. El hijo, creyente de Darwin, se ha burlado de su padre, al saber que solo creía

en Dios, y cuando de las glorias de España le hablaba, el mismo que luchó por la libertad, recitando el hermoso credo de las Cortes de Cadiz, el jóven oponia, como mejores, las libertades inglesas, ideadas por cerebros de tenderos, abrazábase al utilitarismo, compraba un revolver *bull-dog*, y se burlaba con él, del noble manejo de las bien templadas hojas toledanas.

Los padres asustándose de sus engendros, fué milagro que no dudasen de la muger propia, tan sorprendida como ellos, por haber parido aquello, y hubo y hay gran division, en el hogar perturbado de las familias. La generacion que iba á morir y la que á vivir empezaba, debiéndola esta misma existencia, disputaron y hasta se pegaron, con la saña de dos razas distintas. Los viejos, habian envejecido en la honradez de la palabra, en la caballerosidad de los actos y sus arrugas eran como los surcos que formó el sudor del trabajo. Los jóvenes consideraban este último como un estigma, preferian la Bolsa ó la política, porque en la primera hasta cuando se arruinaban, satisfacía la necesidad de emociones fuertes su neurosis de fin de siglo, y en la política, su decadencia latina complacíase al verse corrompida á bajo precio. La ociosidad, que los detenía largas horas en el lavatorio, como en el tocador á las coquetas, pasábase despues, en las

confiterías, y acababa jugando en los Frontones de pelota, en las carreras del Hipódromo, en el tapete verde del Casino, para ir á terminar la noche con sus ganancias ó con lo que sobraba de las pérdidas, en brazos de alguna prostituta, importada, como los caballos de pura sangre, ó satisfaciendo acaso, cualquier depravacion del instinto sexual, que estas mismas estrangeras, tan esteriles de entrañas como fecundas en vicios, les enseñaron no tanto para satisfacerlos como para satisfacerse.

No era pues huérfano, José Domiguez Alvaro; sus padres si que lo lloraban á veces como perdido, que no bastan á compensar los bienes de fortuna, estas tremendas desgracias que la conducta de los hijos aglomera, como otra pesadumbre, añadida á la de los años, sobre las cabezas que ya se inclinan de aquellos que nos procrearon.

Fuera una historia entera y tan estensa en páginas como las de este libro, contar en este punto, con el preciso detalle, la de como tuvieron orígen y continuacion no interrumpida, aquellos disgustos y desavenencias entre el jóven y su honrada familia, acabando en el momento que los retrata, por hacer ya tiempo, que los pobres viejos, solos y como abandonados, pasaban, hablando del hijo, ausente del hogar, dias muy tristes y noches de insomnio.

Para los dos ancianos hubo paz y dicha cuando vivieron allá en la estancia, viendo desde la quinta, correr al niño, bajo los sauces, los alamos, y los eucaliptus, encaramarse á los árboles frutales, y estropear á veces los cuadros de alfalfa ó las sementeras de legumbres metiéndose por ellos ginete en el *petiso* (1) que desataba del palenque á cada instante. Hubo dicha tambien y contento proporcionado por el orgullo que les producia la viveza de ingenio del muchacho, cuando decidieron, trasladarse á la ciudad, para darle educacion y pudieron saber de sus adelantos por testimonio de los mismos maestros. Fueron felices, muy felices, tanto, que lo fueron muy poco tiempo.

Los primeros amigos del jóven, le comunicaron como una lepra, la que se estendía ya entónces por la gran ciudad. La inmortal, la gloriosa, la querida Buenos Aires, había dejado de ser la Atenas del Plata para convertirse en la Roma de los tiempos de Mesalina, y algo peor. Con el alcohol que enferma las entrañas, con las húngaras, las suizas y las francesas, habia venido el *caften*, (2) degenerado el *gaucho* en *compadrito*, (3) y pululaba por las calles *el atorrante* (4) único producto

(1) Caballo de poca alzada.
(2) Alcahuete.
(3) Maton ó baratero
(4) Vagabundo

legítimo de la inmigracion contratada. Con el vicio importado en todas sus manifestaciones, se desarrolló ignoble ambicion de las riquezas, y templos fueron para el culto del becerro de oro, la Bolsa, el Hipódromo y los Frontones. En la bandera argentina, de colores españoles, la antigua bandera del regimiento de Murcia, donde sirvieron algunos héroes de la emancipacion, y en la franja inmaculada y blanca, donde se bordaba el sol, vióse el brillo metálico de la libra esterlina, y en lugar del astro rey, el Dios-Negocio, fué adorado por todos los hombres de la generacion nueva.

Le faltaron á José Dominguez Alvaro al poco tiempo los recursos que para subvenir á sus vicios necesitaba. A la enérgica negativa del padre, contestó irrespetuoso, y el juego y la usura atendiéronle complacientes.

Había entónces en la cima del poder, un hombre, que era uno de esos prestidigitadores políticos, dotados de tal destreza que no se les vé la trampa. Embolsábase el oro y repartía los billetes. Era tan fácil hacerse rico con aquella riqueza ficticia que todos lo fueron. Por cientos de millones se lanzaban á la circulacion, valores y títulos, no solamente garantidos, sinó clandestinos. En los Bancos, el Gobierno, daba órdenes para que se entregase dinero á manos llenas á los amigos por espíritu de pandillage, y á los enemigos por

temor. Se halagaba á la juventud para que se estuviese quieta, y como el miedo consistía en verla despertar un dia con todos sus ideales generosos de patriotismo y de gloria, se la solicitaba diciendo, que hacía falta para renovar la savia de los viejos partidos políticos, con doctrinas aprendidas en las aulas, y se la daba dinero, durante el dia, para que se distrajese, haciendo subir en operaciones falsas de compra las cotizaciones de la Bolsa, y por la noche, reemplazaban en sus bolsillos lo gastado, y les abrian de par en par las puertas de los lupanares. Los acompañaban muchas veces, iban con ellos á beber el champagne caro y malo, de los prostíbulos á elegirles la hembra y á enseñarles á abofetearla.

Dominguez Alvaro, militó en la banda gubernamental, lo que equivale á decir que pudo prodigar los *nacionales* (1) por miles, tener carruages y queridas, ser caudillo de los que atrajo entre sus compañeros, favorito por esto del gefe del partido, y en aquella fiebre endemoniada, necesitó para su vida fastuosa, alejarse del hogar, y entregarse de lleno á la satisfaccion de todos sus apetitos. Y todos los colmó.

Aquel jóven, llegó á ser, con facilidad igual á la de otros varios, secretario de uno de los mu-

(1) Billete de Banco que representa ó *supone* el valor de un peso.

chos hombres políticos que había en el país soñando con la Presidencia de la República, que es lo más soñado por todos y tambien parece lo más realizable. El hombre político era de aquellos á quienes el gobernante temía y halagaba. La influencia del prócer en su secretario se reflejaba. Hubo bastante. Fortuna hicieron los dos, tan rápidamente, que en un año compraba Dominguez Alvaro, aquel palacete, donde vivía, teatro, nó que hogar, en que se representaban escenas de orgia, y donde ocurrió la aventura de la huérfana. Dominguez Alvaro, era á los veinticinco años en la política argentina un Romero Robledo de la misma edad, en que fué el *pollo* antequerano el discipulo más aventajado de Sagasta.

Terminado el relato, hubo dentro del carruaje, un instante de silencio.

No habian variado con las revelaciones que acababa de oir, las decisiones de la huérfana, pero lo escuchado era de tal importancia, que hubiera sido insensato no reconocerla. Tenía razon Don Rodolfo. No se trataba de un cualquiera, de un rico porteño, sin más posicion que su riqueza; comprendió que la lucha podia ser para ella desventajosa, que necesitaba buscar el medio de

igualarla, de allanar las dificultades con que iba á tropezar el mismo ministro español; porque daba por supuesto siempre, que este pondría de su parte, toda energia y con absoluta buena fé.

—Y ahora — esclamó el aleman, sacando un precioso cronómetro — sin que esto sea hacerla desistir á Vd. de sus propósitos, creo que debe reflexionar y si fuera posible, hasta aprenderse de memoria las palabras con que piensa Vd. acusar al delincuente.

—Tiene Vd. razon—contestó Agustina bajando tristemente la cabeza.

En los ojos de aquel hombre brilló como un relámpago, la alegría.

—Escuche usted, señorita. Yo he pensado por usted en detalles que suponía, no tendría Vd. previstos. Vd. no tiene ahora donde meterse, como se suele decir. En un hotel, pudo usted estar, como estuvo, cuando no tenía lo que hoy se ha creado. Un enemigo audaz y poderoso y que teme de su parte acaso, esta misma delacion que quiere usted llevar á cabo. Teme cuando ménos un escándalo. ¿Quién sabe si desde nuestra salida, no estamos vigilados? Es preciso que usted se refugie bien, en lugar seguro, donde sean inútiles todas las asechanzas.

—Y donde? ¡Dios mio! ¿donde?

—Acepte usted la hospitalidad que me atrevo

á ofrecerla. No es en mi casa nó. Yo no la tengo. Pero he buscado para usted y he encontrado. Tengo afortunadamente buenas relaciones entre mis compatriotas de Buenos Aires. La esperan á usted en casa de unas señoras amigas mias, alemanas, donde no han de faltarle las comodidades á que está acostumbrada. No me desaire señorita, porque fuera ofensiva para mí, en estos momentos, una negativa.

Y cogiéndola las manos, se las estrechó con una magnífica interpretacion de su papel en aquel *parlamento* de *barba* enternecido.

—Que puedo hacer, señor?—esclamó Agustina cuyos ojos se nublaban apesar de las resistencias de la energia contra tanta pesadumbre — que puedo hacer, más que aceptar y darle á Vd. las gracias!

No ya el tubo acústico, sinó un silbato que sonaba apretando una bombilla de goma, dió nueva órden al cochero.

El carruage, regresó á la ciudad, con los caballos al trote largo.

Detúvose por fin, ante la puerta de una casa de regular aspecto.

El aleman se apeó primero y ayudó á bajar á su protegida.

La huérfana entró.

¡Oh! Si no hubiera sido así, ¡de otra manera!

¿Acaso hubiera llamado la atencion á nadie, en la calle de Corrientes, ver á Don Rodolfo, cruzar la acera, llevando sostenida, casi en brazos, á una muger de la que todos hubieran supuesto, no que venía desvanecida por el cloroformo ó cualquier otra sustancia, sinó enferma ó tal vez borracha?

¡Bah!—hubierase dicho entre los curiosos—alguna de *sus pupilas*. ¡Buena viene! ¡Buena la han puesto!

De todas maneras, tuvo á fortuna no necesitar hacer uso de aquel frasco de tapon esmerilado que á prevencion, se habia metido en el bolsillo.

VII.

Negocio redondo, y realizado en todas sus partes de una manera magistral! Por algo había llegado á ser Rodolfo Fick el rey de los *caften* de Buenos Aires.

Porque era un caften, aquel judio, el más rico de todos ellos, y el que tenía más *hacienda* en la calle de Corrientes. Tres casas en una misma cuadra, tres casas unidas, que se comunicaban interiormente, y á una de ellas, á la mejor, era adónde acababa de llevar á la jóven por las artes de su astucia, y de práctica en tales proezas.

Y hora es ya de hablar de esto, así como de retratar al viajero de *El Pontifice* tal como en realidad es y dando de fondo al cuadro, el medio ambiente en que vivía.

Acaso en Europa y sobre todo en España, se tome á fábula de mi pluma, apesar del sobrado crédito que tiene conquistado de verídica la narra-

cion exacta de los estraños carácteres que reviste en Buenos Aires, la prostitucion sujeta á reglamentos de higiene y de policía. Quizás sorprenda a cuantos abundan en la creencia del atraso sud-americano, saber que el vicio y la degradacion de costumbres alcanza aquí, los mayores grados de groseria y asímismo de refinamiento.

Es sin embargo, cuanto voy á decir de completa certeza y cópia fiel de la realidad.

Continuaremos sin saber á punto fijo la nacionalidad de Rodolfo. Supóngase aleman, ruso, húngaro, ó subdito del Austria, pues de cualquiera de estos orígenes, son en su mayoría, los *caftens*, que regentan las casas de lenocinio, bien como propietarios de ellas sin aparentarlo, ó como simples administradores. En cuanto á su religion es la que acabo de consignar y á ella también pertenecen casi todas las infelices que le sirven para su explotacion rufianesca, y que son asímismo húngaras ó rusas, alemanas, austriacas, suizas ó francesas.

El negocio produce y mucho. Tiene enormes gastos pero son enormes los beneficios. Testigo aquel Fick, cuyo indecente apellido, nos deja en la duda, acerca de si fuera el suyo ó pseudónimo con que lo oculte; aquel Fick, á quien diez años antes hubiérase podido ver de *atorrrante*, en las calles de Buenos Aires, y hoy era poseedor

de una fortuna que se evaluaba en doscientos ó trescientos mil pesos en títulos y propiedades. Quién era? ó más gráficamente dicho ¿quién *habia sido*? ¡Oh! La vida que hacen los europeos en América, suele ser á veces, distinta, diametralmente opuesta, á la que hicieron hasta el día de su expatriacion. El millon, es la idea con que se embarcan y van á la conquista de este vellocino, por caminos rectos y á la luz del día, si esto es posible, sin abandonar sus costumbres, su profesion, ni sus apellidos; pero de no ser así, emprender senderos tortuosos de atajo, se dedican á oficios que ignoran, ó que en Europa desdeñarian, y si estos son, de los que envilecen, cambian de nombre y de modales; el mar está como abismo, separándolos siempre, de aquellos compatriotas suyos que pudieran avergonzarles, y no es maravilla encontrar, hoy que las comunicaciones transatlánticas son más frecuentes, algún aristocráta que se suicidó en Paris, resucitado en una república sud-americana con tienda abierta de dentista de los Estados Unidos, ó convertido en acaudalado industrial ó especulador de fortuna, á cualquier célebre vividor y sablista, que dejamos de ver un día en la esquina del café Suizo de Madrid como figura de segundo término obligada, para todos los corrillos que se forman en la calle de Sevilla.

Bien demostraba y con la mejor demostracion, que es la del éxito, bien demostraba Don Rodolfo, que era verdad y no mentido alarde, su esperiencia y consumada práctica de la vida americana. De todos los negocios que en Buenos Aires pueden hacerse, había elegido el más lucrativo. En buen hora que otros, desarrollando actividad prodigiosa, audacia ilimitada, inteligencia nada comun, improvisasen en la Bolsa, crédito y capitales cuantiosos, fundasen bancos, sociedades anónimas y establecimientos comerciales de lujosa apariencia; que otros, esperando en las antesalas gubernamentales, lograsen una concesion de fácil venta; y que la valorizacion ficticia de la propiedad, produjera la fiebre de los pingües beneficios que en los negocios de tierra, se repartian.

Todos aquellos billetes de banco, al lujo y al vicio estaban destinados fatalmente, y á estos iban á parar, porque, á la postre, política, comercio, banca, industria y hasta la misma agricultura y ganaderia, las múltiples manifestaciones de la nacion argentina por aquel entónces, no eran de progreso efectivo, de bienestar sólido, ni pruebas tampoco, del fomento del trabajo y de la produccion, sinó para los espíritus poco perspicaces. Buenos Aires, engañaba al mundo y los bonaerenses para engañarlo, se engañaban á si mismos. La capital federal, llena estaba solo de jugadores desenfrenados y era una gran casa de juego con sucursales en todas las provincias. Del vicio y del lujo era pues, la cosecha definitiva y el provecho de los despilfarros, que el dinero ganado en el azar, inspira siempre, á quien así lo libra de que en el azar mismo se pierda.

Acaso debió al capricho de alguna pervertida, los primeros *pesos;* quizás, á la proteccion de una sociedad de degradados que soñara con tener un harem propio; ello es lo cierto, que el *atorrante*, despojándose de sus harapos, apareció un dia convertido en aquel individuo, bien vestido, que entraba en el gabinete de *la madama* (1) á todas horas, sin temer el entrecejo de esta, sinó más bien, esperando ser recibido, con agradable y placentera sonrisa, teniendo por seguro, que á su llegada, cerraría presurosa y contenta, la novela sentimental que estaba leyendo ó dejaría la labor de *crochet* sin cuidarse de acabar la empezada cadeneta.

Al poco tiempo empezaron á notarse los beneficios que á la presencia del *caften* y á sus disposiciones se debían. El desórden cesó: los criados no se permitieron ya, ciertas familiaridades con las mugeres, que á muchas molestaban, en aquella ilusion de señorio, que los ricos trages

(1) La que regentea en propiedad una casa de *prostitucion.*

y los costosos perfumes, hicieron nacer en su ánimo y mantenía la ignorancia de la propia abyeccion en unas, y en otras la voluntad de no querer saberla.

Se establecieron horas fijas para las comidas, y en este punto no volvió á quejarse el cocinero, por tener que recalentar salsas y requemar tajadas, para las que se retrasaban, por lo que el comedor asemejábase siempre al de una fonda. Antes, era lo más frecuente que la madama almorzara sola ó á lo sumo, con las tres ó cuatro, poco afortunadas para la casa, en la noche anterior. Madrugadoras, á quiénes brillaban todavía los ojos, por la dicha lograda de aquel sueño tranquilo, de aquellas siete ú ocho horas de descanso, libres y á solas, que consideraban y recordaban como una fiesta de su trabajo. Las demás, bien quisieran al oir el llamamiento en la puerta de su cerrada alcoba, acudir con la puntualidad que no tanto la sumision, como el apetito exigía. ¡Oh! y de que buena gana hubieran dicho al hombre: "¡Vete! Ya te has cobrado. Tengo asco y tengo hambre! Déjame!" ¡Y como lo pensaban, y no se atrevian, ni siquiera, á que se les conociese en la cara, donde estereotipaban una sonrisa, aprendida de memoria en fuerza de repetirla para todos! Por fin acababa el martirio, pero ya era tarde, y unas tras otras, pálidas por el insomnio, mal humoradas, sin peinar, en chancletas, iban presentándose, y comian con voracidad, algunas de pié, otras, poniéndose el plato en la falda, suciamente, con los dedos. La *madama*, ya se había retirado. Estaban solas. Bastaron cuatro palabras, muy bien dichas, para que el caften se viera obedecido; la sencilla órden de que se las llamara, nó una, sinó dos veces, tambien contribuyó al buen éxito, porque los hombres que las entretenían, aún los más *pesados*, á este segundo llamamiento, dejábanlas y se marchaban. Luego, un gesto de disgusto, y una mirada de reproche endilgados por Don Rodolfo, á las mal ataviadas, terminó la transformacion completa. Una cosa era exigir, que sin tiempo para ello, al saltar de la cama, se vistieran bien y se peinaran mejor, y otra reclamar, que entrasen en el comedor con los pelos recogidos, lavadas cara y manos y cubiertas con un baton limpio y decente.

A las once en punto servíase el almuerzo, y llegaron á ser puntuales; iban entrando, y una tras otra, antes de ocupar su sítio, se acercaban á la madama, pidiendo su mano para besarla, haciendo luego un respetuoso saludo á Don Rodolfo. La alimentacion, mejoró tambien mucho. Cocina alemana, carnes asadas, milanesas, platos de huevos y el indispensable *Krauss* (1), café con leche y pan con manteca.

(1) Repollo crudo con vinagre y sal.

Importaba mucho para que el *caften* tuviera aquel prestigio, la creencia, en que todas estuvieron, de que era el marido de madama, el señor, á quien se debe acatamiento. De haber sabido su verdadera condicion de alcahuete, lo despreciaran.

Por la tarde *el matrimonio*, encerrábase en sus habitaciones, donde se llevaban los libros de ingresos y gastos con formalidad que no desdecía de la de una casa de comercio. Cada muger tenía su cuenta abierta, y era curioso ver, la buena maña que se daba Don Rodolfo, para que la columna del *Debe*, no terminase nunca. La muy gananciosa, era esplotada en sus caprichos y en sus necesidades. Las cuentas de lavado y planchado de su ropa blanca, subían que era un portento, animábanla á comprar los perfumes más caros, y siempre había para ella alguna *pichincha* (1) de un vestido de terciopelo ó de seda, cuyo corte hubiera parecido exagerado á una duquesa. *La casa* daba vino tinto para las comidas, pero había entre aquellas alemanas, rusas y húngaras, muchas á quiénes gustaba la cerveza negra y que la preferian. Se les cargaba en cuenta y Dios sabe á como estaban en América, estas bebidas importadas, cuando se quería que fuesen legítimas, y que

(1) Ganga.

grandes alteraciones sufrian con el cambio del oro, los precios de tales productos de un día para otro.

Apesar de la explotacion, que muchas, la mayor parte, ni siquiera sospechaban, encariñáronse con Don Rodolfo tomándole ese afecto casi filial que tan fácilmente arraiga en los seres que se ven ó se sienten abandonados. Le quisieron y le respetaron, las tuvo á su merced como esclavas sumisas y hasta serviles, por voluntad y capricho.

Y él, procuraba alentar estos sentimientos. Jamás sus órdenes lo parecian en la forma, pues era esta, aquella melosísima é insinuante que ya le conocemos. Indirectamente, cuando había alguna poco cuidadosa del aseo corporal, en las conversaciones de la mesa, de aquella mesa redonda precedida de un besamanos patriarcal tan estraño en aquel recinto y entre tales gentes, hacía alusion el caften, á los grandes peligros que para la salud y en aquel género de vida que ellas llevaban, tuvo siempre la falta de higiene, el descuido en lavarse, la pereza que se resiste al baño, y citaba hechos, nombres de infelices que siendo en esto incorregibles, murieron sin haber logrado reunir un capital decente y en la flor de la edad y de la hermosura, víctimas de horribles enfermedades. En la mayor parte de los casos, la perorata surtió el efecto apetecido.

Era el lenguage, otro de sus talismanes, porque,

aquellas mugeres, acostumbradas á la palabra soez y grosera, casi mal oliente, con que las trataban en sus diálogos los hombres á quiénes se entregaban, (porque es general este tecnicismo hasta en los más cultos, cuando penetran en tales lugares) aquellas claustradas del vicio, sorprendiánse al oir de boca de Don Rodolfo, el vocablo elegido y la frase hasta galana y florida, que al principio, escuchaban mirándose unas á otras y reprimiendo la risa como cuenta Cervantes, que oyeron las mozas de partido las enrevesadísimas razones del hidalgo manchego, pero que despues, sin saber porqué, le agradecían, terminando á la postre por sentirse como intimidadas. Otros de su calaña y encargados de este mismo cometido en prostíbulos semejantes, eran como patrones de siervas, y tenían siempre en los lábios la palabra brutal como un puñetazo, el ceño fruncido, el grito, usado como voz natural viniera ó nó á cuento y dominaban sólo acobardando.

El aleman con su método realizó verdaderas maravillas. Hasta las díscolas, acabaron por dejarse vencer de aquella mónita, que hubiera envidiado un discípulo de Ignacio de Loyola. Jamás, este hombre siempre dueño de sí mismo, ni aún en los momentos en que se producía entre ellas ó con la misma madama cualquier desavenencia ó disgusto que alteraba el órden en aquel régi-

men severo de la casa, jamás hasta para increpar á la rebelde, se inyectaron sus ojos, ni se atropelló su lengua, dejando escapar la invectiva, el calificativo injurioso ya que no calumnioso, que define castiza pero indecentemente á la muger pública. Él las llamaba *locas*, era el mismo número de sílabas pero con distintas letras, y ellas cejaban en su irritabilidad nerviosa, al no verse acusadas más que de enagenacion mental y no con acentos de furor, sinó compasivamente. Eso iban ganando.

Todo su afan consistió en una metamórfosis completa, de lo que á su llegada era y estaba considerado, como establecimiento de mediana entidad, entre los libertinos. De aquí, que venciendo la sórdida avaricia de su querida ¿que no vencería nuestro antiguo viagero de *El Pontifice*? hiciese obra en la casa, obra de albañiles y empapeladores, que dió mejor reparto y bonito aspecto á todas las piezas. Cuanta ganancia resultaba, empleábase en el embellecimiento de aquel nido de tantos amorios. Las *locas*, llegaron á estarlo de alegría, viendo sus cuartos alfombrados, con bonitos armarios de espejo, aparatos de gas, ámplios lavabos de piedra de mármol en que había dos juegos de jofainas, camas cameras de colchon de muelles y colgaduras que cerraban todos los huecos. Pintáronse en las galerías del primer patio lindos pastorcillos que perseguian á rubias za-

galas, y besaban sus lábios de color de tomate, bajo un cielo de color de ceniza, y en un bosque de árboles azules. Luego, en el centro pusiéronse macetas, y en el segundo pátio, veladores portátiles de hierro, para el servicio de los concurrentes, para el obligado gasto de la botella de champagne, ó de cerveza, la copa de oporto, la socaliña en fin, á que la muger comprometía á su conquista y era otro de los grandes ingresos de la casa.

A los pocos meses, esta, adquirió mayor auge y perdiendo su carácter burgués poco á poco, fué visitada por más selecta y rica clientela. Y aconteció entre otros milagros, que el mismo personal, tan conocido y gastado en las antiguas usanzas mejoró hasta el estremo de embellecer y adquirir cierta relativa frescura á ojos vistas. La buena ropa, la sana alimentacion, aquella apariencia de dulce trato, y la mucha higiene influyeron en esto. Ya en otra ocasion hemos mencionado, como Don Rodolfo era hombre que tenía con respecto á mugeres, un conocimiento y práctica, parecidos á los que son proverbiales en su especialidad, á los chalanes y tratantes de caballos. Sabido es que estos, no vacilan á veces en comprar á bajo precio, un animal cuya estampa no satisface, ó hermoso, bajo este aspecto, pero con resábios tales, que le hacen perder toda

estima, y es notorio igualmente, que en breve tiempo, aparece en el mercado, la yegua espantadiza ó el potro feo, convertidos por ellos en nobilísimos y gallardos corceles, que se disputan los inteligentes, y suele suceder que los compre en miles de miles, el mismo que los vendió por ménos de ciento.

Era en suma gran domador de carácteres, pulidor de modales, y hasta suavizador del cutis, si mucho lo apuraban. Había nacido para aquello y estaba como en su centro.

Gozaba con el respetuoso cariño que las supo inspirar, con tenerlas como sugestionadas y reducidas, con aconsejarlas reglas de conducta, con tenerlas engañadas para el mejor éxito de su explotacion inicua.

Y no se estrañe entre mis lectores de España, ni se cargue en cuenta de inverosimilitud novelesca, cuanto queda referido. Hay muchos Rodolfos Fick en Buenos Aires, y el personage no tiene nada de estraordinario.

Los hechos ocurren del siguiente modo que hace comprensible y justifica cuanto queda dicho.

La hembra importada, no es casi nunca (hablemos en términos comerciales, puesto que la reglamentacion gubernamental, so capa de tutela para la salud de los ciudadanos, ha dado á la infame tercería, derechos para tratar á las que la ciencia

llamaría *pacientes* considerando su anormalidad orgánica como *artículo de lícito comercio)* la hembra importada en América, no es pues, un *producto selecto*, ní mucho menos. Generalmente es lo que se llama *un resto ó deshecho de mercancía.*

Diestras fueron en Europa y prácticas son en el ejercicio de todas las artes de la truhanería. Allí engañan con frecuencia á los mismos que las explotan. Pero no se olvide que tal ocurre, porque se encuentran, cuando nó en el mismo pueblo nativo, en la nacion propia, viviendo y respirando ambiente que no estrañan, oyendo lenguage que saben desde el nacer, heridas tal vez, despreciadas siempre, pero nó por otros, que por los suyos, huérfanas de todo, pero siempre patrocinadas por el vínculo eterno de la raza. Gastadas y pervertidas por todo estremo, ganando ya muy poco, las encuentran los tratantes que hacen todos los años estos viages de esploracion de América á Europa. No se presentan á ellas en muchos casos, descubriendo sus propósitos, y diciendo su verdadero oficio, sinó que aparecen como *uno de tantos*, entre los parroquianos del lupanar, se fingen enamorados, pagan la deuda que ellas tengan contraida con *el ama*, y se las llevan. Luego, en el cuarto del hotel, el nuevo querido, habla de América, como del país del oro, menciona los pingües beneficios que allá se pueden obtener y

las deciden, á la aventura. Una vez á bordo del transatlántico, despójase el individuo ante ellas de todo disfraz y disimulo, y confiesa su verdadera condicion de caften, de rufian ó amo de casa. Hasta quo esto sucede, se corren allá en Europa riesgos de cárcel, y aún durante el viaje toda vigilancia es poca. En más de una ocasion, la muger suele llamar la atencion de algun pasagero y no es sinó muy frecuente, el caso de que éste la separe de su esplotador en cualquier punto de escala. Para evitar en lo posible tal percance, las hacen viajar en 3ª de preferencia, vestidas pobremente y aún así, ya hemos visto como Don Rodolfo, estuvo espuesto en *El Pontifice* á que Mr. Henri le birlara una de las cuatro *locas* que á bordo llevaba.

Realizada la empresa con buen éxito, aquella muger, cuya degradacion corre parejas con su ignorancia de lo que es el Nuevo Mundo, está completamente á la merced del *caften* y de la madama. Cuanto ellos dicen, tiene que merecerla el mayor crédito. ¡Es tan brusco el cambio y la mejora de condicion tan notable! Desde el primer día, encuéntranse dueñas de un buen ajuar de ropa blanca, y de dos ó tres, que á ellas se les antojan, magníficos trages. ¿Cómo no figurarse que la mísera vida ha terminado? ¿Cómo no considerar á los que la colman de beneficios como bienhecho-

res? Están en América, lejos, muy lejos de los suyos, y en tierra cuyos habitantes tienen carácter, costumbres, y tipo que desconocen y estrañan desde el primer día.

Díceles el *caften*, ó les advierte la madama, que si bien las ganancias prometidas llegarán á ser cosa cierta, deben desconfiar de los hijos del país, y hacen no solo del criollo, sino de cuantos hablan idioma castellano, un relato que constituye la mejor profilaxis contra el mal de amores. "Estos hombres no son como los europeos, aquellos se contentan con pegar á la ramera, estos la matan y como es estrangera, la justícia es sorda y ciega, cuando ocurre alguno de tales asesinatos." Agregan otros detalles, todos de tal género, que la infeliz se vé poseida y dominada por un miedo cerval. Por tal procedimiento queda sujeta no solo por la deuda contraida desde el momento de su desembarco, sinó por el temor. No haya miedo de que rompan la cadena. El único peligro que no puede combatirse, es el encuentro con algun compatriota. El gran riesgo, está en los alemanes, los rusos, los austriacos y los húngaros, espatriados tambien. Cuando uno de ellos se presenta, y cuando la madama llega á observar que parece encapricharse con su *paisana*, apela á todos los recursos para romper tales lazos. Si es jóven y hermosa, arrebata á su pupila la conquista, entregándose á él con beneplácito y hasta por consejo del mismo *caften*.

Ignoran las desdichadas hasta las más precisas palabras del idioma, y para que algunas puedan decir se las enseñan. Es un "Manual de conversacion" exageradamente sencillo, que repiten á todos los hombres. Pronunciado así: *¿Come está? come le vá?* en lugar del *¿Wie gehts?* usado á lo sumo el primer día. Luego siéntanse al lado del recien venido y como un papagayo recitan la segunda frase: "¡Qué lindos *pijotes* tenés!" y si es elegante añaden pasando la mano por el paño de la levita. "¡Oh! lindo trague llevás vós!" Pausa. El aludido contesta lo que le parece oportuno. Tercera réplica. "Pagás un champagne, ¿querrés Oporto?" Antes de beber chocan su copa con la del prógimo y esclaman muy serias "¡Salut!" Otra pausa. Y por fin acercándose "Ven in cuarto" ó "Vamos in cuarto." Si encuentran resistencia insisten, dando otras variaciones al andante "Mi higuito, ven in cuarto, yo contar mi historia e mostrarte mi ritrato. Vamos in cuarto mi higuito." Es como un estribillo.

Y nada más. Han necesitado algunas, quince dias para aprender eso. A lo sumo aumentan la riqueza de su vocabulario con tres ó cuatro palabras indecentes que se encargan de enseñarles los mismos parroquianos.

Carne importada. Carne para la lujuria; seres con aspecto de belleza ó de gracia en quiénes todo sentimiento se estirpó, se arrancó sufriendo, digerase, de antemano una castracion violenta y en pocos casos dolorosa. Desde la dársena, desde el desembarcadero, fueron transportadas al lupanar, y el trayecto recorrido una vez, es lo único que muchas de ellas pudieron ver, de la gran ciudad americana. La vida es claustral, sin alicientes, aburrida durante el día, entreteniendo sus ocios en el juego de cartas ó en la labor de crochet. Hacen tapetes para los veladores de sus alcobas, colchas para la cama y á veces, con alguno de estos trabajos, un regalo á la madama ó al *caften* á quiénes adulan servilmente. Se visten se adornan y se perfuman, solo para esperar la llegada de la noche y con ella la de los hombres, que las desnudan.

¡Que solucion es al poco tiempo para casi todas, la enfermedad y la muerte! El sueño eterno, para ellas, que hay dias que se duermen de pié!

Si no hubiera Dios, alguien ha dicho que habría que inventarlo. Pues bien, ya es hora de creer, que háyalo ó nó, es preciso inventar otra cosa. Dios no basta.

Rodolfo Fick, multiplicaba sus prodigios. Puesto de acuerdo con dos ó tres *colegas*, todos los años hacía el pedido más caro, á los comisionados que iban á Europa. Él mismo, realizó varios viages para elegir personalmente, lo mejor que hubiese y traer algo nuevo ó estraordinario. Su casa, era ya de gran tono; además del salon de visitas para recibir al público, había otro de reserva, donde entraban de *incognito* los peces gordos. La alta banca, y la política, la aristocracia del dinero, única existente, lo más importante del comercio y de la industría, la *hig-life* bonaerense, en suma, solía pasar muy buenos ratos en aquel saloncito turco, con *las locas* del aleman, que ignoraban á veces el alto honor que se las dispensaba, y por eso los tuteaban en su chapurrado criollo "Mi higuito, lindos bijotes tenés vos! Ven in cuarto y yo contar mi historia." Y el interlocutor tenía la suya mucho más fecunda en episodios, y ligada á veces con la de la nacion misma!

Rodolfo Fick si que podía contar la de ellos y ellas. Mugeres y hombres públicos. Recibía confidencias y encargos á los que el llamaba en francés *saugrenues*. Los hacía víctimas de sus *mistificaciones*. Madama adquirió las otras dos casas inmediatas que no figuraban puestas á su nombre, para salvar en este punto la prescripcion de la

ordenanza reglamentaria municipal. Había con las tres para todas las clases sociales, para todos los precios y para todos los gustos, aún los más depravados. La ganancia era enorme.

Era preciso tener contentos á los del salon turco sobre todo. Eran los ricos y los poderosos. Tenían caprichos raros cuya difícil realizacion no compensó nunca siquiera la buena paga. Aquellos, señores, por ejemplo, manifestábanse cansados de la importacion: Rusas, alemanas, húngaras, austriacas, suizas. Pidieron algo del país, hembras que no se quedasen mudas al acabar su repertorio, ó diciendo palabras que ellos no entendian. Parecía imposible pero no lo fué. Había que buscar tales alhajas en la prostitucion clandestina. En la busconería. El aleman se propuso y obtuvo suscribir con la criolla Amparo, un verdadero tratado de alianza, algo semejante á lo que se llama en diplomacia un *modus vivendi*. Mútuamente se sacaron de apuros en más de una ocasion y en tales relaciones aprendieron á estimarse por sus cualidades estraordinarias.

Figurémonos la gratísima impresion recibida por el *caften* al ver subir en Barcelona á bordo de *El Pontifice*, á la hermosísima huérfana. Con la rapidez de concepcion que ha caracterizado á los grandes estratégicos, verdaderos repentistas en el mismo campo de batalla, con ese don maravilloso

propio del genio y que consigna la historia, desde el primer momento, el importador de mugeres, formó su plan, sin olvidar el más nimio detalle. A cada obstáculo oponía un recurso de su ingenio que lo allanara. No era fácil, y sobre todo, hubiera sido torpe y deficiente bajo el punto de vista de la especulacion, llevarla al prostíbulo desde luego. Resultábale violento. Lo estraordinario, lo anormal, la joya de fabuloso precio, lo que hasta entónces inútilmente iba buscando, estaba allí á su alcance, cierto, pero necesitaba prescindir de los apresuramientos con que siente el afan de apoderarse de un tesoro la avaricia, que esto suele ser causa de que se pierda, y era preciso además, esplotar valor tan positivo, sin desmonetizarlo.

Que dejara de estar en su poder, que realizara sus propósitos colocándose de institutriz, ó señorita de compañía, era preciso evitarlo. Buenos Aires es muy grande, pero á fé, que él conocía palmo á palmo á Buenos Aires. Y era tambien *conocido y desconocido*. Él frecuentaba sitios donde su verdadera ocupacion se ignoraba. La buena ropa, las alhajas de precio, son un disfraz. La camisa limpia y recien planchada es hoy como la coraza de fino temple, casi distintivo de los caballeros. Él era tenido por tal en muchas partes. En los restaurants de que solía ser parroquiano, habiéndolo sido con asiduidad en el co-

medor del Hotel del Globo, donde pagaba un abono para el almuerzo y lo aprovechaba frecuentemente.

Decidió pues cuanto era forzoso que ocurriera con la apariencia de la mayor naturalidad. La instalacion de Agustina, el consejo del anuncio para justificar la intervencion de la criolla Amparo... ¡oh! pero antes que nada, allí, á bordo de *El Pontifice* repasando en su memoria la lista de los *peces gordos*, de los concurrentes al salon turco, hubo de elegir al mejor comprador para su mercancía. ¡Nada de viejos! Eso vendría despues. Un gran vicioso, pero un gran vicioso lleno de salud y de vida. Entre todos, el más generoso, y el mejor era Dominguez Alvaro. Pagaría bien puesto que se trataba de la especialidad que era de su gusto. Luego, el jóven criollo, estaba en condiciones de fortuna y posicion política, para que su intervencion como protagonista de la aventura, pusiese de moda á la muger nueva entre los mismos personages con quienes llevaba trato íntimo para el negocio y para el libertinage.

Oportuno es ahora que sirva de parentesis desmentir aquella aseveracion de Don Rodolfo, en que éste se fingió ante la huérfana, sócio del elegante Club del Progreso. No habia tal cosa. Los rufianes no van al Club, lo cual no impide que vayan los sócios á casa de los rufianes.

Fué como una série de jugadas de ajedrez, tan magistralmente calculadas, que resultaba irremediable ganar la partida.

Dominguez Alvaro había dicho al *caften*, cuando este fué á verle, en el mismo día del desembarco.

—Si esa muger es como me dice, queda por mí. Traígala Amparo no más, y la veré. No se crea *ché*, que vá á *fumarme*. *Pago vencido*. Y no le doy más que dos mil pesos.

—Oro?

—Oro, al cambio del día *anterior*.

Cuando Don Rodolfo dejó á la huérfana en el prostíbulo de la calle Corrientes, llevaba ya en cartera 4,360 nacionales.

El cambio estaba á 218 %.

VIII.

Por eso se la había llevado. Dos mil duros oro desmentían la generosidad proverbial de Dominguez Alvaro en que tanto confiara. Aquello era pagar mezquinamente y en América los ricos, aún los que aparentaban serlo, acostumbraban á remunerar estas cosas con mayor esplendidez. A una perdida cualquiera de las que facilitaba la Amparo el mismo criollo había regalado más de una vez unas caravanas (1) ó una sortija de ese valor. Y un célebre empresario de compañías de opereta italiana, hombre entendido en esplotar bien este negocio, acababa de presentarse al Gobernador de una de las provincias con la coleccion de retratos de sus cómicas, solicitando una subvencion para dar funciones. Las autoridades autónomas

(1) Pendientes.

examinaron atentamente aquella solicitud fotográfica, se repartieron las cópias con arreglo al gusto con que pensaban repartirse despues los originales, y le concedieron cuarenta mil pesos de proteccion gubernamental, á cobrar de la primera emision clandestina que estaba ya en prensa, é iba á recibir el Estado federal de un momento á otro.

Se la había llevado y bien sabe Dios, lo que tuvo que violentarse, aquella mañana, dentro del coche y durante el paseo por Palermo, para no dar suelta á la tremenda ira que le dominaba, y seguir representando con su víctima, la comedia de salvador que llega tarde. Pero hay que hacer en este mundo muchas veces, de la necesidad virtud, y era preciso, absolutamente preciso no despertar ningun recelo en el ánimo de Agustina. Oh! hubiera sido terrible, que aquella muger adivinase quién era él y adonde la conducía. Considerábala muy capaz, en lo valeroso y enérgico de su carácter, de abrir la portezuela y pedir auxilio que seguramente no le hubiera faltado. ¡Y él á cárcel!

¡Nó! nó! *La criolla Amparo*, la que explotaba la prostitucion clandestina, en aquel negocio, se la había jugado de puños. De fijo que sacó la tripa de buen año gastándole á Dominguez Alvaro un platal, y aprovechando la coyuntura para

surtirse de ropa blanca y trages lo ménos por un año. Amen de las alhajillas. En suma que los dos mil pesos oro, resultaban como una limosna. Le dejaron las sobras.

Pero ya verían de lo que él era capaz. No iba á descansar hasta conseguir tenerlos á sus piés, como suele decirse. Si la española no era tonta y se dejaba guiar de sus consejos, siguiéndolos como lecciones, al pié de la letra, se prometía dominar á lo más escumbrado de los viciosos de Buenos Aires, con esta muger. A fuer de inteligente lo creía. Todo el regimiento de busconas que Amparo comandaba, aún las mejores, las que se hacían pagar hotelito y carruage, iba á quedar derrotado. ¡No supieron apreciar el brillante de primera agua, porque lo vieron sin engastar y fuera del estuche! Pues él, lo haría lucir para eclipsar á todos. Cada beso de aquella *señorita de veras*, iba á costar quinientos nacionales al que lo quisiera. ¡Que fuese dócil ella y lo veríamos!

Le tardaba llegar y le pareció que los caballos del coche, iban muy despacio, ó que el cochero daba un rodeo. El sí que no se andaría con ninguno, para desatarse ó arrancar de un tiron aquella careta de hombre honrado que le sofocaba. En cuanto llegasen, en cuanto tuviera á la huérfana á buen recaudo, dentro de

la casa, se lo diría todo. Los malos ratos pasarlos pronto; allí no temía los gritos, los llantos, ni las pataletas. Los que pudieran oirla ó presenciar esta escena estaban advertidos. Las dos casas á derecha é izquierda eran suyas. Si se hiciera preciso la encerraría. Estaba en su poder! Que vinieran á quitársela!

Su mal humor, su despecho, necesitaban desahogarse con alguien y de algun modo.

¡Oro á 218! ¡4,360 nacionales nada más! ¡Le habían tratado como á un mendigo!

Las locas, estaban todavía en sus cuartos, lavándose y arreglándose para presentarse con el aseo requerido en el comedor, á la próxima hora del almuerzo. Solo encontraron al entrar, al criado que los recibió.

—Donde está *madama*?— preguntó el aleman.

—Esperando en el salon turco.

—Vamos allá. Venga Vd., *Agustina*.

Y ni siquiera la dió el brazo. Por primera vez la llamaba por su nombre, con familiaridad estraña.

Le siguió sin recelo. Aquel primer patio de la casa adornado al estilo andaluz, que es tambien gusto americano, embaldosado de mármol, y con

grandes macetones de plantas la crugía sostenida por delgadas columnas de hierro, todo era como para no producir ninguna estrañeza, y en nada diferente de cuanto en el poco tiempo que llevaba de residencia, había visto la huérfana en Buenos Aires.

Entraron en una habitacion, adornada con profusion de espejos, en la que todos los asientos eran divanes y cogines sin respaldo. Estaban tapizadas hasta las paredes. Aquel cuarto era interior.

Dejó pasar primero á su víctima, y cerró la puerta.

Enseguida dirigiendo la palabra á una muger que se adelantó á su encuentro, dijo:

—Buen trabajo me ha costado. Pero aquí te la traigo. Mírala. Que te parece?

La *madama* contestó en idioma ininteligible para la española y se quedó examinándola fijamente.

Agustina tambien la miraba, y á medida de su observacion, sentíase sobrecogida, empezando á presentir y no queriendo dar crédito á sus presentimientos.

Y es que no engañaban, como las de Don Rodolfo, aquellas facciones ajadas por el vício, aquellos ojos de apagado brillo, en que había la espresion cínica, maliciosa, indecente, de la ramera, aquellas mejillas pintarrajeadas de colorete, la son-

risa de bacante borracha, enseñando la dentadura de un blanco amarillento; los dedos ordinariamente sobrecargados de sortijones, la bata que vestía escandalosamente escotada dejando ver marchitas turgencias, y el pelo abundante por ser postizo, y de un rubio aleonado.

Luego las palabras dichas por Don Rodolfo, el tono con que las pronunció, cambiándose en él hasta la voz, ahora no melosa sinó áspera y ruda, todo hizo que la española volviéndose enérgica hácia el aleman le preguntase:

—Que es esto? Donde me ha metido usted? Esta muger?...

La *madama* fué la que contestó; no á ella sinó á su querido, continuando en castellano lo que habia empezado á decir en aquel otro idioma estraño.

—Es una alhaja. Tenías razon.

Y luego acercándose á Agustina:

—Vamos *niña*, tranquilícese, que ha caido en buenas manos y vá á ganar dinero hasta que se canse. Desde esta misma noche.

Llevaba intento de abrazarla, de darla un beso. La jóven la rechazó, empujando con ambos brazos aquella mole asquerosa. Luego colocándose en medio de la habitacion, no se le ocurrió nada mejor que lanzar un grito en que iba expresado todo el espanto de su pobre alma; fué el instinto el que gritó:

—¡Socorro! ¡socorro!

Como un eco resonó la carcajada de Don Rodolfo. ¡Afuera la careta!

—Déjese de chillidos. Se lo aconsejo, por su bien. Son inútiles, porque no han de venir en su ayuda. En esta casa no grita nadie ni siquiera los que pueden hacerlo, que somos *ésta* y yo. ¿Que donde la he metido á usted? ¿Pues donde quería? Donde debe estar despues de lo pasado. Hay que tener juicio, hija, y conformarse, sobre todo, cuando se ha tenido la buena suerte que Vd. tiene. Ya lo acaba de oir. Ha caido en buenas manos. Déjese de *zonceras*, y á trabajar; no piense más que en lo que le aconsejan. En ganar dinero.

Y para desahogarse de una vez, (estaba gozando mucho con el terror que espresaba el rostro de su oyente):

—Ea, basta de disimulos. Sabe Vd. quien soy yo? Quien es *ésta?* (señalando á la *madama*). En donde estamos? Y por último quien es usted? Pues allá vá para que no lo ignore.

Y viendo que retrocedía la jóven, él avanzó y desde muy cerca la dijo:

—Yo soy Rodolfo Fick, el *caften*, el rufian, el *chulo* como se dice allá en su tierra, en Madrid. Esta es mi querida, una alcahueta, sabe? Está usted, y puede dar gracias por ello, en el *Qui-*

lombo (1) más acreditado de Buenos Aires y está usted en él porque es usted una...

No llegó á decirlo. La pequeña mano de Agustina cayó con increible fuerza nerviosa sobre la megilla del rufian amoratándola.

—Miserable!

A don Rodolfo le habían pegado muchos hombres: pero esta era la primera bofetada que de manos de una muger recibía. La devolvió brutalmente, á puño cerrado, y no repitió el golpe porque la madama se interpuso, y la jóven había caido, al suelo, sin conocimiento, dando un grito agudo.

Quedáronse asustados mirándola. Tenía los ojos abiertos y la mirada fija, la cabeza violentamente echada hácia atrás, el rostro lívido. Agitábase todo el cuerpo con grandes sacudidas, castañeteaban sus dientes, y sin duda se estaba mordiendo la lengua ó los lábios porque salía de ellos una espuma sanguinolenta. La respiracion era sofocada y las carótides se hallaban distendidas.

—Que bruto eres! dijo la dueña de casa, y los dos se arrodillaron junto al cuerpo. La muger se apoderó de una mano de la jóven; tenía el pulgar doblado hácia la palma, y el caften, pudo

(1) Palabra con que en lenguage vulgar se define aquí, la casa de prostitucion.

comprobar que el pulso era apenas sensible. Sudaba copiosamente.

—Por vida de la pataleta!

—Que hacemos?

—Agarrala tu de los piés, y yo la levantaré sujetándola. Entre los dos la llevaremos á la cama. Hay que acostarla. Esto no es nada, muger. Ya se le pasará. A su cuarto te digo. Vamos; pronto! Carancho!

La trasportaron así. Por el camino siguió hablando el caften.

—Hay que desnudarla y tu sola no puedes. Que venga otra y te ayude. La que esté desocupada.

—La suiza. Mr. Henri se ha marchado temprano. Como siempre.

Uno de los criados recibió órden de avisarla.

Llegaron por fin. La alcoba destinada á Agustina hallábase en el segundo patio.

Don Rodolfo se retiró apenas entró á reemplazarle, la mujer buscada.

Entre ama y *púpila*, no sin grandes trabajos despojaron á la huérfana de sus ropas. Continuaba el accidente, pero poco á poco se calmaron los síntomas, en aquel estado convulsivo. Las fuertes sacudidas nerviosas eran menos frecuentes sobreviniendo una relajacion de todos los músculos; la respiracion fué menos anhelante, la

cianosis desaparecía, y el pulso iba animándose. Dos minutos despues, se convencieron de que la accidentada, había salido de aquella violentisima crísis, pero sin recobrar el conocimiento, cayendo en un profundo sueño, alterado por estremecimientos repentinos; pronunció tres ó cuatro palabras, con la incoherencia del delirio.

—Quedese aquí, cuidandola, dijo la madama. Será preciso llamar el médico. Me parece que no vá á dar que hacer. Se pone enferma de veras.

Y fué en busca de su querido, á quien encontró en el gabinete *matrimonial*. Rodolfo Fick estaba ya tranquilo. Hasta contento. Habíase frotado bien el otro carrillo, para igualarlos de color.

—Demonio de chica! Tiene la mano dura!

Con estas palabras la recibió, y al oir sus temores por el estado de Agustina, encogióse de hombros desdeñosamente.

—Te digo que no te apures. Ya se le pasará. Y mira, todo ha sucedido mejor que yo esperaba. Es la primera vez que levanto la mano. No me pude contener. Pero no estoy arrepentido, al contrario. A una muger así, no se la puede domar de otro modo. Yá verás, yá verás. Ha sido remedio heróico. Que descanse bien. Y esta noche

la tendremos más suave que un guante... y si puede ser trabajando.

—Ya! — fué lo único que la sorpresa permitió decir á su interlocutora.

—Porqué no? cuanto antes mejor. Dejate de pensar en médicos y en boticas. que si hiciera falta, vendrían, por supuesto. Escuchame, *Tilde*.

Se llamaba Clotilde, y era en él sintoma de buen humor, esta supresion de la primera silaba.

Espuso un proyecto, como todos los suyos. Magnífico colosal. No había que andarse por las ramas. Al tronco derecho. Decididamente se había equivocado la primera vez. Los jóvenes nunca son tan generosos, para estas cosas, como los hombres ya maduros, sin ser viejos, de cierta edad. Dominguez Alvaro, se portó como era natural que lo hiciera. Y despues de todo, dos mil pesos oro, no eran despreciables. Además lo menos había gastado otro tanto con la tunanta de Amparo, sin contar los regalitos, la cuenta abierta en todas las tiendas. Para su edad, no fué tacaño, nó. Se perdió de ganar, pero se ganaba á la postre. Le serviría de leccion, por haber hecho las cosas al revés, creyendo que las hacía al derecho. Ahora lo estaba viendo. ¿Pues había mas, que cortar por lo sano y dejarse de rodeos, comedias y simplezas? Al desembarcar, no haberla enviado á ningun Hotel, sino sencilla-

mente, traersela, desde luego. Hubiera sido facilisimo convencerla de que estaría mejor y gastaría menos en una *Casa Amueblada* y fingir que lo era el *Quilombo*. ¡Ella que sabía! No soltar la presa, puesto que ya estaba agarrada. Y no fiarse, de la criolla Amparo ní de la propia sombra. A lo tuyo, tú. Esta es la fija. Y el que hubiera querido, que viniese, á buscar á la *nueva*. Nada de llevarsela á su casa nadie. En fin, ya estaba, hecho y puesto que Agustina quedaba *embretada* (1), del mal el menos. Iba á ver como se remediaba la torpeza y con creces. Que no le esperase á almorzar, porque tenía que salir en el acto. Le había echado el ojo á quien los resarciría de lo cobrado de menos, hasta con intereses. Y sin aquello de pago vencido. Por adelantado en cuanto él le esplicara las excelencias de la muchacha. Fué una fatalidad que no se le viniese á memoria en el vapor aquel apellido y si el de Dominguez Alvaro.

—Ya sé quien es! — esclamó con júbilo la *madama*.—Oh! si lo consigues!

—No te quepa duda, Tilde. Desde esta mañana no pienso en otra cosa. ¡Aquí vá á correr el oro.

Se abrazaron enternecidos por la alegre esperanza del cuantioso lucro.

(1) Puesta en el brete, locucion figurada, cuyo sentido es fácil comprender.

¡¡¡El doctor X!!!

Todavía, ya con el sombrero puesto, Rodolfo Fick se detuvo, complaciendose en recordar con Tilde detalles que los dos sabían de la vida pública y privada de aquel personage.

¡Oh! que hermosísimo ejemplar del cosmopolitismo, era aquel individuo, en quien pareció haber tomado carne desde el nacer la célebre máxima *ubi bene ibi pátria*, modificacion del adagio romano, *ubi jus, ibi patria*, y exacta analogía del español refran *no con quien naces, sino con quien paces!* De nacionalidad tan confusa y disfuminada de propósito por él mismo, que unos lo tenían por brasileño, por paraguayo otros, no faltando quien asegurase, que era de la parte norte del continente Sud-americano. Y lo que todos supieron á la postre fué que se había nacionalizado por dinero.

Contábase, como allá, en los comienzos del desbarajuste argentino, el gobernador de una provincia, necesitaba un hombre, y lo andaba buscando, llevado en estas pesquisas de fundamentos filosóficos opuestos á los que hicieron que Diógenes no lo encontrara. En la localidad misma estaba residiendo con título revalidado por Córdoba, un doctor, de quien no contaba la fama buenas cosas, y entre ellas la única mala para el sujeto en cuestion, que resultaba honrosísima para los

provincianos, consistía en que apesar de sus ofertas de servicios para la defensa de causas reprobadas, y no obstante la *manga ancha* de que hacía alarde en este punto, al par que el cinismo con que si le pagaban bien hubiera sido capaz de presentar un escrito de acusación por calumnia en nombre y como apoderado de cualquier estafador, el abierto bufete, no lograba adquirir clientela ni siquiera la del delito que procuró convertir en su especialidad.

Necesitaba, pues, el gobernador citado colocar al frente de un establecimiento de crédito de cuyas cajas se disponía para hacer política de caudillage, á un sujeto capaz de autorizar todas estas sustracciones de dinero y que al mismo tiempo le saliera barato. Pensó en el nacionalizado y este llamado al despacho de la autoridad federal, aceptó y espuso planes financieros, que al político hubieron de sorprender, en grado sumo. Valía más, muchísimo más que su reputacion, el bueno del doctor X. Era un genio del embrolio. Una adquisicion preciosa. Sin gradaciones, de testaferro asalariado pasó á ser sócio.

Encargado el Doctor de la Presidencia del Directorio, del Banco hizo subir la emision que era de cuarenta millones á ciento ochenta, distribuyéndose esta suma, en préstamos sobre propiedades, en los ordinarios de la Provincia, y en descuentos

que *se daban* á los amigos buscando todas las vueltas á las leyes dentro de sus mismos artículados y aún apoyándose en ellos. La ley de egidos las mismas tierras fiscales, los préstamos al Gobierno, todo sirvió de excelente troquel para fabricar moneda. Cinco años despues el doctor X. abandonaba el barco que se hundía, robando la carga y viniendo con su botin á establecerse en Buenos Aires, para ser,.... una de las fortunas más *saneadas* (tal es la locucion) y positiva *influencia* para toda clase de asuntos en aquella monumental mesa de treinta y cuarenta á que por entónces se parecía con los verdes cuadros de sus jardinillos, la Plaza que se estiende desde las desembocaduras de las calles Victoria y Rivadavia, hasta la fachada *rócocó* de la casa de Gobierno.

El que á los cuarenta no es rico, borrico y él pudo contar millones, el mismo día en que cumpliera la edad fijada por el adagio. Cuarenta años pasados en la más atroz de las miserias, que no es la del hombre de bien, sinó la del malvado, bien necesitaban una brillante compensacion.

Lejos, muy lejos pudo ver entónces, los comienzos de su vida y aún sonreir al recordarlos, La revancha que iba á tomar sería completa. ¿Era como algunos suponian, un indio manso del Paraguay nacido en un rancho, un brasileño del

tiempo de los esclavos y de los amos, ó un fugado por delitos comunes de la aristocrática república de Chile? ¡Que importaba! En aquellos momentos de su triunfo era el vencedor. *¡Væ victis!* El carro triunfal de que había tirado todos los dias, acababa de comprarlo y era suyo, y se prometía no enganchar sinó uncir en él á los mismos que tuvo que pasear tantas veces por la vía Apia. Él á las gradas del circo, los patricios á la arena y desdichado del gladiador herido por su compañero porque, el fatal *police-verso*, no dejaría nunca de ser la sentencia de muerte hecha por la mano del nacionalizado! Él, no era César, nó, pero en cuanto de su intimidad con Augusto dependiera, habría de aconsejarle, la dictadura, la usurpacion de todos los poderes, la coaccion suprimiendo la libertad, la inmoralidad pública y privada, el desprestigio de aquella nacion estraña donde se había refugiado, huyendo de la suya, por lo que no sabía ahora cual de las dos odiaba más, si la propia por las persecuciones en ella sufridas ó la hospitalaria por los beneficios recibidos.

Su vida fué la del fausto que afrenta á los hombres honrados como una bofetada. Ese lujo de los malvados que han sabido eludir el Código, y que se llama insolente. Daba el dinero á sus amigos, exigiendo que no se lo devolvieran, porque

él no quería hacer favores como el del préstamo sinó que gozaba humillándolos con una limosna. Era brutal y grosero, por haber aprendido como las que mejor le complacian, estas maneras en el trato. Resarcíase así, de una vida entera pasada en hacer genuflexiones ante los poderosos y estudiando para fingir la más estremada urbanidad en modales y palabras. Los que tuvieron que estar bajo su dependencia, temblaban. Se empeñó en que nadie alardease de poder tratarle de igual á igual, y hasta los que estaban muy alto en la escala social, tuvieron que hacer ante su caja de valores alguna bajeza.

Era un rencor á la humanidad llevado hasta el ensañamiento. Un hombre que tenía cuentas á cobrar y muy atrasadas, con todo y con todos. ¡Implacable! Un Montecristo más canalla, que el ideado por Alejandro Dumas. Más de carne y hueso tambien. Cobarde, y en su cobardia amedrentaba por adivinársele capaz de pagar á buen precio un asesinato. Los más valientes no contestaron por esto á sus insultos.

La primera vez que aquel hombre, estuvo en una *farra* de *peces gordos*, con las infelices *locas* de Don Rodolfo, ellas quedaron tan aterradas como los mismos amigos, que le acompañaban. Él convidaba, y aquella noche se cerró la puerta á todos los parroquianos. Fué la ganancia enorme, pero tam-

bien á los pocos días resultó muerta una prostituta, la más jóven y la más hermosa. Inmediatamente despues de opípara cena la obligó á desnudarse, allí, delante de todos, metiéndola en un baño, que antes hizo llenar de *champagne* helado hasta los bordes. Túvola soportando aquella inmersion un cuarto de hora. Y cuantas bromas ideó en esta y en otras orgías, eran de igual género. Tambien estaban en su venganza incluidas las mugeres, á las que no perdonaba el sátiro sin duda, los desdenes con que rechazaron siempre su asquerosa lujuria, cuando él iba por el mundo hecho un panza altrote de levita; jamás se le ocurrió pedir caricia que no fuese indigna y degradante, aún para las que tenían por costumbre, prestarse á las mayores indecencias de los depravados. Lanzábase frenético á todos los placeres, su sensualismo ya sin trabas, y obligaba á que lo siguieran los que tenían el suyo, no solo satisfecho, sinó hastiado. Luego, de aquellos mismos que fueron testigos de su rebajamiento y excesos, exigía en público gran respeto y saludos exagerados hasta la humillacion. Protector de artistas y escritores, llamaba á los pintores *pintamonas*, á los literatos *caga-tintas* y *copleros* á los poetas.

Este personage estaba destinado en los proyectos de Rodolfo Fick y de Tilde, á ser el sucesor de Dominguez Alvaro.

El aleman contando con la aprobación de su querida, bajaba á poco rato por la calle de Corrientes.

Era el día, para él, de muchas ocupaciones, y ver al doctor X la primera, aunque no la principal de todas.

Agustina deliraba, sumida en sueño letárgico.

Sarah, la suiza, sentada en una butaca, junto al lecho, miraba impresionada aquel rostro pálido y alterado por el accidente, y á medida de su observacion recordaba haber visto otra vez las hermosas facciones. Donde? No lo sabía. Pero indudablemente éranle conocidas.

Se levantó y acercándose puso la mano en la frente de la enferma. Ardía la piel y estaba sudando copiosamente. La respiracion era anhelosa y entrecortada. Por entre los cerrados párpados se deslizaban lágrimas. Lloraba durmiendo.

—*Padre!... Padre mio!* — balbuceaba unas veces y otras *¡Pepe!* con estraño acento de terror ó de ternura.

—¡Infeliz!—esclamó Sarah. Con su pañuelo engujóla el sudor y la pobre niña pareció como que se lo agradecía exhalando un debil suspiro.

Sentóse de nuevo. Madama no volvía. ¿Tar-

daría mucho? El Señor Rodolfo llevaba unos cuantos días de mal humor. Ninguna de ellas debía tener la culpa, y ella menos que ninguna. Es verdad que solo se entregaba á un hombre. Pero este pagaba bien y para la casa el resultado venía á ser mejor porque era una ganancia fija. Que el convenio fuese excelente, conocíalo Sarah en las atenciones de que hacían objeto á Mr. Henri su querido y á ella misma. Bien hubieran deseado que le hiciese alguna infidelidad, cuando él no estaba, y hasta llegaron á indicárselo, no directamente, sinó por medio de una de las compañeras, una tal Matréna, de Moscou, una grandullona, de la que se decía que era prostituta, no por voluntad sinó por obediencia. La suponían esclava y es preciso añadir que *madama*, era tenida por rusa judía dentro de la casa.

Cierto que hubiera podido seguir aquellos consejos y ganar más. Pero tambien era mayor trabajo, y volver á las andadas; demasiado recordaba su vida de prostitucion europea. Desde la edad de quince años, despues de una violacion brutal, no había sido más que la bestia de carga en aquel oficio, que daba placer á los hombres, á las alcahuetas provecho, no dejando para ella nada más que el cansancio y la pérdida de la salud. Por primera vez tenía suerte. Aquel jóven francés parecía un buen hombre diciéndola cosas que no entendía

pero que ninguno la dijo nunca y que debían ser muy bonitas. Á veces y esto fué para Sarah, lo más sorprendente, llegaba hasta compadecerla. Un dia le preguntó porqué y él no quiso decírselo, y fué tan tonta que al pensar ahora en esto, sin saber como se la saltaban las lágrimas. ¿Le quería? *¿Le amaba*, vamos, puesto que esto era el verbo que la enseñaron á conjugar? ¿Y como saberlo? ¡Imposible! ¡Pues si ella jamás pudo adivinar lo que era cariño, ni lo que es uno que quiere y mucho menos una que es querida! Amar! Ser amado! El amor era una cosa que se sentía? Que se hacía? Que era *sentir? Hacer* ya sabía ella como,.... *por desgracia?* ¡Bueno! Ahora la daba por remplazar á Mr. Henri en la compasion, apiadándose de sí misma. *Por desgracia*, había dicho con el pensamiento. ¡Valiente tontuna!... ¡nó! *zonzerra* ó *sonserra*, segun las lecciones de palabras americanas que recibió de Don Rodolfo. ¡Desgraciada, como todas! Por ley natural, naturalísima, pasaba cuanto estaba pasando. No podía quejarse; siquiera hallábase de salud como una manzana, con buen apetito y sin un dolor de cabeza. No como aquella infeliz á quien estaba cuidando ahora, y que seguía llamando en el delirio á su padre y á ese *Pepe* que tal vez fuera su novio del pueblo. ¡Pobre! En buena vida se había metido!

Volvió á levantarse; otra vez tocó el rostro de

la enferma. ¡Abrasaba! Seguía el sudor lo mismo. Se lo limpió de nuevo. ¡Válgame Dios! Iría á morirse *la nueva?* Y aquella cara? ¡Estaba segura de haberla visto varias veces! ¡Que memoria la suya!

Abrióse la puerta y volvió la cabeza.

—Como sigue?

Era *Madama Clotilde.*

—Lo mismo! Yo creo que peor! Está muy mala!

La *señora* se acercó presurosa. Vió las facciones desencajadas.

—Tiene calentura?—preguntó sin atreverse á tocarla.

—Muchísima y suda.

—Eso de sudar es bueno. Vea usted los piés.

Sarah, obediente, metió el brazo por debajo de las sábanas.

—¡Ay! *madame.* ¡Están frios como la nieve!

Los lábios de Agustina se movieron.

—*Padre!... padre!... Un beso!... El de todas las noches!... á dormir!!... ¡que bueno... es!*

—Delira!

—No cesa, si señora.

Las dos mugeres se miraron. La querida del *caften*, pareció indecisa.

Sarah, se atrevió á preguntar.

—Vendrá pronto el médico?

Sí! Sí. Era necesario. Aunque Rodolfo se enfadara. Tal vez el médico, con cualquier remedio la pondría buena.

—Voy á que le avisen. Quédese á cuidarla si no la molesta.

—Oh! madame. Al contrario Yo nada tengo que hacer hasta....

—Sí, ya sé. Hasta la tarde. Cuando venga Mr. Henri se la avisará.

Dijérase que Sarah, se turbó. No se sabe. Lo cierto es que bajó los ojos. "¿Se iba volviendo tonta? ¡Cosa más ridícula!"

Clotilde añadió, ya desde afuera.

—Ahora la mandaré el almuerzo, á ménos que prefiera venir al comedor.

—Nó, aquí me quedo. Mándeme cualquier cosa. Un poco de carne y pan.

Ya estaba de espaldas á la puerta, arreglando las sábanas, porque la pareció que la enferma había hecho un movimiento para desabrigarse. ¡No fuera á cortársele el sudor y sería malo!

Era la misma prostituta que disfrazada de aldeana suiza, importó Rodolfo Fick y que venía con otras tres compañeras á bordo de *El Pontifice.* La misma de quien hubo de enamorarse el comisionista de la gran fábrica de tejidos, y cuya aventura estuvo á punto de costarle un desafío con el más servicial y caballeresco de los pasageros de 1ª clase.

Quedó el asunto, que *de honor* parecía, resuelto satisfactoriamente por el aleman, gran conocedor de los hombres y sobre todo acaparador de enamorados dispuestos á gastar, lo que sea debido, en obsequio de su pasion y para satisfacerla. Juzgó en aquella ocasión, de Mr. Henri, con tal acierto, considerándolo como esplotable que sin vacilaciones, le contó, el mismo día del incidente quien era la Aldonza que él tomara por Dulcinea, y por que facilísimos caminos, podía encontrar correspondido su amoroso fuego. Allí estaba él, Mercurio galante, dispuesto á estipular el contrato de venta, alquiler, ó traspaso, sin oponer dificultades que no pudiera allanar el dinero.

Que con estas revelaciones, recibieron recia embestida las altas torres del palacio donde había supuesto Mr. Henri que en tierra moraba su princesa de á proa, no hay para que decirlo. Pero, el comisionista, apesar de sus románticas aficiones, no era inclinado á despreciar como ya sabemos, lo humano que es propio del hombre, huyendo por demasias de casta condicion de las que llamó el poeta "impurezas de la realidad," sobre todo cuando estas impurezas eran como las de la suiza, muy blancas y muy rubias y estaban bien de carnes, estremidades y tronco.

Puesto que decididamente, en aquel malhadado

viage, la fortuna no le favorecía en cuestion amorosa, á mal tiempo buena cara, aceptar lo único que se presentaba, y cerrar trato con el rufian, porque eso sí, él no quería ser uno de tantos, que para tal cosa no necesitaba los buenos oficios del señor y dueño. Aquella mujer, aún siendo lo que el aleman declaró, habíale impresionado, y la necesitaba sin dar ninguna participacion en los beneficios. ¡Oh! si hubiera ocurrido el suceso en el viage de vuelta, este problema, tenía facilísima resolucion. "¿Cuanto es?„ — "Tanto„ — "Tome usted„, pero no le era posible á la ida, hacer aquel desembolso de mil pesos oro que Rodolfo Fick le pedía como reintegro de los gastos de importacion de Sarah, y para su cesion absoluta. Se los iría dando por mensualidades; aparte de dicha suma, lo que importase la manutencion vestidos y vivienda de Sarah en todo este tiempo. Item más, que pusiera á los mil pesos intereses de demora.

Claro está que Rodolfo Fick aceptó las claúsulas de tal convenio. Sarah estaría en su poder hasta la liquidación total del crédito, como prenda pretoria, y Mr. Henri no pidió garantías para el usufructo esclusivo. En los negocios hay que dejar algo á la buena fé de las partes contratantes.

Y sucedió que aquello, hecho así, á los siete dias vió el hacedor que era bueno. Él que hasta en-

tónces buscara con inútil afan, en todas sus salidas, y en materia de aventuras amorosas, el drama de capa y espada como queda dicho, halló lo prosaico y si se quiere groseramente humano de su amorio con una hembra de alquiler ó comprada á plazos, agradable primero, luego encantador y por último interesante. Cierto que confundió un Rubens con un Murillo, segun queda escrito, pero despues de todo, las vírgenes del pintor sevillano, aunque son delgadas no parecen tener huesos, y las rollizas y mofletudas mugeres del flamenco, si bien suelen ser algo barrigonas son de carnes apretadas, pisan la tierra con sólida planta y tienen nervios, sangre, fibra y los huesos endurecidos por la vida. *¡Ah!* — esclamaba Mr. Henri, mirando á Sarah por las noches—*quelle gaillarde!*

De esto al amor, no se sabe si hay siquiera la distancia de un paso. Lo que no se ignora es que las raices prenden con fuerza, cuando es el instinto el que las hunde en la carne, y véase como en este romántico de la vida sedentaria de los mostradores, ocurrió el mismo fenómeno de transformacion radicalísima, de que todos los romanticismos han dado muestra, desde antes de Espronceda hasta nuestros dias. Pues sí. Llegó á enamorarse de aquella muger de todo el mundo, y ella de él desde que solo fué hembra suya. Razones? Ninguna y todas las que se quieran ¡Vaya

que es bueno! ¡Buscar filosofias que demuestren como se besa y se abraza sin sentir hasta que llega un día en que se siente ya, sin necesidad del abrazo y del beso como escitantes! Quien á Sarah se lo preguntase, recibiría por respuesta un "Porque sí„ de los más axiomáticos. En cuanto á Mr. Henri, había dejado de leer el " Werther „. Ahora en sus soliloquios en lugar de pensar en *Carlota*, llamaba á *Manon* á gritos. Y prefería dialogar con ella.

Llegó á sentir cierto orgullo viéndola estremecerse con una caricia suya, y oyéndola decir con emocion algunas palabras que antes solo aprendió á pronunciar, como esta por ejemplo. "Si, te quiero. ¡De veras!" Era su obra. ¿Un milagro? Nó. Un hecho.

¡Et voila tout!

IX.

Pues aunque parezca mentira, no vino el médico hasta que hubieron pasado dos horas desde que se le envió el primer aviso. Y fueron tres los que recibió. Pero á la primera vez, no estaba en casa; á la segunda sí, aunque almorzando, y á la tercera contestó que iría y que no le *amolasen* más (dijo otro verbo) porque, hasta que tomara el último sorbo de su taza de café que ya estaba hecho, por mucho apuro que hubiese, la enferma podía esperar. "¡Pues hombre, para unas tias!..."

No era el médico *oficial* de la casa digámoslo así; el de los reconocimientos y visitas que ordena la Municipalidad. La madama tuvo sus razones para no llamarlo entónces. Ignoraba si Rodolfo, había cumplido antes con todos los requisitos que establece la ley para la admision de la nueva

prostituta. Hasta presumía que ni siquiera estaba retratada.

Acudió por tanto al médico *privado*. Uno que tenía ella para los casos estraordinarios. ¡Y qué hombre, Dios poderoso!

En asuntos patológicos *se andaba* allá por los libros de treinta años há. Aun aceptaba la sangría como cosa muy necesaria.

—Que es lo que tiene esta *perdida*—fueron las primeras palabras que pronunció al entrar en el cuarto, dirigiéndose en línea recta hácia la cama, destapando á la paciente con brusco ademan y agarrándola de un brazo, de manera tal que más parecía llevar intentos de sacarla del lecho de un tiron que de darlo solo para apoderarse de la muñeca y tomar el pulso.

En su leal saber y entender, esta manera de tratar á los enfermos, no les hacía *ni fó ni fá*, y en cambio debería producir en los espectadores, que se quedaban siempre estupefactos por la brutal accion, una altísima idea de su práctica consumada.

Sobre poco más ó ménos, á él le había sucedido lo propio, con un sombrerero, una vez que se le abolló la *galera*. Con todo miramiento y cuidado para no aumentar el deterioro entregó la estimada prenda al maestro para que la planchara, y fué el hombre y que hizo, se apoderó del sombrero de copa y *¡¡paf!!* lo tiró contra la pared

riéndose del espanto de su cliente y diciéndole: "Dentro de dos minutos estará como nuevo. No se le conocerá ni el apabullo que Vd. le dió, ni los que acaba de recibir. Aquí tratamos así á las *galeras*."

—He preguntado lo que tiene! — repitió con acento que tambien apabullaba.

—Calentura — dijeron á duo Sarah y la madama.

—*Pirexia* — enmendó, mirando su cronómetro sin pestañear, casi admirándolo como alhaja.

Las dos mugeres bajaron la cabeza.

Luego, como quien reza, continuó el Galeno:

—Calor general intenso, vibracion en las arterias, pulso frecuente lleno y duro, piel turgente y colorada, tiene los ojos cerrados...

—Es que duerme! — se atrevió á decir Sarah.

Y él sin hacerla caso, añadió:

—Pero de fijo habrá brillo en las pupilas.

Recogióse, fingiendo ensimismamiento.

—Synochus imputris de Galeno: sinoca de Sauvages y Cullen: angiocarditis de Bouillaud. Fiebre inflamatoria. Veremos si es *efemera*, efemera prolongada ó angioténica.

Quedaron anonadadas.

Otra pregunta:

—Como ha sido esto?

—Yo no sé Don Ambrosio. La dió un ataque como de nérvios, y ahí la tiene usted.

-Y porqué no me llamaron enseguida?
-Cuando?
-Cuando lo del ataque? Hum! Eso ya varía especie... y como no sabemos si ha sido eptiforme, digo epiléptico. La dán á menudo?
-Pues ahí está—contestó Tilde apurada—que otras tampoco sabemos eso. Es nueva.
Caramboles! Pues apenas...
Otra pausa. Otra meditacion.
La enferma acababa de abrir los ojos y miraba á tres con fijeza estraña. Hizo un movimiento.
—Vamos, *niña,* quieta. Eso no es nada. Voy recetar.
Y *aquella perdida* obedeció.
Recetar! Otro médico hubiera tratado de descubrir en el organismo alguna lesion que le esplicara uella fiebre estraña, ó hubiera esperado acaso manifestacion eruptiva. ¿Era tifoidea? Tampoco metió en averiguarlo. Nada hay más difícil de gnosticar en la ciencia; lo febríl en su naturaa íntima, sigue siendo lo desconocido. Se está bre poco más ó ménos tan adelantado en este nto como Hipocrates que juzgaba de la fiebre por calor del cuerpo. Se aprecia con el termómetro, saben, la desnutricion que produce, las pérdidas gánicas que suscita en los tegidos, el aumento la urea, del ácido carbónico y tres ó cuatro sas por este estilo.

En Agustina era indudablemente una complicacion de la irritacion de los centros nerviosos. ¿Cómo estaba relacionada con estos?

—Nada, nada. Fiebre *efemera* — dijo Don Ambrosio. — Poca cosa. Esta misma tarde podría levantarse... pero es mejor que no lo haga.

É hizo el diagnóstico.

—Esto ha venido de repente. Hay cefalalgía pero no hay vértigos, ni atontamiento. La cara está vultuosa y animada. Hubo es cierto un poco de delirio, pero esto fué por lo otro, por el ataque, que bien puede haber sido principio de epilepsia. No volverá á delirar. Pronóstico que no tendremos epístasis, ni erupcion luego. Una calenturilla de tres al cuarto, muchacha.

—Y que se hace? — preguntó Sarah.

—Que se ha de hacer? Que siga acostada y que haya poca luz para que no la moleste. Dieta absoluta; si quiere beber, mucha naranjada ó el agua endulzada con jarabe de corteza de cidra. Si se queja mucho de la cefalalgía que tome unos pedilúbios con ceniza ó con sal comun ó con harina de mostaza. Y como la fiebre siga muy fuerte la mandaremos hacer una sangría del brazo de ocho á diez onzas. Y no estará demás que en cada vaso de agua que beba se le añadan diez ó doce granos de nitrato de potasa. Voy á dejárselo escrito para que lo entiendan, ¡só torpes!

—Mejor será.

Y el *doctor* salió, siguiéndole Tilde, muy intimidada por tanta sabiduría Aquello del nitrato de potasa, había acabado de confundirla. ¡Nitrato! ¡Qué nombre!

Al salir dijo:

—Estoy seguro, segurísimo. Lo único que me intriga es ese ataque. ¿Será epilepsia, histeria ó síncope sencillamente?

La causa *ocasional* como diría Don Ambrosio, había sido la cólera inmensa, esperimentada en el salon turco, ante la palabra que no llegó á poder pronunciar Rodolfo Fick, y luego el puñetazo del rufian. ¡Dios mio! ¿quien ha dicho que no se mata más que con las armas? Con la palabra ó con un golpe que no produzca lesion alguna, hay muchas gentes que mueren como de muerte violenta!

Sarah y Agustina estaban de nuevo solas. Y ahora la enferma había recobrado el conocimiento. Pero no quería hablar. Ni siquiera mirar hácia el sitio donde *la otra* con sus cabellos de color de cáñamo, su cutis lechoso y sus ojazos de un azul tan pálido como el de los cielos del Norte, se estaba muy quieta y mirándola, ¡mirándola! con dos espresiones bien manifiestas, la de la curiosidad que iba siendo la menor, y la de una piedad sin límites.

Bastante tenía con sus pensamientos la pobre *Caperuzita Roja,* que estaba ya por culpas de su buen corazon y de su escesiva confianza, sintiendo como se la comía el lobo, y la apretaba como para ahogarla contra su peludo cuerpo.

En horas, ¡que lejos hallábase y que en la altura parecía, aquel daño primero de su deshonra, mirado ahora desde aquel pozo fangoso en que de un empujon y hasta pegándola acababan de tirarla.! ¡No deliraba nó! ¡Negrura cierta y tinieblas positivas la rodeaban! Aquel médico si fuera hombre capaz de enternecerse, cuanto bien la haría, recetando algun veneno muy fuerte! Oh! dicha inmensa! Ir desde allí, desde aquella sima tan honda en que todo era nausea para el espíritu, en ascension incorporea, subiendo muy de prisa, de un prodigioso salto, como globo á quien cortan las amarras, allá, por encima de las nubes, más alto que el sol, más léjos que las últimas nebulosas, al lugar donde todos se arrodillan, donde solo se oye ruido de alas en el constante volar de los querubes, allá, donde están los Tronos y las Dominaciones, y Aquel á quien celebra el glorioso coro de los Apostoles, alaba el triunfante ejército de los Mártires y de cuya magestad y gloria están llenos los cielos y la tierra!

Llegar bañada en luz eterna, víctima purificada solo por haberlo sido de tan impuros sacrificios, y gritar "¡Padre, Padre mio, aquí me tienes!" gritándolo, con las alegrías infinitas de los que se reunen despues de una separacion que juzgaron larga, gritárselo, no á Dios, sinó á su padre verdadero, que allí, en el cielo estaría... y que el Eterno en su inacabable bondad la perdonara, si adorándole como buena cristiana, la pobre alma de la huérfana le posponía así, puesto que con tanta urgencia necesitaba fundirse en aquel abrazo filial, último pero inestinguible resto de los lazos de la carne, y acaso el único que se lleva al cielo, porque no debe estorbar para subir. ¡Hay tantas golondrinas volando con cintas atadas por el amor!

—¡Padre de mi alma!—sollozó en voz alta, la enferma.

La otra, Sarah, ni se movió siquiera.

¡Ilusiones! ¡No la envenenarían, nó! ¡Aquel médico había dicho que era ¿como dijo? ¡ah! sí! *efemero* ó efímero, lo que tenía. ¡Iba á curarla! ¡Bah! Con no tomar las medicinas, ya le daría ella enfermedad efimera para rato. ¡Borrico! ¿Donde tuvo los ojos aquel hombre, que no leyó en los de la huérfana la única súplica que había en ellos? "Déjeme Vd. morir" ¡Y él echando por aquella boca, jarabe de corteza de cidra, harina de mostaza y sal común.! ¡Con que es decir que la infamia de Pepe Roca ó Dominguez Alvaro, ó demonios, la violacion brutal y el secuestro en una casa de mujerzuelas, y el insulto de Don Rodolfo y el puñetazo, y todo este horror de horrores, eran cosa efímera? ¡Querían que perdiese la razon, para seguir prostituyéndola mejor cuando estuviera loca? ¿Pero que había pasado en el mundo, desde que se quedó ella sin padre? ¡Habían nacido monstruos!

Y estaba segura de que iba á volver á delirar. ¡Tenía un calor!..... y una sed!..... por beber no se curaría!.....

—Agua!....—dijo.

Sarah se levantó presurosa. Acercóse, á un velador, y llenó un vaso.

Temblandole este en la mano, se lo ofreció.

Agustina incorporada, al levantar pausadamente la cabeza para ir bebiendo, no pudo esquivar que sus miradas se fijasen en el rostro de la enfermera.

Los ojazos azules brillaban muchísimo y por la carne blanca y mucha de los dos que puedo llamar mofletes, vió la huérfana gotas clarísimas que resbalaban blandamente.

—Llora usted?.... ¡usted llora!

—Me dá usted mucha pena!... — contestó Sarah.

Sacó un pañuelo y haciendo estrepitoso ruido, se sonó los mocos. Luego añadió con acento convencidísimo.

—Es que soy tonta!... desde hace poco! No me haga caso.

¡Tan tonta que al inclinarse para coger el vaso vacío, que ya no se cuidaba Agustina de devolver, cayó de bruces sobre la cama abrazándose á las piernas de la paciente por encima de las ropas.

—¡Pobre!... ¡Pobre!... —gemía en un castellano que era chirrido fuerte, al pasar la erre por la garganta.

Un abrazo, sí! Apretando muy poco, con timidez, como si se quisiera dominar de esta conmovedora espansion.

La hija del coronel Cebrian, reunió sus fuerzas y cogiendo con ambas manos la cabeza color de cáñamo, hízola levantar, la miró frente á frente, con sorpresa inaudita, inenarrable.

—Me compadece usted?

—Es que soy tonta... ya lo he dicho — repitió Sarah.

¡Que gesto tan cómico era el de la piedad en aquella cara de grandullona! Cerraba los párpados á medias, se llenaban nó de arrugas, sinó de oyuelos, todas las redondeces, y la boca formaba trompa, como cuando, de las de los chiquillos, se dice *que hacen pucheros*.

—Es que es usted buena! enmendó la otra enternecida á tal punto que echó de menos de pronto todos sus ascos de señorita.

Y atrayendo hácia sí, el mofletudo rostro que trataba de resistirse:

—Deme usted un beso!...

Pues se lo dieron las dos, y Agustina fué la que dijo:

—Gracias!... me ha hecho mucho bien esto!

Enseguida, se volvió para estar tendida de medio lado, y como así, quedaba sitio:

—Siéntese Vd. aquí. En la cama. Hablemos.

—No le hará daño hablar?

—Nó. Al contrario.

La miró con una curiosidad llena de asombro.

—Y usted es una de las... que viven en esta casa.

—Si. Soy Sarah.

—Cuénteme eso.

—El que?

Agustina hizo una pausa. Luego dijo:

—Como ha venido Vd. aquí. Háble me en francés si le es más fácil. Yo lo hablo.

—Y yo! — contestó con alegría la suiza. — *¡Vive la France!*

No hubo necesidad de mejor comienzo para el relato. Sarah contó, no lo que Agustina quería saber, ó sea las hazañas suyas de Europa, hasta

el momento de la presentacion de Don Rodolfo, en *la casa* de allá, y su viage con el importador de mugeres. Nada de esto. Contó únicamente sus amores con Mr. Henri, con el romántico arrepentido, y claro está, que no esplicaba ella lo que ocurría entre ambos, por medio de esa palabra "amor" que era la que mejor esplicacion hubiera dado de todo. No señor. Sarah se espresaba de este modo: Traduzco al castellano.

—Mr. Henri parecía muy bueno. No la pegaba. Y no era un cochino. Al contrario. Una persona decente, lo que se llama un caballero de veras. Tenía muy buenas ocurrencias, estaba siempre contento y la hacía reir. Luego se portaba con una generosidad increible. Al principio, cuando la dijo aquello de que le tenía encaprichado y había arreglado con la madama y el caften, la manera de que ella, saliese pronto de allí, pagando su deuda, la verdad, no lo creyó. ¡Tantos dijeron que iban á hacer lo mismo y se quedaba todo á la postre en agua de cerrajas! Pues esta vez era cierto. Madame Clotilde se lo repitió. Pagaba para que nadie más que él la pudiera tener. Así es que estaba llevando por fin, una vida descansada, buena; á veces esto se la antojaba un sueño. Era una delicia ser de uno solo, y no andar de unos en otros rodando como pelota. No era estraño que las demás la envidiaran. ¡Estaba tan rica-

mente.! ¿Quien había de decírselo á ella, ni como pudiera haber imaginado semejante fortuna, aquel día en que Mr. Henri, acercándose á proa, empezó á hacerla guiños á bordo de *El Pontífice*? En suma, que había *cobrado aficion*, á su hombre.

—Como? Usted vino en ese vapor? En *El Pontifice?*

—Si. Veníamos cuatro con *Monsieur Rodolphe.*

—Yo tambien.

Esto bastó para que Sarah la reconociese. Ya decía ella. ¡Es verdad! Acordábase ahora perfectamente de la pobre señorita enlutada, que interesaba tanto á todo el pasage.

Y saltando de la cama con presteza:

—¡Pero usted no es lo que yo soy.! ¿Cómo está usted aquí?

En muy pocas palabras pensaba contárselo Agustina, pero no fué posible.

La madama entró, con un jarro de agua de naranja, y encarándose con la suiza.

—Mr. Henri la espera. Vaya usted, que yo me quedaré — dijo.

Sarah y Agustina se miraron.

—Vaya usted, si — esclamó la enferma y luego con tono decidido: — En cuanto á mi prefiero estar sola. Si algo necesito llamaré.

Tilde la miró con cierta sonrisilla y encogiéndose de hombros dejó la naranjada sobre el már-

mol de la mesa de noche y salió detrás de su *pupila*.

Mr. Henri efectivamente, estaba allí. Estaba *in cuarto*, esperándola. Entró Sarah y se dieron un par de sonoros besos. Sobre la cama había dejado el comisionista viajante la bonita caja de caoba, que contenía el muestruario. El dia fué de suerte para las ventas. Había colocado un *drapé*, de 103/105 de ancho, á francos 1,95 el metro, alta novedad de Elbeuf para caballeros; dejaba toda la existencia: además cincuenta piezas de paño edredon de Sedan, clase superior para sobretodos, ancho 351/140, á francos 10,50 el metro; luego para señoras, buenas vicuñas lisas en todos colores, lanillas, y pekin, fulares de la India, paños brochados y sedas *matelassées*. Quince días de igual éxito y terminaba su negocio, ganándose en la cuenta de comision cerca de 50,000 (cincuenta mil) francos. Pues en las compras, los cueros lanares tenían ventajosísimos precios. Á pesos, 0,80 y 0,85 el kilo se estaban vendiendo, y él tenía órden de adquirir hasta á pesos 1. Acababa de quedarse con 798 atados que entraron aquella mañana al mercado Constitucion y con 86 que había en el Once de Setiembre.

—Hay novedades—interrumpiole Sarah.

Entónces hubo de notar, que la buena moza, estaba pensativa y tenía los ojos como de haber llorado. Inquieto la preguntó. ¿Algun disgusto? Y quien se atrevía? ¡Pues que tuvieran entendido que él iba cansándose de aquella vida, y si lo apuraban mucho haría una de las suyas!

—No!

—No es eso? No te han reñido? No has tenido ninguna disputa? Pues que ocurre?

Entónces Sarah refirió, como estaba allí enferma, aquella señorita de luto que él recordaría haber visto á bordo de "*El Pontífice*" Una que viajaba sola en 2ª.

Cierto que se acordaba. Perfectamente. Una española. Rodolfo no la dejaba á sol ni á sombra. Este desenlace no tenía nada de estraño.

—Yo creo lo contrario—replicó la suiza—esa no ha venido aquí por su voluntad. Si la vieras ¡pobre!

—Como? A tí te parece que Rodolfo Fick habrá sido capaz...

—De traerla engañada? ¡Sí!

Se quedó mirándola.

—¿Sabes que no eres tonta?...

Sarah sonrió enorgullecida. Estaba escrito que aquel día la hiciesen dudar de esta conviccion.

Echándole los brazos al cuello le besó en la boca.

Estaba sentado. La cogió por la cintura á viva fuerza y se la sentó en los muslos. Pesaba mucho.

Con esta caricia y con las palabras que la precedieron sabiendo á elogio, Sarah se decidió á decir todo su pensamiento.

—Enrique! pobre muger! Tiene cara de querer morirse!... oh! si yo fuera hombre!...

Lanzar esta esclamacion delante de un comisionista que está en América por cuenta de una gran fábrica de tegidos, en la mayor parte de los casos es como hacer una raya en el agua; pero espresarse así, cuando se tienen cabellos hermosamente rubios, ojos grandísimos y azules, humedecidos aún por la pena, carne blanca y mucha, y esta suma de encantos (83 kilos peso bruto) sentada sobre el comisionista y abrazándole; manifestar un sentimiento de piedad hácia una desgraciada, otra que tambien lo es y á la que se ama, y que todo esto ocurra precisamente, el día en que se han vendido las existencias de un *drapé* de pura lana alta novedad de Elbeuf á 1,95 el metro y cincuenta piezas de paño edredon de Sedan para sobretodos a 10,50 el metro (ancho 135/140); el dia en fin, en que tales negocios han salido á pedir de boca, equivale á contar con todas las probabilidades para enternecer al oyente, máxime cuando este comisionista viajante no es un cualquiera sino Mr. Henri, el mismo que iba siempre buscando por

el mundo, con obstinada mala fortuna, sucesos y aventuras propias del drama caballeresco de capa y espada, para figurar en ellas dignamente como protagonista.

—Si tu fueras hombre—esclamó exhaltándose de improviso—no serías capaz de todo lo que yo voy á hacer para salvar á esa jóven... desde ahora mismo.

—*Oh! Mon Henri! Mon Henri!*

Y una multitud de besos que nada tenían de románticos, impidió al héroe futuro continuar diciendo frases que se le ocurrieron dignas de figurar al lado de la famosa del poeta:

¿ Que vouliez vous, qu'il fit contre trois ?
—¡ Qu'il mourut !

Luego Sarah, probó de una manera cumplidísima como se calumniaba, calumniando al amor, hasta el punto de equivocarlo ya que no con la tontería, con el atontamiento. Improvisó el plan general de aquella empresa.

Era necesario no apresurarse. Ante todo y para realizar, lo que fuese oportuno, había que saber como estaba allí, la jóven. De que medios se valiera el *caften* para llevarla. La enferma iba á decírselo, cuando la madama entró para avisar la llegada de Mr. Henri.

—Es preciso que te vayas ahora. Y no vuelvas hasta muy tarde esta noche. De este modo, á

nadie estrañará que no estando tú, reanude mi tarea de enfermera. El primero y el más eficaz remedio para curar á esa desdichada será la esperanza de salir de aquí; voy á decirla nuestra decision, y yo te enteraré de lo que ella me cuente. Vete.

Cuando Sarah poco despues comunicaba á Agustina la buena nueva, la hija del coronel Cebrian la contestó sonriendo tristemente.

—¡Cuanto les agradezco que me lleven á morir á otra parte!

Estas palabras puede decirse que empezaron el relato de su infortunio, escuchado por la suiza con atencion estremadísima, como se escucha la verdad.

Y hubo la estraña coincidencia, de que al mismo tiempo empezaran á llegar los hombres, y sonara el choque de las copas sobre los veladores y el ruido de indecentes besos, pudiendo oirse el estribillo *"¿Come está? ¿Come le vá?"* recitado por las mujerzuelas.

En otras alcobas tambien se estaban contando histórias y mostrábanse *ritratos*. "Mi higuito que lindos *bijotes* tenés?"

—¡Cuanto les agradecería que la llevasen á morir á otra parte!

Sarah volvió á conmoverse y á llorar pero .... ¡muy convencida ya de que no era tonta!

—Está encendido en el salon turco!

Esta fué la noticia que se comunicaban unas á otras las prostitutas. Noticia de sensacion, apesar de la frecuencia con que el hecho iba ocurriendo.

Y es que el suceso suponía una buena entrada en el libro y en las cuentas que las llevaban sus esplotadores; unas cifras más en la columna del *Haber*, y por tanto una rebaja en las sumas del *Debe*. Iban á venir los ricos. Varios sin duda, porque de ser uno ó dos solamente, la madama no las hubiera dado aquella órden de que no se comprometieran con nadie *pour la nuit*.

Estaban todas con sus mejores vestidos. En la sala *del público*, un aparato de gas de tres brazos y bombas de cristal blanco, alumbraba con fortísima claridad, aquella esposicion de mugeres á las que miraban con fingida displicencia los hombres que iban entrando. Hacía calor y los cuerpos de casi todos los trages, tenían escote cuadrado; *escote vírgen*, se llama en los tecnicismos de la moda. En los veladores del segundo patio tres parejas tomaban cerveza; los hombres debían conocerse porque de vez en cuando, uno cualquiera de ellos, despues de preguntar algo indecente á su compañera, al oir la respuesta, se la repetía á los otros que celebraban el dialogo con grandes carcajadas.

Oyéndoles reir, la muger primero miraba á

todos con espresion picaresca, y luego ó bien sacaba la lengua guiñando los ojos, ó sonreía si era más sosa. Las de *gracia de veras* terminaban la mímica con un ademán cancanesco.

Una de ellas se puso á cantar de pronto.

Tiens, voila ma pipe,
Serre, mon briquet,
Et si Latulipe
Fait le noir trajet,
Va, crois-moi, dissipe
Des regrets fâcheux
Mon briquet, ma pipe
Trappelleront mes fenx!

Y las otras dos contestaron.

Au regiment,
Soldat galant,
Tambour battant.
Rataplán, rataplán,
Marché en avant!
Si veux plaire
En militaire.....
.....

Interrumpiéronlas sus parejas, y uno gritó en criollo:

—¡Aijuna! (1).

Lo cual provocó la risa hasta de los que estaban en la sala.

Estos eran hasta ocho estudiantes, que habian decidido aquella noche hacer una calaverada de á cinco pesos papel por barba, en casa de *la Tilde*.

(1) Apócope de la interjeccion vulgar en estos países *¡Ah hija de una.... tal!*

Las mugeres empezaban á incomodarse. Sin duda tenían todos más ganas de matar el tiempo, que de otra cosa. Las estaban entreteniendo, se hacían los remolones. Cuando entraron, cada una tomó por su cuenta, al que primero encontró á su lado y empezaron el acostumbrado estribillo. "Vamos in cuarto mi higuito." ¡Que si quieres! Los señoritos se tumbaron en los confidentes á la bartola y quien no encontró más que una silla sentóse en ella á horcajadas. Hecho esto empezaron á hablar unos con otros sin ocuparse de las mugeres para nada.

Oh! mais, c'êst bete!—salió diciendo una rubiota cansada de hacer toda clase de bajezas, con un estudianton de aquellos. El despecho la decidió á renunciar á su parte de botin. Otra de mejor humor, no dijo que era *bete* sinó que era *drôle*. Iban á quedarse solos, cuando el que parecía dirigir *la farra*, dejó su cómoda postura y puesto de pié, en medio de la habitacion esclamó, agarrando por la cintura á la que halló más cerca;

Vamos *in cuarto* ché ¡se arrastrò el ala!
Hora es ya de dejar libre la sala,
Haremos el amor pronto y barato
Tu contarme tu historia, mostrarme tu ritrato.

Todos celebraron estas disparatadas aleluyas, como una ocurrencia chistosísima. Madame Clotilde se dignó sonreir cuando salieron y cambió

con sus parejas una mirada de inteligencia. Iban á dar las once y de un momento á otro podían llegar los del salon turco. Ordenó al criado que estaba aquella noche de portero, no dejase entrar á nadie más, de los *del público*.

Ella misma iría á ver quienes eran los que llamaren. Los de la cerveza, ya no estaban. Esos sí que no fueron con mas intencion que la de pasar el rato, bebiendo. Las tres que los acompañaron estaban furiosas. No eran feas.

Durante largo rato, reinó en el lupanar un silencio como el de los templos vacíos, como el de los claustros abandonados. Madama, correctamente encorsetada, mecíase en un sillon vienés, miéntras uno de los sirvientes pasaba un paño blanco á los veladores y recogía botellas y vasos á medio vaciar.

Frente á ella en la galería y á la tercera puerta á su derecha, debilísima claridad salía de una alcoba, contrastando con las otras donde habían entrado los estudiantes, las cuales á través de las cerradas colgaduras y cristales trasparentaban su iluminacion *a giorno*.

Se oyó entónces el quejoso respirar de Agustina. ¡Y Rodolfo que seguramente habría convenido con el doctor X. que viniera este á ver á la *nueva* aquella misma noche! El aleman faltó á la mesa á la hora de comer. Valiéndose del servicio de chiquillos mensajeros, hubo de enviar carta avisando con todo laconismo, lo del salon turco. Otro motivo de incertidumbres y confusiones para Clotilde. ¿Iban á encontrarse reunidos el doctor X. y los *peces gordos?* No sería la primera vez que esto sucediera, cierto, pero tratándose del asunto de Agustina, la estrañaba. Por lo demás halló muy natural, la prolongada ausencia del caften. Aquel día estaban citados los rufianes de Buenos Aires, en el *Club de los Cincuenta* para realizar sus ventas y traspasos de mugeres, y acababa de llegar otro vapor de Europa. Habría estado ocupadísimo.

Llamó al que limpiaba los veladores.

—Sarah, donde está?

—Con la enferma.

—Mr. Henri?

—Se fué. Pero volverá luego.

Empezaron á salir de los cuartos los estudiantes.

—Adios, Clotilde, hasta otra! — esclamó el de las aleluyas que fué el primero en presentarse.

—*Bon soir!* — dijo á todos la alemana miéntras ellas *sus conquistas* iban á despedirlos hasta el cancel de la puerta de calle.

Ya era tiempo.

A poco más se encuentran en el portal los que acababan de correr la tuna, con alguno ó algunos de los grandes repúblicos de quienes ellos

solian hablar en clase disputando acerca de las virtudes cívicas que los adornaban.

Entraron unos tras otros y directamente al salon turco. La madama les hacía reverencias, casi zalemas. No contestaban algunos, pero en cambio dos ó tres la abrazaron y hubo quien la plantó un beso en los pintados lábios.

Por poco lanza Clotilde un grito de sorpresa, al fijarse en la cara del que venía el segundo. ¿Cómo? ¿Tambien aquel? Pero entónces, Rodolfo Fick, habíase quedado corto en sus presunciones, cuando la profetizaba en son de broma, que en el quilombo llegarían con el tiempo á saber que volúmen tenía el trasero de cada ministro.

Confundida, atolondrada, no supo que hacer ni que decir. Siguiólos de manera casi automática, y porque en medio de su azoramiento, comprendió que no debía tomar aquella noche ninguna iniciativa, sinó presentarse á recibir órdenes.

Los encontró á todos de pié y sentado únicamente al que era causa de su sorpresa. A su lado con actitud rastrera y baja y con palabra servilísima, hablábale el famoso doctor X.

Clotilde esperó sin atreverse á preguntar. Entónces el grande hombre desentendiéndose de su interlocutor fijóse en los comparsas.

—Pero, señores, que es esto?... quieren crecer?... porque no se sientan?

Celebraron aquello como un chiste de primera calidad, y muy complacidos obedecieron.

—Estamos solos?

—Oh! Sí... señor — replicó la madama.

—Magnífico, pero no debemos estarlo tanto (Risas y muestras de aprobacion). Que vengan esas muchachas.

Hicieron una entrada triunfal. El séquito del grande hombre las recibió con un aplauso.

De nuevo se oyó su palabra.

—Luego dirán los periódicos que no hay dinero! ¡Cuando hasta *estas* lo tienen! Vean que trages, que lujo (1).

Uno dijo:

—Es porque *estas* hacen lo que deben, aunque suelen deber lo que hacen.

No gustó la replica.

Un criado entró llevando en una bandeja de plata los *tulipanes* del champagne. Otro venía trás él con las botellas.

—*Clicquot?* — preguntó alguien de los del coro.

---

(1) Oportuno es advertir, que en las páginas de esta novela, no hay escondida ninguna alusion, á personages de la vida real. El lugar de la accion está en este libro determinado. Es Buenos Aires. Pero he tenido buen cuidado en no determinar de igual modo, la época en que figuro acaecidos los fingidos episodios. Son pues personages y hechos creados por mi fantasía. Si yo hubiese querido escribir algo histórico, claro está que su título no sería el de *novela*.—N. del A.

—*Rœderer* — enmendó fijándose en las márcas el protagonista, que era inteligente. — ¡Me adivinaron el gusto! — terminó complacido.

Aquellas muchachas, se habían sentado todas frente á frente de los ricos, y estaban sin mover pié ni mano, muy formalitas, mirándolos.

—Vaya, que es esto? que haceis ahí? Nosotros no elegimos. Os toca á vosotras.

Y como creyera que no le entendian, lo repitió en francés, que es actualmente, como antes fuera el latin, el idioma oficial de la diplomacía.

Entónces se levantaron, sonriendo todas lo mismo; dijéranse aquellas sonrisas como las cópias de una circular. Se acercaron y sin atreverse á escoger cada cual se colocó al lado de uno cualquiera. Antes de sentarse, timidamente, pidieron un beso á su caballero. No sonaron todos á un tiempo, y otro del séquito que tenía cara de militar esclamó:

—Descarga mal hecha!

Fué bien acogida la frase y quedó roto al hielo. ¡Que diantre! Eran los íntimos al fin y al cabo y podían permitirse ciertas libertades. *Él* se las autorizaba todos los dias. El más jóven dejando á su pareja sentóse al piano y empezó á tocar una danza que estaba entónces muy en boga.

Resonó otro aplauso y se pusieron todos en baile, menos el grande hombre, y la que le tocara

en suerte. Debía tenerla buena porque era la mejor moza, y de privilegiada belleza. Una Rusa. La ya mencionada Matrena. La que Sarah suponía más que dócil, esclava de Clotilde, ó de Rodolfo. Se oyeron los taponazos de los corchos del Roederer, y la espuma parecía hervir en las copas. El famoso doctor X, salió entónces en demanda de Clotilde, y al encontrarla:

—Y esa muger? Cual es?

—Que muger? — preguntó la madama.

—Una española. La nueva. Me dijo Rodolfo su nombre...

—Agustina!

—Justo! Donde está?

Tilde tardó en responder.

—Está enferma... no se lo dijo tambien?

El doctor X. soltó un taco redondo.

—Ah! Gran p... ¡Vaya un compromiso!

—El que?

—Recontra! Que se la he cedido á S. E. Un regalo que le quería hacer! Por eso ha venido con nosotros.

Tambien se puso pálida la querida de Rodolfo Fick.

—*Ah! Mon Dieu! ah! mon Dieu!*

En aquel momento oyeron otro aplauso más estrepitoso que ninguno, en el célebre salon. Era el jóven pianista, que á la mitad de la danza cam-

biando bruscamente los compases, tocaba ahora la cancanesca música de Offembach.

Clotilde trató entónces de disculparse, esplicando á su interlocutor como de todo ello era causa la equivocada esperanza, el optimismo del caften, el cual salió aquella mañana firmemente convencido de que el accidente de Agustina sería un mal pasagero.

Pero el doctor X. ya no escuchaba. Apresuradamente se encaminó de nuevo al salon turco y acercándose al personage, le suplicó saliera un momento.

Su Escelencia accedió.

—Que ocurre?

Entónces encarándose el otro con la madama, que estaba demudada, la dijo:

—Conmigo no se juega. Quiero convencerme de que todo eso es verdad. Queremos verla! Me entiendes? Pues guía, ¡yá! ¡yá!

El grande hombre se hizo esplicar por el camino aquella escena incomprensible. El doctor X. hablaba con mucho acaloramiento.

Así llegaron á la puerta de la alcoba que Clotilde abrió.

A la escasa luz, y en el silencio que allí reinaba, solo interrumpido por la anhelante respiracion de la enferma, y el movimiento que hizo Sarah sorprendida, levantándose de la butaca, pudieron ver

el rostro hermoso y pálido de Agustina de Cebrian, sumida en su sueño comatoso. El doctor X seguía hablando en voz alta, casi á gritos.

—Cállese Vd! — le ordenó el otro.

Luego, indicando que le siguieran, salió de la alcoba, y él mismo cerró la puerta cuidadosamente. Ya en el segundo patio.

—Que tiene? — preguntó á Clotilde.

—El médico ha dicho que son calenturas.

—Tonterías! Farsa, pura farsa de estas... — interrumpió el nacionalizado.

—Cállese Vd! — se le repitió.

Los dos miraron á S. E. que estaba muy sério y les intimidaba de veras.

Sacó su cartera y entregó á Clotilde un fajo de billetes.

—Para esa muger — dijo.

Siguió andando hasta el primer patio. En el salon turco continuaba tocándose el cancan.

—Yo no sabía nada! Yo no tengo la culpa! Me han engañado! insistía el nacionalizado á su espalda.

Su Escelencia se encogió de hombros. Decidimente era incorregible aquel mentecato.

—No sea sonzo, amigo! Sepa que no pienso haber perdido la noche. Lo que no quiero es que se haga más ruido. Entre y dígalo á todos. ¡Que se callen! ¡Que cierren ese piano!

Y á Clotilde ordenó:

—Un cuarto para mí y llámeme á la rusa.

Era Matrena. La que había despedido una hora antes al estudiante improvisador de aleluyas.

X.

Cuando Sarah despues de contarle aquella historia de desventuras le repitió la desconsolada frase con que acogiera la huérfana sus esperanzas de libertad. "¡Cuanto les agradezco que me lleven á morir á otra parte!" Mr. Henri, que estaba en la cama, con la narradora, hubo de recibir tal impresion que hizó á su romanticismo caballeresco, el efecto que produce en el toro un buen par de banderillas.

Por su gusto y para dárselo á los generosos sentimientos de que se vió poseido, hubiérase levantado y vestido inmediatamente para ir en busca de aquel Dominguez Alvaro y desfacer con él á tiros ó á estocadas tamaño entuerto, luego no satisfecho todavía, retorcer el pescuezo á la criolla Amparo, sacarle las tripas á Rodolfo y ahorcar con ellas á la madama. Esto era lo mejor que

se podía hacer y que salieran al otro día los vendedores de periódicos pregonando "*¡El Diario* con el horroroso crímen, cometido anoche por un caballero francés, comisionista viajante!" Se sentía capaz de todo y de presentarse él mismo á los jueces porque estaba seguro de salir absuelto.

Salvarónle de llevar á la práctica sus pensamientos dos consideraciones muy dignas de tenerse en cuenta. Lo avanzado de la hora, pues serían al terminar Sarah su relato, las dos de la madrugada, y el consejo de la suiza rogándole que reflexionara, ántes de resolver.

En efecto, muchos percances le ocurrieron en la vida por haberse conducido á veces con sobra de ligereza. Y en aquella ocasion no urgia tanto la venganza de Agustina, como su salvacion, cosa á que estaba comprometido. Esto tenía que suceder al día siguiente, porque tambien la suiza no dejó de enterarle de la estraña visita que tuvieron en la alcoba de la enferma aquella noche. Dos de los *peces gordos* del salon turco.

Pues, bajo mi palabra aseguro que ¡la sobreescitacion nerviosa, no dejó dormir al comisionista, y en vano se decía que este insomio era perjudicial para las resoluciones que necesitaba adoptar, puesto que debiendo ser razonables y bien meditadas hacíale falta llevar al conjunto y detalles del proyecto de salvacion, la medida del más claro y reposado juicio.

En buen hora que la infeliz Sarah, y otras que como ella viven, lleguen á conceptuar como dichoso desenlace, la salida del próstibulo, pero la señorita española de cuyo caso se trataba ahora, no había de quedar en manera alguna indemnizada, ni pudiera darse por satisfecha, limitando á tan reducidos términos, los de la justicia á que tenía derecho. La libertad y la rehabilitacion, ¡así! nada ménos que así, tenía voluntad y firme propósito Mr. Henri, de dar cima á la aventura.

Conocía el apellido de Dominguez Alvaro, y aún hubo de saber de sus derroches de fortuna de los que se hablaba en los mostradores de las tiendas de lujo, con esa frase de envidiosa admiracion que siente el hortera hácia el señorito. Contábase la historia y la leyenda, se hablaba de las cenas que daba á sus amigos y amigas en el palacete ponderándolas como orgias de un moderno Lúculo, y se comentaba la separacion y fuga de la casa paterna, exagerando algunos el relato hasta el estremo de asegurar que el hijo había levantado la mano á su padre.

—¡Si yo me atreviera!—pensó el comisionista.

Fué como el boceto de los planes que habían de salvar á la huérfana. La gradacion inmedia-

tamente inferior, y la que naturalísimamente seguía, á las primeras inspiraciones que bajo la fuerte impresion recibida al oir la narracion de todo el suceso, le hicieron concebir como perfectamente lógicos aquellos disparates de reñir en palenque abierto ó cerrado, á pié ó á caballo, con lanza ó espada, yendo á buscar al *injusto forzador* para proponerle este juicio de Dios, puro estilo Edad Media, ó medioeval, como ahora se dice, en las modas del lenguaje. Y, lo que sucede en estos casos, con frecuencia, fué lo que entónces ocurrió en su entendimiento.

De igual modo que el despropósito primero, tuvo fácil y hasta entusiasta acogida, esta nueva idea la recibió con recelo, apenas hubo de presentarse en el raciocinio, que es como el cuarto de tocador de donde salen acicaladas y vestidas las que merecen no quedarse en andrajos y arrinconadas para siempre; y así, repito, como el proyecto de desafío con Dominguez Alvaro, que era una barbaridad, se apresuró á cubrirlo con reluciente armadura, para este otro no encontraba trage adecuado, ni prenda á su medida, y tuvo el pobre que estarse á la *negligé* un buen rato, porque á Mr. Henri dueño del guardaropa habíale servido de escarmiento, ser tan complaciente con cualquier advenedizo desarrapado, y para cumplir con una de las obras de misericordia íbale la reputacion de razonable

en saber distribuir los beneficios con acierto y salomónica justicia.

Empezó pues, la lucha entre el pró, y el contra.

Declaraba el comisionista, que no eran telas ricas las que le faltaban para dar al pobre pensamiento un terno completo de caballero, paño de Elbeuf ó Sedan con el cual andaría hecho un figurín; pero aquello de "presentarse en casa de los padres del seductor de Agustina," bien podía ser tan desatinado como lo de batirse con este y demás crímenes que se le ocurrieran, al que vino ántes al vestuario del cerebro sin más propósito que el de estafarle aceros tan bien templados que ya los quisiera para sí, el mismo duque de Alba.

Con que así, que lo pensara bien el pensamiento, que para eso era tal, y sobretodo que concretase detallando lo que se proponía hacer y como iba á pagarle, puesto que ya nadie se llevaba de allí á crédito ni una hilacha.

Puesto, como suele decirse, entre la espada y la pared, el pobre desnudo proponía, que lo vistieran primero porque claro está que el mismo Ciceron no hubiese podido conmover al Senado, de presentarse ante él, impresentable, que es imposible al mejor orador ser elocuente en cueros; añadiendo que Mr. Henri no podía saber de todo lo que él era capaz, ni comprenderlo todavía, por la sencilla razon de que un pensamiento, una idea, por

escelentísimos que sean, cuando están como estaba entónces este, *no están visibles*. La desconfianza es buena, pero no debe estremarse y en último caso, todo se podía conciliar y él, para demostrar á su proveedor la buena fé de que iba animado, aceptaba que fuesen cubriendo sus carnes, que era lo urgente, que lo engalanaran á su gusto, y que todo ello se hiciese á puerta cerrada, que á medida de la vestimenta y atavio había de ser la buena paga, y cuando lo hubieran puesto de veinticinco alfileres, no quería salir hasta que Mr. Henri le diera órdenes, ¡tan seguro estaba de que lo hiciere de buen grado y con suma complacencia!

Y sucedió que la pícara idea, á medida que iba diciéndole tales lindezas, no perdía el tiempo y sin pedir permiso, contando sin duda con que á la postre iban á dárselo, esto tomo y aquello no quiero, iba poniéndose lo mejorcito y eligiendo lo que de perlas sentaba para realzar su gallardía. Pues que? no era una grandísima lástima y cosa que clamaba al cielo, la situacion de aquella pobre señorita española, de quien habían abusado villanamente,.... Rodolfo el *caften*, y la criolla Amparo? ¡Cierto que sí! La huérfana era inocente víctima de tales manejos truhanescos, y en cuanto al jóven criollo, ¡claro está, que no se hallaba sin culpa, pero atenuábase mucho teniendo presente la poca edad que nos lleva á cometer ligerezas y no ver nada grave en asunto de amorios. Pues á fé, que sin conocerle, era bastante saber de quien era hijo, para asegurar que si Dominguez Alvaro se hubiese enterado, ántes de aceptar las proposiciones de Rodolfo, de que iba á ser, nó el protagonista de una aventura galante, sino instrumento de tan horrenda infamia, á palos hubiese despedido de su casa al atrevido rufian, sin dejarle ganas de volver á las andadas. El daño por lo tanto, estaba hecho, pero el actor solo cometió pecado de ignorancia. De fijo el *caften* guardóse muy mucho de enterar á Dominguez Alvaro, acerca de quien era Agustina, y más bien procuraría inducirle á la comision de aquel delito, presentándolo con las apariencias de leve falta, y aminorando las altas prendas de virtud y la procedencia señoril de la inmigrante.

Tras este discursillo, el pensamiento, á medio vestir encarose con el comisionista y dijo:

—Eh? Que te parece? Si me presentas de este modo á los padres de ese jóven, la entrevista pierde la mayor parte de la gravedad que tu le atribuyes. Por de pronto deja de ser violenta que era lo que más temías, y á menos de encontrarte, ó mejor dicho, de encontrarnos de manos á boca con unos desalmados, con unos tios

groseros, ni tu ni yo, espresándonos en tales términos, hacemos un papel ridículo, antes bien se nos agradecerá esta delicadeza con que atenuamos la canallada de Dominguez Alvaro ante sus pobres padres á quiénes de seguro vamos á dar un disgusto.

Y continuó vistiéndose.

Pues bueno! como es preciso no dejar ningun cabo suelto había que ir prevenido para el caso en que los tales señores, recibiendo la oficiosidad quijotesca de Mr. Henri, con mucha cortesía, pero tambien con mucha indiferencia y desden, le preguntasen despues de escucharle con atencion.—"Y nosotros, caballero, que tenemos que ver en este enojoso asunto? Que podemos hacer? Que es lo que usted desea?"

Sonreía maliciosamente el comisionista, al hacer aquella objecion que consideró de irresistible fuerza, pero no llegó á cantar victoria, porque poniéndosele frente á frente, ya completa y ricamente ataviado, el huésped de su cerebro, con altisonantes palabras y hecho todo un Castelar, díjole de este modo:

—Miedo es el tuyo, indigno de las almas que solo por la bondad y nobleza del sentir viven á gusto en la tierra. Miedo es propio de los que tienen el corazon en el pecho solo para los usos de entraña. ¡Hombre de poca fé y de me-

nores alientos ¿acaso te figuras que las montañas solo pudieron moverlas y descuajarlas aquellos titanes que intentaron escalar al cielo? Miéntras te entretienes ahora en ponerme dificultades y ergotizar como un gandul, te olvidas de que esa pobre muger se está muriendo, no de nada *efemero*, sinó de pena y de asco. ¿Pues tienes más que decir á los padres de Dominguez Alvaro esto mismo, cuando te pregunten lo que deseas, y en lo que pueden servirte? Que la saquen de aquí, tonto, que sean ellos los que vengan á salvarla es lo único que vamos á pedir y con esto que se consiga, hemos ganado el principio de la batalla, porque lo demás ha de venir despues. Ni dudes siquiera de que accederán á tu peticion. Vé con ese convencimiento y háblales al alma. Un estraño, te ayudaría en esta empresa y esos viejos han de considerar que no es para ellos estraña la víctima de las barrabasadas de su hijo. Estoy seguro de que hemos de conseguir mucho más de lo que pedimos. Imagínate que contando bien la história de Agustina, (porque tienes que contarla de manera conmovedora), por fuerza deberá producirles el mismo efecto que si les dijeras. "Ahi está tendida en el fango, una infeliz á quien un asesino acaba de herir de muerte por la espalda. Ustedes que son los padres del matador ¿quieren ayudarme á reco-

jerla?" Desengáñate, hombre, desengáñate. Tanto como tú, siento causar con la noticia la pena que van á tener esos señores, pero la enferma es para nosotros lo primero y tenemos que intentar esta aventura, por mucho trabajo que nos cueste. Saldremos bien. Hay muy pocas probabilidades en contra. Ya verás. El señor Dominguez debe ser un buen viejecito.

¡Diantre de pensamiento! Ahora que *ya estaba visible*, deslumbrábale con sus galas. Nada, que era preciso hacer lo que se le antojaba. En último caso nada se perdía. El comisionista sacaría á la huérfana sin ayuda de nadie.

Última objecion de Mr. Henri batiéndose en retirada: ¿donde vivian los padres del criollo?

¡Valiente dificultad! Todo el mundo sabe en Buenos Aires, la morada de la gente *conocida*. Y sobre todo en el mismo palacete del hijo, preguntando á los criados podía averiguarlo.

—Sarah! me parece que por fin voy á dormirme; despiertáme á las ocho. Tengo que salir temprano.

Y á las diez de la mañana, no sin esperimentar su ánimo, la última vacilacion, llamaba á la puerta de una *casa de bajos* (1) sita en la calle del Perú.

(1) Casa de planta baja únicamente.

Allí vivían.

Veíase desde el portal no solo el primero sinó que tambien el segundo pátio y á este se asomó una china (1) sirviente con los brazos desnudos y la falda recogida, mirando desde allí, quien era el visitante. Entróse de nuevo y salió despues un criado, que se adelantó arrastrando los piés al andar, encorvada la espalda y descubierta la cabeza cuyas canas daban heridas por el sol reflejos de plata.

Recorrió los dos pátios y al llegar al zaguan preguntó al desconocido.

—Que desea, señor?

—Hablar con su amo. El Sr. Dominguez vive aquí?

—Aquí es. Pase. Le avisaré.

Y sin preguntarle quien era hízole entrar en la sala.

Los muebles eran de caoba, la sillería de damasco. Todo estaba limpio y bien cuidado como se cuidan los recuerdos. Colgaban de las paredes algunos cuadros, que eran retratos, del general San Martin, de Belgrano, de Rivadavia, de Moreno, obras hechas por el candoroso lápiz de Pellegrini. Había además cuatro cornucopias de mérito.

---

(1) India ó mestiza que se dedica al servicio doméstico.

Desde allí y por los cristales de la puerta de entrada, pudo continuar viendo los macetones y tinas en que, rozagantes y recien regados, se erguian el jazmin doble del país, claveles y rosas, el heliotropo, la diamela, la reseda y la mosqueta, miéntras que de las paredes de la galería pendían las flores del aire, y subía la enredadera de campanillas blancas, cubriendo el revestimiento del algibe. Morada de silencio y de paz, y tambien de tristeza, apesar del alegre sol que en aquella hora la inundaba; por tal la tuvo y así impresionó á nuestro comisionista.

No esperó mucho rato.

—Siéntese y dígame en que puedo servirle?—dijo á su lado ya, el mismísimo Sr. Dominguez, de cuya presencia no pudo apercibirse, pues entretenido en mirar las flores del pátio, Mr. Henri hallábase de espaldas á la habitacion por donde el anciano vino á la sala, amortiguando la alfombra el ruido de sus pasos.

"Dígame en que puedo servirle" y al escuchar estas palabras, reaparecieron todas las dudas y surgieron otra vez los temores que formaron su batallar durante el insomnio de la noche anterior.

Allí estaba, cierto, era imposible retroceder, y ante el riesgo, al turbado espíritu no se le ocurría manera de evitarlo. Mirábale entretanto el Sr. Dominguez con la curiosidad que hubo de inspirarle hallarse con la visita de persona para él desconocida.

Era el padre de Dominguez Alvaro hermoso tipo y aún prefiero espresarme llamándolo hermosísimo ejemplar y muestra de lo que puede conseguir la raza humana viviendo más sana vida en el seno de la naturaleza. Los sesenta años de aquel hombre resultaban una vejez con la belleza imponente de lo secular en las selvas. Erguido estaba el tronco, saludable la color, libres y sueltos los ademanes, brillante como en la juventud la mirada de sus pupilas y sobre el fuerte cuello, la cabeza con el pelo cortado al rape, mostrábalo entrecano y sin calvicie.

El estanciero, ante el silencio de Mr. Henri, repitió con tono más cortés.

—Que desea Vd., caballero?

Como quien se decide no á morir sinó á matarse, como un desesperado, lo mismo, y hasta cerrando los ojos ante el peligro que iban á afrontar sus palabras, dejóse de rodeos el comisionista y contestó:

—Su hijo de Vd., señor, tiene la culpa de que yo venga á molestarlo. Dispénseme.

¡Quedaba jugado el todo por el todo.!

Entónces, no obteniendo á su vez contestacion inmediata, el querido de Sarah se atrevió á mirar á su interlocutor.

El noble caballero, no se había inmutado, pero su actitud no era ya la misma. El rostro aquel espresaba una ansiedad que trataba de disimularse. Las dos manos, agarraban los torneados brazos de la butaca y parecían hacer presion en ellos, buscar por medio de la fuerza ejercitada así, un desahogo, una espansion en que pudiera emplearse la impresion recibida que de otro modo hubiese querido manifestar. De otro modo, con un grito acaso, quizás con el llanto, con algo de lo que sirve para que no se rompa una arteria, no se congestione el cerebro, ó la razon no se pierda.

Cuando pudo hablar contestó.

—Que ha hecho mi hijo?

Ante la emocion del padre, Mr. Henri fué más dueño de su palabra, y recordó perfectamente todas las atenuaciones y disculpas con que había pensado relatar la infamia cometida, dándola en su mayor gravedad el carácter de una calaverada.

—Perdóneme. Dije mal. Su hijo, señor Dominguez, ha sido nó el autor, sinó el instrumento de una desdicha que está ocurriendo. Es cuestion de faldas.

—Hable usted. Déjese de disculparle.

Y habló. Con gravedad de lenguage estraña en él, y que pudiera llamar intuítiva, contó la

história de la pobre huérfana, esplicó quienes eran Don Rodolfo y la criolla Amparo, y como era muy posible que el jóven Dominguez Alvaro, estuviese en la creencia de haber sido aquello nada más que una aventura galante, viendo á lo sumo en Agustina de Cebrian, una muger con voluntad de venderse, de acuerdo con los mismos que fueron á proponerle su compra. ¡De seguro!

—Está Vd. mintiendo—interrumpió el anciano.

Mr. Henri se turbó.

—Donde está esa jóven? Que ha sido de ella? Que han hecho mi hijo ó ese rufian?

—Rodolfo la sacó ayer de la casa de.....

—Mi hijo? no es eso? Y donde la llevó?

—A una de sus casas.... de mugerzuelas. Está enferma. Está en la cama. Con fiebre, delirando. Y llama á su padre en el delirio.... Y á su hijo de Vd.... ¡si usted la viera!

—Como que á eso vamos! ¡á verla! Ahora mismo!

¡Triunfo completo! ¿Por donde se le pudo ocurrir que era tan difícil?

—Espéreme usted aquí un momento.

Y se levantó y entróse por el cuarto inmediato, erguido el busto como siempre sí, pero cuando estuvo de espaldas, Mr. Henri no podía ver los ojos del anciano que elevaron sus miradas con

desesperada tristeza, mientras que las lágrimas fueron por sus mejillas hasta mojarle la venerable barba.

Mr. Henri se quedó en la sala y tampoco pudo ser testigo de la escena que ocurrió allá en un gabinete, cuando el viejo entró con las facciones demudadas y llorosas, cayendo más bien que sentándose en un sofá, rindiéndose por fin al dolor sentido que á duras penas pudo contener delante de un estraño.

—Es un canalla, Antonia!... *ya* es un canalla!....

¡Pobre madre! No necesitó saber el nombre del acusado. Palideció intensamente, dejó caer los brazos sobre su falda, y miró á su marido con todas las angustias del corazon asomándose á las pupilas.

—Dios mio!.... Que sucede?.... Que sabes de Pepe?.... Que te han dicho?... Habla!

Se levantó tirando, el monton de ropa blanca, aquella labor de ama de casa que la ocupaba, y quedó de pié, ante el compañero de sus penas, viéndole como, puestos los codos en las rodillas, la venerable cabeza abatida por el inmenso dolor buscó apoyo en las palmas de las manos, miéntras los lábios repetían como queja y sollozo.

—Un canalla!... ¡Antonia, es un canalla!

—Mientes!—contestó la infeliz casi gritando.—Mientes Francisco. ¡No lo creas!

Sin levantar la cabeza hizo el afligido padre un movimiento de afirmacion que la inclinó más.

Entónces loca de dolor la esposa, se acercó.

—No llores, por Dios!... ¿que puede haber hecho?... no quiero verte así!... Vírgen santa, yo quiero saber lo que pasa?... mira que te estás matando y que me matas, Francisco?

Él abrió los brazos por fin y los dos ancianos lloraron juntos, uniendo sus apenados rostros.

—Pero, que ha sido?... que ha sido?— repetía la madre.

Procuró serenarse y habló con voz entrecortada por la emocion.

—No puedo, no quiero decírtelo muger... Una desgracia... y tienes razon!... puede ser que yo lo juzgue con severidad... Pepe no es malo... ¡no queremos que lo sea!... ¿no es verdad?... es jóven... y luego, los amigos....

—Malditos amigos!... esos! esos tienen la culpa... mi Pepe era bueno... y volverá... volverá á serlo! ya verás tú!...

—¡Maldito Buenos Aires!—replicó el estanciero, con ira tremenda.

—Eso! y bendita *estancia!*... te acuerdas?... solo allí tuvimos hijo.... fué nuestro.... maldita ciudad! ¡maldita! Nos lo ha quitado.

Callaron los dos. Don Francisco ya no lloraba. Ella á su lado, abrazándole todavia, insistió.

—Quiero saberlo. Tengo valor y resignacion para oir lo que fuere. Soy su madre. Que desgracia es esa?

Lentamente, como si las palabras se resistieran a su pronunciacion, contestó.

—Ha deshonrado á una pobre muchacha.

—Oh! Dios mio!... y esa infeliz...

—Es huérfana de un coronel español... no tiene á nadie en el mundo.

Los dos viejos se miraron.

—¡Traela! —dijo la madre, con hermoso laconismo, brillándole los ojos de entusiasmo porque veía en los de su marido espresarse el mismo deseo.

Don Francisco la abrazó de nuevo, con inmensa ternura.

—Eres un angel!

—Sí ibas á decírmelo tú! —y allí apretándose contra el pecho del anciano, alzó su frente tambien surcada de arrugas y le sonrió.

—No viviremos tan solos!—era lo que significaba aquella sonrisa.

Entraron en la alcoba matrimonial. A poco rato el estanciero vestido para salir y ya con el sombrero puesto, volvióse hácia su muger, diciéndola:

—Ten preparada la cama en *su* cuarto, y que llamen al médico.... viene enferma.

—No tardes!—recomendó Doña Antonia.

Y mientras con Mr. Henri, victorioso, salía el

noble caballero, la viejecita quedábase estática moviendo dulcemente los lábios ante una imágen de talla que bajo fanal estaba sobre la cómoda, entre dos velas de cera rizada que se renovaban siempre encendidas.

Era la Vírgen de la Soledad.

Con las manos en cruz como ella, dijérase que no una, sinó las dos madres rezaban.

Iban andando.

Al llegar á la calle de Rivadavia el estanciero tomó en direccion á la Plaza de Mayo.

—No es por ahí, señor Dominguez.

—Sí; es por aquí—contestó Don Francisco—vamos á tomar el *tramway* de Zeballos.

—El *tramway* (1) de Zeballos? ¡Pero si vamos á la calle de Corrientes!

—Antes vamos á la Policía Déjeme hacer amigo, que yo soy criollo viejo, y sé con que bueyes aro.

¡A la Policia! Mr. Henri se asustó. Con eso no contaba. ¿Con que es decir que la autoridad iba á tomar cartas en el asunto?

—Pero dígame señor.....

(1) En Buenos Aires no se han andado con requilorios para saber si tramvia es masculino ó femenino. Se dice el *tramway* y en paz.

En aquel momento llegaba el tramvia.

—Suba no más!—contestó el estanciero empujándole para que lo hiciera.

El comisionista obedeció. Iba poca gente.

El padre de Dominguez Alvaro, una vez sentado, volvióse á su compañero.

—Y como ha sabido usted todo esto?

Al decirlo, púsole familiarmente la mano en un muslo.

Le salvó el arranque de franqueza, con que despues de una cortísima pausa contestó. Es verdad que sin saber porque, aquel *viejito* le inspiraba mucha confianza.

—Pues mire Vd. Es que yo tengo allí una muger!

—Ah! Cuénteme, hombre, cuénteme!

Con mucho ménos bastaba para que el comisionista hiciera su confidencia. Cierto que era una confesion algo vergonzosa. Pero ¡que diablo!

Dijo quien era él y como era Sarah. Declaró ingenuamente cuanto le estaba ocurriendo. Don Francisco le escuchaba sin perder una sílaba.

—Perdóneme—esclamó al concluir—¡quizás me juzgue como un calavera... ó peor!... Aunque no lo crea... aunque le parezca mentira... le aseguro que la pobre Sarah, es buena... un pedazo de carne que no sé si está bautizada!...

Se encontró con que en vez de la filipica ó

del gesto de disgusto que esperaba, le contestaron esto:

—La bautizaremos si es preciso!... como se llama usted?

—Henri Lorain.

—Pues bueno. Es usted un hombre, Monsieur Lorain, de los que á mi me gustan.

El tramvia había dado la vuelta por Tacuarí y empezaba á subir el repecho de la calle de Moreno.

—Cuanto le ha pagado á ese rufian?

—Eran mil pesos oro. Por mi cuenta lleva cobrados mil setecientos. Todavía le debo otro tanto. Anteayer me lo dijo.

Don Francisco volvió á callar.

Delante del hermoso edificio donde están suntuosamente establecidas las oficinas de Policía y Bomberos, bajaron viejo y jóven, y aquel dijo:

—Espéreme aquí. *Tardaremos* poco.

Y así fué. Aún no había transcurrido un cuarto de hora cuando vió reaparecer al padre de Dominguez Alvaro acompañado de otro sujeto, tipo criollo tambien, de aspecto entre militar y paisano.

Subieron á un carruage.

—Donde es?—preguntó el estanciero.

Iba á dar las señas Mr. Henri cuando el desconocido se le anticipó, diciendo al cochero:

—Calle de Corrientes número,***

Y, gozándose en la sorpresa del comisionista añadió dirigiéndole por primera vez la palabra.

—No ha dicho al señor Don Francisco que es en casa de *la* Clotilde?

—Ah! Es cierto.

Dentro del coche le esperaban otras sorpresas. El comisario volvió á tomar la palabra.

—Usted—dijo al estanciero—no tiene que entrar en semejante pocilga para nada. Se queda esperándonos. Lo que hay que hacer lo haré yo solo... En un momento despachamos. Es la cosa más fácil. El señor sí tiene que acompañarme, para sacar la *suya*.

—La mia?—preguntó.

Y Don Francisco muy sério, dió la réplica.

—Sarah. A ménos que tenga usted dos!

Mr. Henri adoptó en aquel momento mirando á los dos hombres la espresion mas cómica del asombro. Por fin pudo hablar.

—Pero y mi deuda con *la casa?*

El comisario se rió.

—No se la reclamarán. No pase cuidado. Que ha de deber?

—Pero....

—No sea zonzo—terminó el de policía.—¿quiere estar debiendo siempre por mucho que pague?

Le convenció de que había sido esplotado por la querida del rufian y por éste. Para lograr

de una, que una prostituta no estuviese en el quilombo, no había otro medio, y los que lo sabían se aprovechaban de él con frecuencia. Ya vería á *la madama*, sumisa como una oveja. Hizole entónces otras advertencias, con respecto á Agustina. A esta la sacaba la autoridad. *La Clotilde* no tenía que saber otra cosa, porque Don Francisco exigió que no sonara su nombre para nada en todo aquello.

El carruage se detuvo. Habían llegado. Bajó el comisario primero y Mr. Henri tras él, ó mejor dicho *escudado por la autoridad*, lo que le daba alientos para el tremendo desenlace, pues para nuestro comisionista era indudable que todo aquello iba á caer como una bomba en el lupanar y á dar el *trueno gordo*.

Quedóse pues atónito, cuando al abrirse el cancel, el mismo criado lejos de asustarse, al ver la conocida cara del comisario, esclamó fingiendo la mayor alegría:

—Usté por aquí, Don *Celipe!*

—Llama á Clotilde—replicó éste—y dila que vengo *de oficio*, hijo, á darla un disgusto.

—Vaya por Dios! Que le hemos de hacer! Enseguidita! Don *Celipe!* voy *de gorpe!*

Era un andaluz que por su *mardita suerte*, tenía que *agarrarse* á estos oficios. *¡Las Américas*, estaban *tan perdías!* ¡De lo más malito! Peor que Mairena cuando no hay feria!

Don *Celipe* y Mr. Henri, esperaron á pié firme á la Madama y esta no tardó en presentarse.

—Vamos Clotilde—esclamó la autoridad—hoy vengo á quitarte estorbos de enmedio.

—A mi no me estorba nadie, señor comisario—fué la réplica de la rusa que aparentaba serenidad, pero sin lograr mucha maestría en el disimulo.

El otro continuó diciendo.

—Tu necesitas gente sana, y como tienes una que anda malucha...

—Yo!

—Sí muger sí. No me estraña que no te acuerdes. Sin duda por eso no has dado tampoco aviso de haberla recibido. Pero nosotros lo sabemos todo.

La palidez de *madame* Clotilde, se hizo tal, que pudo vencer al colorete.

—Conque te perdono la multa, pero vengo á llevármela.

—Señor comisario. Usted se equivoca. A usted le han informado mal, quiero decir.

—Pues ha sido este caballero — contestó Don Felipe indicando á su acompañante — ¿es ó no verdad que está aquí esa muger llamada Agustina?

¡Parbleu! C'etait trop fort! Puesto que le ponían en el disparadero, había que hacer de tripas corazon. Ahora vería el criollo lo que era un francés.

—Quiere usted que le lleve á su cuarto?

Con esta pregunta contestó, eludiendo mirar á la dueña del prostíbulo.

—Como nó? Si á eso venimos! Guie amigo!

Entónces la querida de Don Rodolfo se adelantó, diciendo con reconcentrado despecho.

—No es menester. Siganme ustedes.

Y hechó á andar delante, murmurando palabras en aleman, en ruso ó en demonios.

—¡Para la indina de la tuya, y por si acaso! — decía el criollo *Don Celipe,* siguiéndola.

Pero todo este gentil talante con que estaba cumpliendo su cometido desapareció, ante el lecho de la enferma.

Había estado hasta entónces con el sombrero encasquetado, pero al entrar en la alcoba se descubrió respetuosamente.

Agustina advertida ya por Sarah, supuso el objeto de aquella visita, y no se mostró sorprendida ante los dos hombres.

—Señorita—esclamó el comisario—desea usted salir de esta casa?

—Me trajeron engañada señor—replicó resuelta.

—Tiene usted derecho á ejercer la accion criminal contra quien tal hizo, y ante los tribunales. Yo no represento la autoridad judicial, sinó la gubernativa. *Mi mision es la de ampararla en este momento. Está usted enferma? Podrá usted levantarse?*

—Puedo y sobre todo quiero.

Entónces del rincon en que estaba acurrucada Sarah se levantó.

—Yo la ayudaré á vestirse.

El comisario se volvió para interrogar con la mirada á Mr. Henri.

—Es Sarah! — dijo el comisionista que estaba hecho un héroe.

—Ah!

Y encarándose con *la gaillarde*.

—Ayúdela pues y luego prepare tambien su ropa.

—Como? —gritó la madama, enfurecida — *ah! mais par exemple, c'est trop fort!*

Las palabras francesas claro está que iban dirigidas al representante de la gran fábrica de tejidos.

Lo malo es que Don *Celipe* hablaba tambien este idioma, y sin duda se figuró que debía contestarlas.

—*Pas le moins du monde, ma chère!*

Decididamente el francés no la sacaba de apuros.

—Esta muger está inscrita, señor comisario! Esta muger debe en la casa! Mr. Henri bien lo sabe! *Oh! mon Dieu!* Oh! Dios mio!

—Tuyo y mio tambien; Dios es de todos.

—Me debe dinero, mucho dinero! — insistió desesperada. — Todo lo que lleva puesto y todo lo que tiene.

—Que le hemos de hacer. Demandala luego por la deuda. Pero lo que es hoy lo que tiene suyo es, y con ello saldrá.

—Mr. Henri, usted sabe...

Pero Mr. Henri se callaba. Estaba admirando á *Don Celipe*, con la profunda admiracion que pudiera sentir ánte uno de los héroes de Homero.

—Vaya, dejáte de *pavadas*; quieres que te lleve tambien? La comisaría está cerca. Si me apuras vás á venir de baton y en zapatillas.

—Presa! Yo presa!

Entónces ocurrió lo siguiente: Por la puerta entreabierta de la alcoba apareció un brazo que se apoderó del de Clotilde y tirando de ella, sacóla fuera mientras que la voz conocida de Rodolfo Fick, esclamaba:

—No digas más tonterías. Vamos *Tilde*. El señor Comisario está en su derecho. Dejémosle en libertad de ejercerlo.

Ni se le vió, ni la madama replicó una palabra. Cuando Don Felipe y Mr. Henri salieron del cuarto de la enferma para que esta se vistiera, en el segundo patio no había nadie.

XI.

Francisco!

—¿Está peor?

—Sigue lo mismo. Pero es que yo quisiera saber que es eso?

—El que?

—Lo que tiene. ¡Francisco!

—No te lo han esplicado ya, el médico de cabecera, y los demás que vinieron á la consulta?

—Mira, los médicos todos de Buenos Aires no me convencerán de su saber en este caso.

—Antonia!

—Lo dicho. La pueden matar en regla pero la matan.

Hizo el señor Dominguez un gesto de disgusto, y su muger enmendándose añadió:

—Bueno. Ellos no la matarán, pero no la curan. La dejan morir ¡pobre ángel!

No es posible contar el número de veces que Doña Antonia, había entrado en el despacho de

su marido para reanudar este diálogo, bajo distintas formas de espresion.

Y es que los dos viejos se desesperaban ya. Que fuera *aracnoiditis crónica, edema de las meninges é infiltracion serosa de la sustancia cerebral,* maldito si lo entendian, porque todos aquellos tecnicismos les sonaban malamente desde el momento en que como decía Doña Antonia no curaban, y aunque mejor aceptaban, por ser más comprensible, aquello de qué el estado de Agustina era uno de consuncion cerebral, no quedaban tampoco muy satisfechos.

Que era en suma lo que tenía Agustina de Cebrian? La tristeza es una enfermedad? Producen lesiones apreciables en la anatomía patológica, la desesperacion, el desconsuelo, los grandes dolores morales de la vida? La medicina en esto como en otras muchas cosas sostiene opiniones contradictorias.

Ya la fiebre intensa había desaparecido. No repitió tampoco el terrible ataque que hubo de acometerla delante del caften y de la madama, ataque con todos los carácteres de la epilepsia. Había estado solamente cuatro días en la cama. Efímera y bien efímera fué por tanto la calentura. El médico de los señores de Dominguez la declaró curada y se despidió.

Cuando salió del lupanar al encontrarse en el

coche que la esperaba á la puerta, con aquel caballero para ella desconocido, como subiera con ella el comisario solo preguntó á éste:

—¿Donde me lleva usted?

—A casa del señor.

—A mi casa, señorita. Viene usted á mi casa, donde mi muger la está esperando. Cuente, hija mía, con que la vamos á cuidar como si lo fuera.

Había tal acento de ternura en aquellas palabras y tenía tan noble rostro quien las decía, que Agustina replicó:

—No sé quien es usted, pero Dios se lo pague. Y al señor comisario tambien.

—Yo he cumplido con mi deber — dijo Don Felipe conmovido.

Agustina volvió á mirar al anciano, sin duda iba á interrogarle y éste comprendiéndolo así dijo:

—Está usted enferma señorita: no se preocupe por ahora de nada más que de su curacion que es lo principal. Cuantas esplicaciones quiera tendrá. Tranquilícese. La conversacion puede hacerla daño. La situacion en que usted se hallaba, la necesidad y urgencia de hacerla cesar, nos han obligado á cometer una locura. Dios quiera que el haberse levantado, y esta salida en coche, no agraven su estado. No tengo con usted más autoridad ni derechos que el interés que me inspira y estas canas que vé, pero la ruego que no hable, la suplico en este punto, no obedecer, sino complacerme.

En efecto, el movimiento del carruage la mareaba, había palidecido y tuvo que reclinar la cabeza en el almohadillado y cerrar los ojos. Al llegar á la casa estaba desmayada y tuvieron que llevarla en brazos á la alcoba. El médico llegó á poco y tranquilizó á los señores de Dominguez.

Desde el primer día que pudo levantarse fué la suya una convalescencia estraña. Todo anhelo de vivir, y toda manifestacion de la voluntad habían muerto en ella. Érale indiferente cuanto la rodeaba. El mismo pasado, no la conmovía pero en cambio el porvenir en su pensamiento no tenía más formas que las de grandes desdichas que la amenazaban.

Quedáronse sorprendidos los dos viejos una tarde en que la jóven hallábase sentada cerca del balcon en el despacho; junto á ella Doña Antonia cosía y su marido sentado tambien ante el escritorio, leía un libro.

—Han hecho ustedes mal en no decirme donde estoy y quiénes son — dijo de repente Agustina.

La miraron y ella continuó:

—Los padres no son responsables de los crímenes de los hijos.

¡Lo sabía todo! Doña Antonia quiso hablar y

no pudo. Antes que la voz tuvo el llanto. El estanciero buscaba en su imaginacion, una réplica que no encontraba, y solo acertó á esclamar:

—Yo!... es cierto!... no lo hemos dicho, pero no por vergüenza.... aunque sí, tambien estamos avergonzados!... ha sido por usted,... por no hablar de esto... para no recordárselo!

La convaleciente se encogió de hombros.

—Gracias! — y volviéndose hácia la madre— no llore usted! eso pasó ya!.... á mi me parece que desde entónces hasta hoy hace un siglo! Tiene razon Don Francisco! no hablaremos más!.... nunca!....

—Tiene usted que curarse! — añadió el anciano—eso es lo único en que debe pensar.

—Sí! hija mia! — y Doña Antonia la besaba llorando — pobre angel! á ponerse buena! yo se lo pido á Dios y me lo concederá.

—Dios!—dijo Agustina—yo tambien le ruego, Veremos á quien atiende.

Habíase quedado delgadísima; pasaba horas enteras sin hablar contestando por monosílabos ó con un laconismo que apenaba á todos. El médico empezaba á preocuparse de aquel estado.

—Que siente usted? Que le duele?

—Nada.

Y es que no quería decirlo, pero se estudiaba y lo sabía. Levantábase á veces sin haber dor-

mido en toda la noche, ó bien no era el sueño, reparador de las fuerzas, porque estaba perturbado con pesadillas angustiosas. Una sensacion general de malestar, localizábase á veces esperimentando en el corazon fuertes palpitaciones, y como si estuviera oprimido; sentía además agudos dolores de cabeza, y todos estos síntomas los ocultaba cuidadosamente.

¿En que pensaba durante aquellos insomios? En Dominguez Alvaro? ¿En aquel primer amor suyo, que hubiera debido manifestarse nobilísimo, y surgió, no como cosa propia del alma, sinó como instinto bestial por obra depravada de la criolla Amparo? Esperaba ó temía verle de nuevo? Recordaba lo pasado? Era esto lo que la entristecía? Amábale ó quería vengarse?

¡Dios mio! No! Agustina de Cebrian no tenía recuerdos ni esperanzas. Su imaginacion perezosa para todo, si alguna vez, se movía era con trabajo inmenso, para alimentar, para robustecer una sola idea. La de que es bueno morir, cuando la vida es triste, cuando la humanidad no es buena, cuando todo, hasta la tierra que pisamos, nos impresiona como estraño, como ageno, como indiferente lo mismo á nuestras penas que á nuestra alegría, y llega á ser enemigo que tiende redes y trampas, lazos y añagazas, del peor género al ser que desconoce y odia por tanto, huesped molesto, que nació en otro hemisferio y allí tiene, para respirar el aire que respiró siempre; manos amigas que estrecharon las suyas desde la infancia; cielo que vió el primero al abrir sus ojos á la luz, naturaleza que por hija la salude al pasar en las ramas de los árboles que inclina el viento; para rezar iglesia, adonde pudiera ir con los ojos vendados; y para arrodillarse y llorar, allá en una crugia del cementerio la tumba de su padre, donde se habrá deshecho ya la última corona de siempervivas.

—Que siente usted? Que le duele?—seguía preguntando el médico.

—Nada.

Había perdido el apetito, hasta el punto de que solo á repetidísimos ruegos de Doña Antonia consentía en probar á las horas de comer, alguno de los manjares. La buena señora llegó á encargar á los mejores *restaurants* platos especiales y á condimentar ella misma alguno de los que tenía por esquisitos y que lo eran en efecto.

—Vamos, hija mia. Coma de esto. No me desaire que está hecho por mí.

Una ó dos veces que cedió á sus instancias y quiso complacerla, no pudo resistir á las náuseas y fué el efecto como de un revulsivo.

Casi siempre era insensible á cuanto la rodeaba, mostrándose apática y solo atenta á buscar la so-

ledad de su cuarto. Otras veces por el contrario, una fuerte irritabilidad nerviosa, y una hiperestesia de los sentidos, que ella se esplicaba diciendo que le habían crecido, ó que le dolían porque empezaba á morirse por ellos, hacía insoportable á la vista, ofuscándola como ofusca y daña el rayo solar, la luz de una bugia; y el golpe de una puerta al cerrarse, sonaba para ella como un cañonazo dentro de la casa. Entónces era cuando el suspirar la aliviaba de aquella constante angustia y si hubiera sabido como son las blasfemias, blasfemaría para desahogarse. Entónces tambien era cuando caía conmovida en brazos de Doña Antonia, y ninguna espresion la pareció bastante tierna para agradecer lo que estaban haciendo por ella.

Una tarde *aquello* de que no debía hablarse nunca, y que se convino en olvidar, lo que pasó ya, y antojábasele haber ocurrido un siglo ántes, ella fué quien hubo de recordarlo. ¡Y de que manera!

Hallábase como loca. Durante el almuerzo rogó á Don Francisco que mandase quitar todos los cuchillos de la mesa. El médico había dicho á los señores de Dominguez que no pidiesen nunca esplicaciones de los caprichos que manifestare la enferma, ni los contrariasen en nada. Don Francisco cumplió pues aquel deseo singularísimo de Agustina, no tratando de indagar la causa. Si lo

hubiera hecho, preguntando el porqué, la esplicacion seguramente le hubiera asustado. "Cuando he visto los cuchillos he sentido deseo de quitarme la vida". Y al verse complacida se conmovió profundamente.

—Qué buenos, son ustedes para mí! Para mi que soy tan mala! — decía casi gimiendo.

Y en este estado de ánimo que no era sinó de un gran desprecio á sí misma, *llegando á odiarse*, inútiles fueron cuantas palabras de cariño la prodigaban.

Aumentó su tristeza, su desconsuelo, á la hora del crepúsculo y al ver en los ojos del noble caballero la espresion compasiva, esclamó:

—No me mire usted de ese modo, Don Francisco! Yo no merezco que se me quiera! Yo no soy lo que ustedes se figuran. Ustedes no me conocen. El que me conoce bien es su hijo, y el que sabía quien era yo y para lo único que sirvo fué Don Rodolfo, el aleman.

—Agustina! hija mía! Por Dios! — y Doña Antonia se levantó para abrazarla, pero ella exhaltándose, mas la rechazó.

—No! Déjeme Vd. Usted no debe acercarse á mí. Usted es una señora y yo soy una perdida. Están ustedes empeñados en engañarse conmigo. Y yo no quiero, no quiero; quiero hablar. Estoy robándoles el amor que me tienen, y además ha-

ciendo que sean padres desnaturalizados. Esto no puede ser! *Pepe* es bueno. Pepe merece que le quieran, que le quieran mucho. Yo no lo soy, yo soy una muger mala y lo que hizo conmigo fué por eso, lo repito, porque yo no merecía otra cosa. Víctima yo! Seducida! Eso es mentira, eso es falso! Caí porque me dió la gana. Porque no tengo vergüenza, ni pudor. Es preciso que los padres y los hijos no se desamen por culpa de una mala muger. Dejenme ustedes vivir á mi gusto hasta que me muera. Don Francisco, Doña Antonia, esa reconciliacion es necesaria. ¡Ser yo la causa de que no vean ustedes al hijo de su alma! ¡No puede ser! Si ustedes le llamaran vendría. Que venga! Que pida perdon por sus locuras, porque no son otra cosa, menos todavía, son ligerezas propias de la juventud! Yo no quiero morirme con la responsabilidad de esta separacion. Yo me voy, me voy, yo debo estar donde estaba. Pepe aquí, con ustedes. Yo en la calle de Corrientes,... con Don Rodolfo,... con Don Rodolfo!...

Oyéndola sufrian los dos viejos. Daba lástima verlos. Doña Antonia lloraba, sollozando, próxima al sincope. Don Francisco, demudado, temblorosas las manos no acertaba á decir palabra para interrumpir la verbosidad delirante de la jóven.

Esta acabó por caer de rodillas, y casi á gritos esclamó:

—Perdon! perdon!... yo no me levanto de aquí hasta que ustedes me perdonen! les he dado otro disgusto!... Dios mio! que mala soy!... peró que mala!...

Fué necesario que acudieran los dos á prodigarla palabras de consuelo, á convencerla de que no les apenaba aquella violentísima escena. Ellos no odiaban á su hijo, le habían escrito, y hasta Don Francisco violentándose mucho, trató de verle y habló con él un día. Pepe, claro está, que no era malo, pero continuaba entregado á sus vícios y pasiones. Este fué el triste convencimiento adquirido por el padre en aquella entrevista. En cuanto á ella, Agustina, que no se atormentara con tan disparatadas ideas. Que procurase desechar su melancolía. Había sido huérfana, pero ya no lo era. La querían como á una hija.

Contaron al médico, al otro día, este episodio y fué bastante para que pidiese una consulta.

Aquella enfermedad, más moral que física, le preocupaba por su persistencia. Había empezado por emplear la digital con ineficacia. El eléboro sin resultados. Algo había servido para remediar la escitacion de la actividad cardiaca el agua de lauroceraso, y la quinina contra la debilidad.

La consulta duró dos horas. Decidieron los doctores aprobar el tratamiento terapéutico y felicitar por su acierto al colega. Peró este no se confor-

maba con tales cortesías y exigió que fueran sinceros, que dijesen claramente lo que en su caso hubieran hecho, *además*. Entónces uno habló de las inyecciones subcutáneas de morfina y otro agregó que pudieran ayudarse en lo esterno con el baño de sábana mojada y la friccion despues con paños secos y calientes. Todos convinieron que el síntoma que mayor carácter de gravedad revestía era aquello de los cuchillos de la mesa; el deseo manifestado de que los quitasen de su vista, indudablemente era un principio de monomanía melancólica suicida. Había que combatirlo enérgicamente. Luego saludando con estremada urbanidad á su querido colega se despidieron y se fueron.

Oh! la ciencia médica!

Nó! Lo que es ella no quería matarse. Para que? Se estaba muriendo. Estaba en el último grado de su anonadamiento. Mr. Henri que de vez en cuando hacía á la señorita salvada por él, visitas en que hablaba de su felicidad con Sarah y de su próximo regreso á Francia, se asustó al ver la palidez mortal de Agustina.

No dormía ya, y todo alimento erale repugnante. Por fin se acostó una tarde para no levantarse. La debilidad era tan grande que no tenía fuerzas para moverse.

Al oscurecer, despues de un día entero pasado casi tendida en una butaca, allá en su cuarto, donde buscaba el aislamiento, tomó aquella resolucion que ella espresaba diciendo que *no quería volver á pisar la tierra.*

Cuando Doña Antonia entró á la hora de la cena, quedó sorprendida dolorosamente al encontrarla en el lecho.

—No es que estoy peor, nó — esplicó la jóven sonriendo — es que tenía ganas de cama, y como no cenaré...

—Hija mía! Haga un esfuerzo. Tome algo!

—No. Ya sabe usted que es peor; cuando estoy inapetente, me pongo verdaderamente mala, aunque solo pruebe una cucharada de caldo. Lo devolvería.

—Peró, que es esto! — preguntó el estanciero presentándose.

—No es nada, señor, nada. Pereza, una pereza enorme.

Y la misma sonrisa triste terminó aquellas palabras.

Los dos decidieron no ir al comedor. Que les trajeran un veladorcito y allí mismo despacharían lo que hubiere, para no dejarla sola; para acompañarla. No la molestarían en nada. Si no la gustaba hablar, se estarían callados. Es que querían verla. ¡Pobres viejos!

Y no habló pero se complacía en mirar aquellas

dos cabezas agoviadas mas que por la vida larga, por el hondo pesar del hijo pródigo que nunca volvía, y por él que ella les estaba dando muriéndose tan á gusto.

De improviso, allá en la calle, oyó sonar guitarras y bandurrias, notas alegres que se iban acercando. Era el mes de Febrero, y por tanto próximo estaba el carnaval. Sin duda, alguna de las muchas comparsas ó estudiantinas, pasaba ensayando.

La enferma que estaba tendida en el lecho se incorporó, brillábanle los ojos, y en todo su rostro había espresion de inefable alegría.

—Música! — esclamó — música española! la Jota! es una jota lo que tocan? Verdad?

—Si! la Jota es!

La estudiantina llegaba sin duda, delante de la casa en aquel momento.

—Dios mio! Que bien tocan!

Quedóse escuchando encantada. Despues dijo, con el mayor desconsuelo.

—¡Ya se alejan!

Don Francisco se levantó presuroso. ¡El buen caballero! Había que verle, salir á la calle, corriendo, con su hermosa cabeza descubierta, y atajar en breve el paso á los jóvenes; quedáronse estos sorprendidos, y no faltó quien en el primer instante creyera que iban á tener que haberselas con un

loco. Él hablaba á los que le rodeaban, buscábales las manos, se las estrechaba con efusion, su rostro venerable espresaba ardiente súplica que decían los lábios con voz en que casi vibraba el sollozo.

—Una pobre niña, enferma, tan enferma que se iba á morir! Les había oido cuando pasaron! Y se puso tan contenta! Si ellos fueran tan buenos que quisieran volver! Y tocar aquello mismo! La jota aragonesa, ó cualquiera otra cosa española! Oh! que buen rato para la infeliz espatriada! Harían una obra de caridad!

—Ande no más, viejito—dijo uno—tocaremos donde nos diga y lo que más le guste.

Y Don Francisco volvió capitaneando la alegre estudiantina. Hízoles entrar y mandó sacar sillas al patio.

Tristísima fiesta aquella en que los más alegres acordes, del clásico instrumento popular, vibraron en los oidos de una moribunda.

Agustina cerraba los ojos para abstraerse mejor y no perder un solo sonido. Tambien para no ver cuanto la rodeaba y fingirse mejor las ilusiones que haciendo salvar á su imaginacion todas las distancias, la trasportaban á la hermosa tierra donde vivió desde el nacer.

Cerraba los ojos, miéntras la rondalla y el pasacalle, y luego el zorcico y despues la petenera, unos tras otros iban colmando la que no sé calificar

de manera gráfica, como no sea con la incorrecta, y acaso para la crítica rebuscada frase que me satisface ahora, diciendo que era hambre y sed que de aquellas notas tenían desde hace tiempo sus oidos.

Cerraba los ojos y un suspiro de inmensa alegría, para salir entreabrió sus lábios dejándolos en constante sonrisa.

Que hermoso. ¡Dios mio! que hermoso era poderse morir, escuchando aquello, que no la sonaba á música, sinó a voces queridas de los seres ausentes y aún de los que idolatró y se habían muerto! Aquello que reproducía, sirviéndose del pentágrama como de una paleta, los colores del cielo español, los rios de la pátria, las verbenas con el mareante ir y venir de regocijada muchedumbre, por entre los tenduchos alumbrados con farolillos de papel de colores; la romería de San Isidro del Campo; las férias de Sevilla y de Valencia; las mañanitas de Abril y de Mayo; la calle de Alcala en un día de toros; la carrera de San Gerónimo en Viérnes Santo; el bullício diario de la Puerta del Sol; las macetas de albahaca en las guardillas; los claveles y geranios dobles, la vara de nardo, el ramo, de pensamientos ó violetas, ofrecidos por las floristas á la salida de los templos á la entrada de los teatros; Madrid y no solo Madrid, España entera con sus catedrales que fueron mezquitas, sus pueblos que son como bandadas de palomas posadas en los verdes campos; huertas y jardines, montes y valles; alegría que en los cielos parece como un reflejo de la que reina en la tierra... ¡que bien, que bien, tocaba la estudiantina!

La intensidad del placer fué tal, que Agustina no pudo reprimir un grito porqué sintió como si el corazon fuese á romper la cárcel del pecho. Un dolor agudísimo.

Doña Antonia acudió asustada.

—Dios mio! Francisco se muere! El médico pronto! Que venga el médico!

Y se murió á la madrugada. De aquella melancolía infinita acerca de la cual dice la medicina consolándose con la estadística, de su ignorancia, que solo en el 70 por 100 de los casos es incurable.

Contar la verdad no es escribir cuentos *divertidos*.

Fin de "Carne Importada"

FÉ DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
5	2	*furerint?*	*furerint*
11	23	porcion	pocion
13	18	en que	con que
29	7	toda la buena	la buena
29	17	para detallarlo	para qué detallarlo
33	7	Digale	Digalo
49	28	envanecimiento de	envanecimiento del
77	21	cálidos	templados
80	23	llevara equipaje	llevara el equipaje
88	15	el uno	el último
115	5	en la casa	en casa
117	8	tres ó cuatro	dos ó tres
117	12	cicatrizado	cerrado
122	6	se le había	se habia
124	1	solo á borrar	á borrar
124	15	*dignidad*	*dinidá*
148	7	satisfaciendo	saciando
150	3	ignoble	innoble
158	22	prodnce	produce
160	16	negocios de tierra	negocios de tierras
164	19	cuyo corte	cuyo coste
169	15	tenerlas engañadas	haberlas engañado

Página	Línea	Dice	Debe decir
178	28	á casa	á las casas
182	23	á carcel!	á lá carcel!
186	27	pobre alma	pobre ánimo
190	9 y 10	no vá	nos vá
191	6	si hiciera	si hicieran
191	7	vendrían	tendría
198	12	panza al	panza-al-
203	3	madame	*madame*
228	13	fenx	feux
228	20	Si veux	Si tu veux
232	22	con actitud	en actitud
254	1	desesperada	desconsolada
254	14	su marido con	su marido y
254	15	asomándose	asomáronse
260	3	No ha dicho	No le ha dicho
272	9	insomios	insomnios

ADVERTENCIA

Necesito advertir al lector que el *Vocabulario Río Platense* del Sr. Granada, es el culpable de algunas definiciones inexactas que ha de encontrar en las *Notas* de esta obra. Hecha la tirada de los pliegos, érame imposible la correccion de tales errores que despues de todo no encuentro por ahora muy necesaria. Don Juan Valera ha elogiado muchísimo este vocabulario.

Con advertir esto, debo añadir que la sensible muerte de mi *ex-amigo* D. Pedro Antonio de Alarcon, ocurrida en España, cuando yo pensaba contestar en un *Apéndice* de este libro, á cierto escrito de réplica suya, me obliga á retirar estos originales, con pesar, por la causa que lo motiva.

No quiero hacer punto final en este punto, por que me parece conveniente felicitar á Leopoldo Alas por *Su Único Hijo*, novela *naturalista* del género aquel que la crítica á lo Matoses y los gobernadores á lo Villaverde (nó el torero) consideraban procesable.

En cuanto á *Pequeñeces*... del Padre Luis Coloma S. J. es como *La Espuma* de Armando Pa-

lacios Valdés. Quiero decir que ninguno de los dos son naturalismo, realismo, verismo, ó cualquier otro *ismo*, de los que se usan en el mundo literario.

La libertad del libro, que solo de nombre existía en España, hasta que yo conseguí, sentar (ó asentar) jurisprudencia de ella por sentencias del Tribunal Supremo, no reza con la novela del jesuita, que es un libro pornográfico. *La Espuma* es ménos todavía. El jesuita habla de la aristocracia española, desde una celda. Don Armando (y porqué *Don?*) habla desde una mesa de café. Las dos novelas son el *quiero y no puedo*, apesar de Doña Emilia Pardo, á quien llama un autor dramático de mucho gracejo en el decir, *la Fragosa* de la literatura española.

Vale.

E. López Bago.